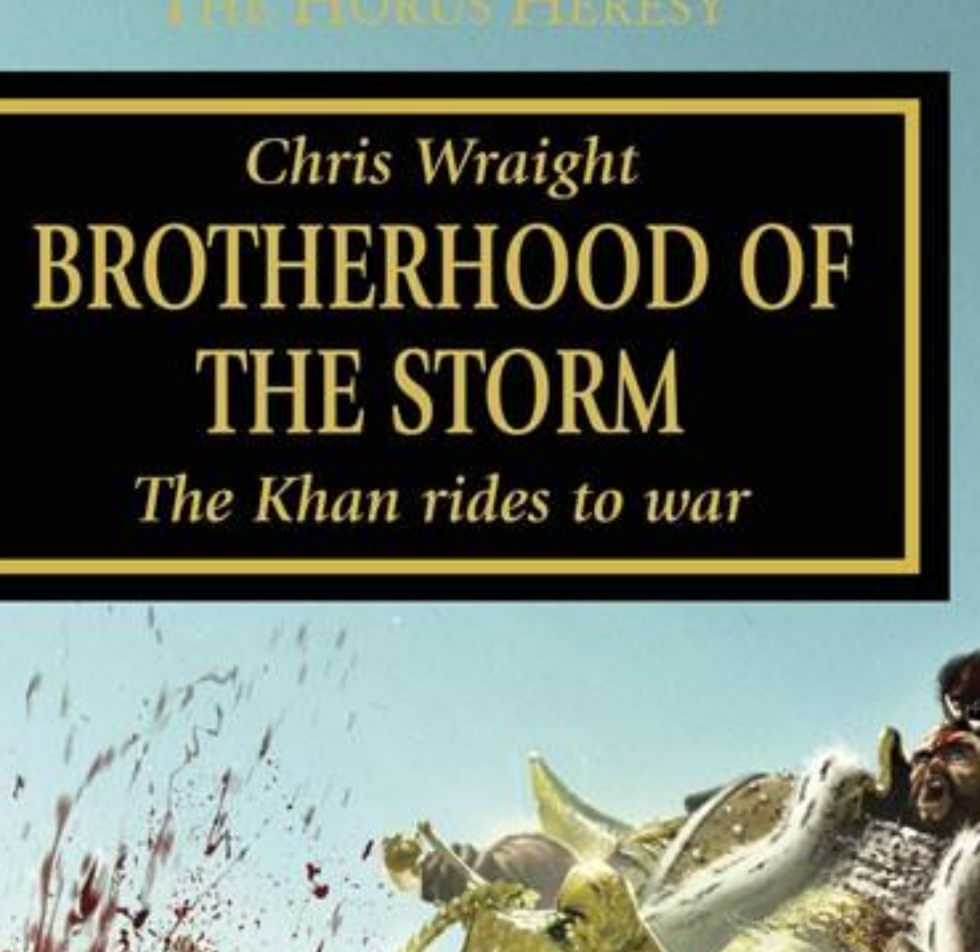

The Horus Heresy


Chris Wraight
BROTHERHOOD OF THE STORM
The Khan rides to war



LA HEREJÍA DE HORUS

LA HERMANDAD DE LA TORMENTA

CHRIS WRAIGHT



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

JAGHATAI KHAN	Primarca de los Cicatrices Blancas
HORUS	Primarca de los Hijos de Horus y Señor de la Guerra

La Legión de los Cicatrices Blancas

SHIBAN KHAN	Khan, en terrano Capitán, de la Hermandad de la Tormenta de los Cicatrices Blancas
TORGHUN KHAN	Khan, en terrano Capitán, de la Hermandad de la Luna o la 64ª compañía de los Cicatrices Blancas
TARGUTAI YESUGEI	Zadyin Arga, en terrano Vidente de la Tormenta

Personajes Imperiales en Chondax

ILYA RAVALLION	Jefa y Szu, en terrano sabia, del Departmento Munitorum de los Cicatrices Blancas
HERIOL MIERT	Ayudante de la Jefatura del Departmento Munitorum

UNO

SHIBAN

Recuerdo mucho de lo que dijo, incluso ahora, pero todos aprendimos más rápido del ejemplo que de las palabras. Esa fue la manera en que nos hicimos: vimos y actuamos.

Le sacamos placer a la velocidad mientras viajábamos. Quizá fuimos demasiado lejos, demasiado rápido, aunque no me arrepiento de nada. Fuimos fieles a nuestra naturaleza, y en la prueba final fue eso lo que nos salvó.

Recuerdo mucho de él de ese tiempo, en la época cuando nuestros instintos eran simples. Muchos ejemplos, muchas elecciones permanecen conmigo incluso ahora, y soy mejor por ello.

De todas las cosas que dijo, o se supone que dijo, sólo una verdad golpeó en mi corazón. Él dijo: «Ríe cuando estés matando».

Si hubiéramos necesitado un epigrama, si alguien hubiera preguntado alguna vez lo que nos hizo lo que fuimos, a continuación, les habría dicho eso.

Nadie preguntó. Para cuando alguien se preocupó lo suficiente sobre nosotros para buscarnos, todo había cambiado. De repente nos necesitaban, pero no había tiempo para pensar el por qué.

Seguí su consejo: cuando maté, reí. Dejé que el viento helado de tirase de mi cabello suelto y sentí la sangre caliente contra mi piel. Corrí largo y fuerte, desafiando a mis hermanos a mantener el ritmo. Yo era como el herkut, el águila cazadora, libre de las pihuelas, en el aire ascendente, en lo alto en el horizonte.

Eso era lo que éramos en aquel entonces, eso era lo que nos hacía a todos. Minghan Kasurga: la Hermandad de la Tormenta.
Esa fue nuestra designación, la que utilizamos para diferenciarnos.
En privado, eramos los asesinos de la risa.
Para el resto de la galaxia, seguíamos siendo desconocidos.

Me gustaba Chondax. El planeta que había dado su nombre a todo el cúmulo estelar estaba adaptado a nuestro estilo de guerra, a diferencia de la costra de magma de Phemus o las selvas ahogadas de Epihelikon. Tenía grandes y altos cielos, sin romper por las nubes y un verde pálido como la hierba rejke. Quemamos a través de ellos en oleadas, por encima de los lugares de aterrizaje del sur y hacia fuera en la zona ecuatorial. A diferencia de cualquier mundo que yo conocía entonces ni he conocido desde entonces, nunca ha cambiado: sólo un páramo de tierra blanca en todas las direcciones, brillando bajo la suave luz de tres soles distantes. Podrías empujar la mano en esa tierra y se rompería cristalina como la sal.
Nada crecía en Chondax. Traíamos los suministros desde la órbita en Landers a granel. Cuando se fueron, cuando ya nos habíamos ido nuevamente, la tierra se cerraba sobre las marcas de quemaduras, alisándolas hasta blanquearlas.
Se curaba a sí mismo. Nuestra presencia era liviana: cazamos, matamos, y luego no quedó nada. Incluso la presa —pieles verdes, que llamamos los hain, otros orko, o vacas, o Krork— no lograron dejar una marca. No teníamos ni idea de cómo conseguían sus suministros. Habíamos destruido el último de sus pecios espaciales meses antes, dejándolos varados en la superficie. Cada vez que los sacábamos de sus nidos miserables, incendiando y convirtiendo la tierra en vidrio, el polvo blanco regresaba.
Una vez llevé a un escuadrón muy al sur, recorriendo 300 kilómetros antes de cada puesta de sol, de vuelta a donde habíamos peleado en un combate cuerpo a cuerpo brutal que duró siete días, manchando el suelo de sangre y de carbono.
Nada quedaba al pasar sobre el sitio, nada más que polvo blanco.

Revisé los localizadores de mi armadura. Jochi no me creía, dijo que no era el lugar. Estaba sonriendo, decepcionado al no encontrar nada, esperando que algunos de ellos hubiesen sobrevivido y escondido de nuevo, listos para otra pelea.

Sabía que estábamos en el lugar correcto. Entonces vi que estábamos en un mundo que no pueda ser perjudicado, un mundo que resta importancia a nuestras manchas de sangre y nuestra furia y rehacía todo cuando pasamos de nuevo.

Esta observación fue la raíz de mi gusto por Chondax. Se lo expliqué a mis hermanos más tarde, cuando nos sentamos bajo las estrellas, calentándose las manos con indulgencia a la luz del fuego, al igual que nuestros padres habían hecho en Chogoris. Acordaron que Chondax era un mundo bueno, un mundo en el que podría llevarse a cabo una buena guerra.

Jochi sonrió tolerante mientras hablaba, y Batu negó con la cabeza llena de cicatrices, pero no me importó eso. Mis hermanos sabían que tenía el carácter poético de un khan, pero esas cosas no eran desdeñadas por los Chogorians como me habían dicho que era en otras legiones.

Yesugei me dijo una vez que sólo los poetas pueden ser verdaderos guerreros. Yo no sabía lo que quería decir con eso entonces. Podría haberse referido a mí en particular, o no podría; uno no pide a un zadyin arga que se explique a sí mismo.

Pero yo sabía que cuando nos habíamos ido, nuestras almas calentadas y purificadas por asesinato, Chondax no nos recordaría. El fuego con el que nos calentábamos, su combustible derribado por la superposición como todo lo demás, que de la vieja manera no podríamos apagar con agua ni patear terminado cuando llegase el amanecer, no dejaría mancha.

Encontré esto alentador.

Fuimos de nuevo al norte. Siempre en movimiento, siempre buscando. Así fue como nos gustaba; nos habríamos marchitado rápidamente si nos hubiéramos visto obligados a permanecer encerrados en el mismo lugar por mucho tiempo.

Me llevé a mi hermandad por los llanos; quinientos de nosotros, prístinos en nuestras armaduras de marfil carmesí. Nuestras motojets cortaban franjas en la tierra bajo nosotros, batiéndola para arriba y lanzando surcos hacia atrás. Los conducíamos ostentosamente, a sabiendas de que nadie podía dominar su poder atronador como nosotros podíamos. Cuando el tercer sol se alzó brillando entre el cielo vacío, nuestras banderolas con inscripciones brillaron y nuestras armas resplandecieron. Nos arrojamos como cometas de tierra atados, encadenados por toda la tierra plana en una punta de flecha plateada, gritando nuestra alegría, nuestra gloria y nuestro propósito.

Cuando el tercer sol se alzó en Chondax, no había sombras. Todo llegó a nuestros ojos en bloques afilados de color. Nos miramos unos a otros y vimos detalles que nunca habíamos visto antes. Vimos el brillo de nuestros rostros de color marrón cuero, y nos dimos cuenta la edad que teníamos, del tiempo que habíamos estado en la campaña, y nos maravillamos al sentirnos más salvajes y vivaces de lo que éramos cuando niños.

Al el séptimo día, cuando los soles estaban en su cúspide, vimos orkos en el horizonte. Se dirigían hacia el norte también, conduciendo largas columnas de vehículos blindados maltratados y torpes que enviaban gotas de hollín al aire y regalaron su posición.

Tan pronto como los vi, mi corazón saltó. Mis músculos se tensaron, los ojos entrecerraron, mi pulso acelerado. Sentí que mis dedos pican al tacto de mi alabarda guan dao. El arma bendecida —un eje de metal de dos metros, hoja curva única, una obra de genios del combate cercano— no había bebido sangre desde hace muchos días, su espíritu anhelaba el sabor de nuevo y no tenía intención de defraudarle.

—¡Atacad! —grité, sintiendo el fuerte aire frío que abofeteaba ni cara expuesta. Me levanté de la silla, dejando que mi moto se balancease mientras miraba hacia el reflejo del horizonte.

Los pieles verdes no se volvieron a luchar. Siguieron adelante, surcándolo en su convoy de humo ahogado tan rápido como podían.

Cuando llegamos por primera vez a Chondax, habrían peleado. Ellos se habrían apresurado hacia nosotros, una multitud entregada bramando y en estampida, de cuyas bocas rasgadas volaba la saliva.

Pero ya no. Habíamos roto su espíritu. Les habíamos perseguido a través de la faz del mundo desarraigándolos, derrotándolos de nuevo, matándolos. Sabíamos que se estaban concentrando en alguna parte, tratando de evocar algún tipo de defensa en su número, pero incluso ellos debieron notar que el final estaba cerca.

Yo no los odio. En aquellos días yo no sabía lo que era el odio a un enemigo. Yo sabía lo fuertes, inteligentes e ingeniosos que eran, y yo respetaba eso. En los primeros días habían matado a muchos de mis hermanos. Habíamos aprendido juntos, los dos, cuáles eran nuestras debilidades, aprender a luchar en un mundo que nos dio nada y era indiferente a nuestra disputada presencia. Podían viajar rápido cuando querían. No tan rápido como nosotros —no hay nada en la creación era tan rápido como nosotros— pero eran astutos, creativos, valientes y feroces.

Pude haber sido sentimental actuando, pero no creo que nos odiaran tanto. Ellos odiaban perder y eso roía su espíritu y mellaba sus hojas, pero no nos odiaban.

Años antes, en Ullanor, había sido diferente. Casi fuimos destruidos por ellos. Habían llegado a nosotros en una interminable marea verde, sin forma, invadiendo todo, borrachos de poder, sin límites en su magnífica, hermosa, forma de guerra. Al final fue Horus quien cambió las tornas. Horus y ÉL habían luchado allí —lo vi por mí mismo, aunque sólo desde la distancia—. Fue entonces cuando las cosas cambiaron, cuando la espalda del enemigo fue destrozada. Todo lo que quedaba en Chondax era la escoria, los últimos restos rasposos de un imperio que se había atrevido a desafiar al nuestro y casi había prevalecido.

Así que yo no odie a los que se quedaron. A veces me imaginaba cómo me sentiría si alguna vez nos encontráramos frente a un enemigo que no pudiéramos derrotar, donde no quedase otra cosa que retirarse una y otra vez, debilitándonos aún más con cada encuentro, viendo la sangre de los que nos rodean drenarse lentamente mientras el cerco se estrechase.

Yo esperaba y creía que harían lo que hicieron, seguir luchando.

No necesité dar mis órdenes hermanos —habíamos hecho lo mismo muchas veces—. Avanzamos a toda velocidad, barriendo ambos flancos del convoy en formación partida.

Era un espectáculo hacer la carrera sangrienta y el corazón cantar: quinientas motojets relucientes, tronando en escuadrones flechados de veinte, sus motores rugiendo, los jinetes gritando. Nos dispersamos por la arena resplandeciente, magníficos en nuestros librea de blanco, oro y rojo, levantando una tormenta de polvo que se arremolinaba a nuestro paso.

Hasta entonces habíamos ido de crucero, dejando que nuestras motocicletas nos llevasen de paseo. Ahora estábamos corriendo, con el pelo largo rompiendo alrededor de nuestras hombreras y nuestras hojas parpadeando a la luz de los soles.

Nos fijamos en los vehículos enemigos —vehículos grandes y voluminosos, semiorugas o de ruedas desequilibradas— meciéndonos y balanceándonos mientras los pieles verdes empujaban más los motores jadeantes. Columnas del humo se desplegaban de brechas en el blindaje. Vi orcos sueltos sobre plataformas de armas, rotando para apuntarnos con lanzacohetes remendados y armas de energía ennegrecidas.

Vi sus bocas con colmillos abiertas —nos gritaban algo—. Todo lo que oí fue el rugido traqueteante de las motojets, el soplo del viento, el gruñido de los motores xenos.

Nuestras motojets tenían bólters pesados en la punta, pero los mantuvimos en silencio. Ninguno de nosotros disparó. Los barrimos de cerca, desviándonos justo antes de estar al alcance de las armas enemigas, observando y trazando nuestros pasos individuales. Estábamos buscando los puntos débiles, los lugares por los que empezar.

Erdini tenía sus ángulos equivocados y le dispararon demasiado cerca. Me volví de la silla para verlo recibir una salva cohetes en el pecho, disparada de un semioruga piel verde y haciendo tirabuzones antes de golpearlo. Fue arrojado de la silla por la explosión. Antes de que yo saliese de rango lo vi estrellarse en el suelo, rebotando y rodando junto con su pesada armadura.

Anoté mentalmente entonces que, si viviera, Erdeni pagaría por su error.

Entonces nos pusimos a trabajar.

Nuestras motocicletas se abalanzaron, golpeando de cerca, tejiendo y rodando por el huracán de fuego enemigo. Abrimos fuego con nuestros bólters pesados, un rugido explosivo fracturado que se ahogó brevemente con estruendo de los motores. Abrimos brecha en el convoy, abrasando a nuestro paso tambaleantes semiorugas, dejando devastación a nuestra estela.

Yo estaba en la punta de la flecha, disparando duro sobre mi montura, gritando en el salvaje frenesí de batalla, zambulléndome entre rayos de energía y cohetes, sintiendo la vibración de la percusión de mi bólter, convirtiendo en chatarra todo ante mí.

Estaba perdido en la vitalidad de la misma. Los soles estaban arriba, estábamos concentrados, el furioso combate y el aire helado corrían claros sobre nuestro blindaje. Nunca quise algo más que eso.

El convoy se quebró. Los vehículos más lentos tenían primero su armadura penetrada y luego se sacudieron con las explosiones. Motores monstruosos recibieron disparos en el eje y se estrellaron de cabeza en la tierra. Los tráiler se alzaron hacia arriba, cayendo y rodando luego. Fragmentos de chatarra se elevaron

por la fuerza de las explosiones internas. Las motojets estriaron a su paso, segando como lanzas arrojadas a través de la carnicería.

Me acerqué a mi presa elegida, de pie sobre la silla, guiando mi veloz montura con las piernas y sacando mi alabarda del fleje trasero.

Mis diecinueve hermanos de la Minghan-keshig se acercaron a mi lado, comprometidos con la misma trayectoria. Giramos y corrimos a través de la densa lluvia de armas de energía ardientes y proyectiles sólidos. Jochi estaba allí, al igual que Batu y Jamyang y los otros, todos se agacharon sobre el chasis hundimiento de sus motos con su sangre hirviendo y el éxtasis en sus ojos.

Mi presa estaba en el centro del convoy —un enorme ocho ruedas coronado por una columna irregular de armas giratorias y lanzagranadas—. Una plataforma había sido montada en lo alto de un chasis de suspensión inestable, alrededor del cual colgaban gruesas placas de armadura saqueada, pintada en tonos de rojo y verde. Muchas decenas de orcos se daban empellones para alcanzarla: algunos de ellos armados, algunos operando las armas montadas en el vehículo. Dos enormes chimeneas vomitaban humo en la parte trasera mientras toda la estructura se inclinaba, estrellándose junto con el resto del convoy colapsado.

No eran tontos, ni fueron lentos. Una tormenta de rayos escupidos surcaron hacia nosotros, quemando mientras rozaban nuestros oídos y arando la tierra debajo. Recibí un impacto en mi hombrera y me aparté hacia mi izquierda. Detrás de mí otra moto fue derribada en una orgía de fuego borrosa y escombros mientras su carena caía.

En el último momento me lancé, impulsado por mi servoarmadura y salí disparado hacia la plataforma. Caí a través de la barrera y sobre la superficie inclinada, haciendo fluir mi guan dao en un arco sangriento tan pronto como aterricé. El disruptor ardió, dejando vetas de plata brillante en el aire mientras la hoja azotaba.

Me vanagloriaba en el uso de la alabarda. Bailaba en mis manos, rotando y golpeando, limpiando la plataforma de orkos. Me abrí paso entre ellos, rompiendo huesos y aplastando armaduras. Los orkos se alejaron de mí tambaleándose y aullando.

Rugí de placer, mis miembros ardiendo, mis hombros envueltos en una fuente de sangre brillante por los soles. Mis corazones latían, mis puños volaron, mi espíritu se elevó.

Uno grande se acercó, su brazo izquierdo destrozado por un disparo de bólter. Venía hacia mí con la cabeza baja, las garras ávidas. Llevaba un cuchillo oxidado; la hoja dio la vuelta.

El guan dao arremetió, desmembrando el brazo del monstruo por la muñeca. Luego la hoja cambió de dirección tan rápido que la punta parecía cortar el aire mismo en una mancha de crepitante energía, estallando su cabeza abierta en una nube de sangre y hueso.

Antes de que el cuerpo se estrellase en la cubierta me movía de nuevo cortando, girando, saltando, balanceándome. Mis hermanos se unieron a mí, arrojándose desde sus motos a la plataforma. Apenas había espacio para todos nosotros; teníamos que matarlos rápidamente.

Jochi se llevó a cabo uno de los operadores de armas, conduciendo su hoja hacia la columna de la criatura y arrancando la cadena de huesos con una floritura. Batu se metió en problemas luchando contra dos a la vez, y fue golpeado fuertemente en la cara por su error. Su barbilla ensangrentada espetó y se tambaleó al borde de la plataforma. Proyectiles martillearon su coraza pero no lograron sacarlo de la misma.

No vi cómo terminó su pelea —para entonces ya me acercaba al señor de la guerra—. Avanzó pesadamente hacia mí, sacando a los de su propia clase fuera del camino en su afán de entrar en combate. Me reí al verlo, no por burla sino de la aprobación y deleite.

Su piel era oscura y arrugada con cicatrices grisáceas. Blandía un enorme martillo con cabeza de hierro a dos manos y el arma rugía al moverse.

Me distancié, esquivando sus dientes afilados por un dedo de ancho. Entonces me acerqué de nuevo, con mi guan dao temblando de energía enojada mientras funcionaba. Le alcancé dos veces, desgajándole pedazos de su blindaje pesado, pero no cayó.

Maniobró de nuevo, lanzando el martillo en un arco contundente. Me agaché bruscamente usando la inclinación de la plataforma, desviándome hacia abajo y con barrido trasero de la alabarda me equilibré. Éramos como bailarines en una ceremonia mortla, conectando golpes de ida y vuelta y nuestros movimientos eran rápidos, cerrados, pesados.

Atacó de nuevo, su rostro contorsionado por la rabia espumosa, acumulando su inmensa fuerza en un escalofriante y sibilino barrido transversal. Si ese ataque me hubiese alcanzado, habría muerto en Chondax, lanzado desde la plataforma móvil y conducido hacia el polvo con la espalda espetada y mi armadura destrozada.

Pero lo había visto venir. Ese era nuestro estilo de guerra —amagar, atraer, enfurecer, provocar el desliz que dejase al descubierto la defensa—. Cuando el martillo se movía, yo sabía hacia dónde iba y cuánto tiempo tenía para evadirlo.

Salté. La alabarda brillaba como si girase en una rueda, la hoja girando en mis manos y alrededor de mi cuerpo contorsionado. Me elevé sobre la torpe estocada del orko, desembocando la punta del guan dao hacia abajo, aprovechando que lo empuñaba a dos manos.

La bestia miró aturdida, justo a tiempo para ver a mi cuchilla brillante hundirse a través de su cráneo. Sentí el trinchado y la bofetada de la carne que ofrecía, sacada con gubia del cráneo en una espuma sanguinolenta por el descendente campo de energía.

Hice resonar la hoja de nuevo sobre la cubierta, liberando en parte la alabarda y moviéndola a mi alrededor en una floritura sangrienta. Los restos descuartizados del señor de la guerra cayeron ante mí. Me puse de pie sobre ellos un solo latido, con la guan dao zumbando en la mano. A mi alrededor podía oír los gritos de batalla de mis hermanos y la agonía de nuestra presas.

El aire se llenó de gritos, con rugidos, con el rechinado y el crack de las armas, con las nubes infladas de promethium ardiendo, con las fuertes quemaduras de los propulsores de las motojets.

Yo sabía que el fin llegaría rápidamente. No quería que terminara. Quería seguir luchando, sentir el poder de mi Primarca hirviendo a través de mis músculos.

—¡Por el Gran Khan! —grité, rompiendo de nuevo en movimiento, sacudiendo la sangre de mi arma y buscando más—. ¡Por el Khagan!

Y a mi alrededor mis hermanos, mis queridos hermanos de la Minghan se hicieron eco de la llamada, perdidos en su mundo impecablemente salvaje de rabia, alegría y velocidad.

No nos vamos hasta que todos ellos estaban muertos. Cuando la última lucha había terminado, acechamos entre los escombros con palas cortas en nuestras manos, terminando con los xenos que aún respiraba. Cuando terminamos, empapamos los vehículos con su propio combustible y les prendimos fuego. Cuando el fuego se apagó, volvimos sobre los restos con nuestros propios lanzallamas y armas de plasma, pulverizando cualquier cosa mayor que el puño de un hombre.

No podías ser demasiado cuidadoso. Eran buenos en regresar, los pieles verdes, incluso después de que pensases que los había matado de la forma más completa que imaginases posible.

A veces, en el pasado, no habíamos tenido cuidado. Ser cuidadosos no estaba en nuestra sangre, y eso nos costó. Tratamos de aprender, mejorarnos a nosotros mismos para recordar que la guerra no era siempre una cuestión de persecuciones gloriosas.

Para cuando nos fuimos en dirección norte, las montañas de metales calcinados ya se estaban erosionando y siendo sofocadas por el viento que traía la tierra. No quedó nada, nada prevaleció. Era como un sueño. O tal vez éramos nosotros los sueños, deslizándonos sobre la blanca superficie de un mundo indiferente.

Dejamos cuatro hermanos de la Minghan detrás, incluyendo a Erdeni, que había escapado del castigo al tener el pecho reventado hacia afuera. No los quemamos. Sangjai, nuestro emchi, extrajo sus semillas y los despojó de armadura. Luego expuso sus pieles desnudas al viento y el cielo abierto a los soles y nos llevamos sus motos y equipo.

En Chogoris habíamos aprendido estas costumbres para evitar que las bestias de la Altak tuviesen algo para alimentarse cuando las lunas creciesen. Nunca habíamos sido un pueblo de derrochadores. No había bestias viviendo en Chondax salvo nosotros y el hain, pero la costumbre nos había seguido por las estrellas y nunca la cambiamos.

Tratamos de aprender, mejorarnos a nosotros mismos, pero no cambiamos todo. El núcleo de nosotros, las cosas que nos diferenciaban y hacían sentirnos orgullosos,

eran lo que habíamos llevado desde nuestro mundo de origen y mantenido seguro, guardado como una llama protegida por una palma copada. Pensé entonces que todos nosotros en la Legión sentíamos lo mismo por esas cosas. Volviendo la vista atrás, sin embargo, estaba ciego a muchas verdades.

Un día más tarde, llegamos a nuestras coordenadas de reabastecimiento.

Sí, vimos los elevadores a granel desde la distancia, descendiendo y ascendiendo en columnas. Eran enormes: cada uno llevaba cientos de toneladas de raciones, municiones, partes de máquinas, equipos de medicae; todo lo necesario para mantener un ejército móvil en la caza. En los años en que la campaña Chondax había estado a plena marcha la demanda era incesante, surcando sus rutas entre los transportes que cuelgan en órbita y las estaciones avanzadas sobre el terreno.

—No tendremos que usarlos pronto —observé a Jochi cuando pasamos por un elevador que bajaba: un leviatán bulboso mantenido a flote por sus motores de aterrizaje, brillantes por el calor que exhalaba.

—Habrá otros campos de batalla —dijo.

—No para siempre —le contesté.

Pasamos junto a los puntos de aterrizaje. En el momento en que llegamos a la principal guarnición del complejo un único sol todavía se mantenía por encima del horizonte, la quemando naranja en un cielo de color verde oscuro. Sombras prohibían nuestro camino, tibias contra la pálida tierra.

La estación de suministro siempre había sido temporal, construida con elementos prefabricados que serían llevados de nuevo a la flota cuando ya no fuesen necesarios en Chondax. Sólo sus torres de defensa, que asomaban por encima de las paredes exteriores y llenas de armamento parecían que tomaría algún tiempo en desmantelarlas cuando llegara el momento. El polvo blanco escalaba las paredes en suaves dunas, llevándose el rococemento y el metal. El planeta odiaba las cosas que habíamos construido sobre ella. Las erosionaba, roía, tratando de sacudirse las motas de permanencia que había clavadas en su piel constantemente cambiante.

Una vez las motojets estaban en los hangares-armería, di orden a mis hermanos de que fuesen a los habitáculos de la guarnición y sacasen el máximo provecho de su

corto tiempo de descanso. Parecían bastante felices de hacerlo; su resistencia era inmensa pero finita, y habíamos estado de caza mucho tiempo.

Me dirigí en busca del comandante de la guarnición. A pesar de que había caído la noche las calles polvorientas del asentamiento provisional estaban atestadas de actividad: cargadores moviéndose entre los almacenes repletos de munición y cajas de suministro, sirvientes escabulléndose de los talleres a las bahías armerías, tropas auxiliares con los colores de la V Legión inclinándose respetuosamente a mi paso.

Encontré al comandante en un búnker de rococemento en el corazón del complejo de la guarnición. Como el resto de los mortales llevaba ropa de protección y un respirador: la atmósfera de Chondax era demasiado delgada y demasiado fría para la gente común; sólo nosotros y los orcos la toleraban sin ayuda.

—Comandante —dije, agachándome bajo la puerta cuando entré en su habitación privada. Se levantó de la mesa, inclinándose torpemente, obstaculizado por su traje ambiental.

—Khan —respondió, hablando densamente través de la boquilla de su casco.

—¿Nuevas órdenes? —le pregunté.

—Sí, señor —dijo, cogiendo una placa de datos y entregándomela—. Los planes de asalto se han acelerado.

Eché un vistazo a la placa de datos que me dio. El texto brillaba en la pantalla, sobre un mapa de la zona de guerra. Los símbolos indicando las formaciones enemigas se habían contraído, retirándose hacia un único punto hacia el noreste. Símbolos localizadores de las hermandades de la V Legión les seguían, procedentes de todas direcciones. Me complace ver que mi Minghan estuvo al frente del cerco.

—¿Van a participar? —le pregunté.

—¿Señor?

Le di al comandante una mirada dura.

—¡Ah! —dijo, dándose cuenta a la que me refería—. No lo sé. No tengo datos sobre su paradero. El keshig los mantiene para sí.

Asentí con la cabeza. Era de esperar. Sólo mi ardiente deseo de verlo en la batalla de nuevo —esta vez a corta distancia— me hizo preguntar.

—Saldremos tan pronto como nos sea posible —le dije, ofreciendo a una sonrisa en el caso de que mi tono con él hubiese sido demasiado brusco—. Tal vez, si hacemos grandes progresos, seremos los primeros a su lado.

—Tal vez —dijo—, pero no solos. Se combinarán con otra hermandad.

Levanté una ceja. Durante todo el tiempo que habíamos estado en Chondax, habíamos operado por nuestra cuenta. A veces nos habíamos ido sin reabastecernos o directrices durante meses, sobre las planicies interminables con nada más que nuestros propios recursos. Había disfrutado de esa libertad, todos lo hicimos.

—Tiene las órdenes completas esperándole, selladas por seguridad —dijo el comandante—. Muchas hermandades se están combinando para las carreras finales de ataque.

—Así que, ¿con quién nos estamos uniendo? —le pregunté.

—No tengo esa información. Tengo las coordenadas de su posición. Discúlpeme, tenemos mucho para procesar y algunos datos del mando de la flota han sido… carentes de detalles.

Podía creérmelo y lo hice, por no culpar al hombre ante mí. Debí dejar que mi sonrisa se ampliase con ironía, porque pareció relajarse un poco.

No éramos un pueblo afectuoso. Éramos inexpertos con los detalles.

—Entonces espero que su khan sepa cabalgar —fue todo lo que dije—. Tendrá que ponerse al día con nosotros.

No pasó mucho tiempo antes de conocernos.

Mi motorizada hermandad reequipada se dirigió sin problemas al noreste. Muchas de las motojets habían sido reemplazadas o reparadas por los servidores de la armería y el sonido de sus motores estaba y sonaba más limpio. Siempre hemos tenido el orgullo de nuestra apariencia, pero el corto parón en las operaciones había

permitido que parte de la suciedad fuese retirada de nuestras placas de armadura, que ahora deslumbraban bajo los tres soles.

Sabía que mis hermanos estaban inquietos. Mientras los largos kilómetros pasaban en un resplandor de arena blanca y cielo esmeralda pálido se pusieron cada vez más impacientes, más ansiosos de ver señales de presas en el horizonte vacío.

—¿Qué haremos cuando hayamos matado a todos? —preguntó Jochi a medida que avanzábamos. Estaba dando potencia a su motojet de forma casual, dejándola girar y encabritarse con el viento de cara como si fuera un ser vivo—. ¿Qué será lo siguiente?

Me encogí de hombros. Por alguna razón, no estaba de humor para hablar de ello.

—Nunca los mataremos a todos —dijo Batu. Su cara todavía púrpura con hematomas de su pelea en la plataforma—. Si se acaban criaré más por mi cuenta.

Jochi se rio, pero el sonido tenía un deje débil, signo de un esfuerzo excesivo.

Estaban rodeando el tema, pero todos sabían que estaba allí, deslizarse por debajo de la superficie de nuestras bromas y especulaciones. No sabíamos lo que teníamos por delante para nosotros una vez la Cruzada terminase.

Nunca nos había dicho lo que habían planeado. Tal vez, cuando estaban solos con su propios consejeros compartían los mismos recelos, aunque me resultaba difícil imaginar que él tenga dudas, igual que me era difícil imaginar algo parecido a la incertidumbre en su mente. Cualquiera que fuse el futuro para nosotros cuando la lucha acabase, yo sabía que iba a encontrar un lugar para nosotros dentro de ella, como siempre había hecho.

Quizás Chondax había penetrado bajo nuestra piel. Nos hacía sentirnos efímeros, fugaces a veces. Nos hizo sentir como que si no tuviésemos raíces, y que las viejas certezas se habían vuelto extrañamente poco fiables.

—¡Los veo! —gritó Hasi, cabalgando por delante. Se puso de pie en la silla, con el pelo largo que fluyendo tras él—. ¡Allí!

Entonces los vi: una nube de blanco contra el cielo, indicando vehículos que circulaban a gran velocidad. Su rastro era nada comparado con el producido por los

pieles verdes. Era demasiado limpio, demasiado claro, y estaban moviéndose demasiado rápido.

Sentí un estremecimiento de inquietud, y rápidamente lo aplaqué. Sabía de lo que partía; el orgullo, la falta de voluntad de compartir el mando, el resentimiento de ser ordenado.

—Veamos entonces quiénes son entonces —dije, el ajustando el rumbo y acercándome al penacho de polvo frente a mí. Podía verlos ralentizando, girándose a nuestro encuentro—. Esta hermandad sin nombre.

Desmonté para saludar a mi contrario. Él hizo lo mismo. Nuestros guerreros esperaban a cierta distancia detrás de nosotros, unos frente al otros, aún alzados sobre sus monturas al ralentí. Su fuerza parecía ser del mismo tamaño, quinientas monturas más o menos.

Era más alto que yo, por una mano de ancho. La piel de la cabeza al descubierto era pálida, su mentón anguloso y el cuello grueso. Llevaba el pelo corto, recortado casi hasta la piel. La larga cicatriz ritual de su mejilla izquierda era vívida y en relieve, lo que indicaba que la incisión se había hecho en temprana edad adulta. Sus rasgos eran francos, no los fuertes y oscuros a los que estaba acostumbrado.

Era terrano, entonces. La mayoría de nosotros eran de Chogoris, compartíamos atributos similares: piel morena, cabello negro aceitado largo, un nervudo marco que agrupaba músculos incluso antes de que la implantación los aumentase aún más. Esa uniformidad, por lo que descubrimos, vino de nuestros orígenes perdidos como colonizadores. Los terranos de la legión, procedentes de la cuna de nuestra especie mucho antes de que la Cruzada llegase a nosotros, eran más diversos: algunos tenían carne el color de la leña quemada y otros tan pálida como nuestra armadura.

—Khan —dijo, haciendo una reverencia.

—Khan —le contesté.

—Yo soy Torghun —dijo, hablando en Khorchin. No me sorprendió, pues había sido la lengua de la Legión durante los ciento veinte años desde que el Señor de la Humanidad se había dado a conocer a nosotros. Los terranos se habían adaptado rápidamente, ansiosos por asumir la parafernalia de su Primarca recién descubierto.

Encontraron más fácil hablar nuestro idioma que nosotros el suyo. No sé por qué fue.

—Yo soy Shiban de la Hermandad de la Tormenta —dije—. ¿Por qué sois conocidos?

Torghun dudó por un momento, como si le hubiera preguntado algo descortés o extraño.

—De la Luna —dijo.

—¿Qué luna? —le pregunté, ya que el término se utiliza Khorchin no especificaba.

—Terra sólo tiene una luna —dijo.

Por supuesto, pensé, reprendiéndome. Me incliné de nuevo, ansioso por asegurar que existía un estado de cortesía entre nosotros y no cualquier otra cosa.

—Entonces, tengo el honor de pelear contigo, Torghun Khan —dije.

—El honor es mío, Shiban Khan —dijo.

No pasó mucho tiempo antes de estar de nuevo en movimiento. Nuestras hermandades viajaron unos junto a otros, permaneciendo en las formaciones que cada uno había adoptado antes de unirse. Mis guerreros adoptaron sus puntas de flecha, ellos en filas sueltas. Más allá de eso, no había mucho que nos diferenciase.

Me gusta pensar que me di cuenta de algunas diferencias de menor importancia desde el principio —la forma sutil de manejar sus motos o su comportamiento en la silla— pero en realidad no estoy seguro de que lo hiciese. Ellos eran tan competentes como nosotros, y parecía probable que fuesen igual de mortales.

Yo y mi Minghan-keshig rodamos mezclados con Torghun y los suyos a sugerencia mía. Estaba decidido a que debíamos llegar a conocernos un poco más los unos de los otros antes de ser arrojados a la acción. Hablábamos entre nosotros mientras conducíamos, gritando por encima del ruido sordo de los motores, dejando los Voxes a un lado y disfrutando del poder de nuestras voces naturales. Era algo natural para mí, pero Torghun inicialmente pareció incómodo.

Mientras rugíamos por las llanuras bajo nosotros, estalló una nube de polvo blanco por la poderosa corriente de nuestras máquinas, nuestra conversación se abrió un poco.

—¿Estabas en Ullanor? —le pregunté.

Torghun mostró una sonrisa seca, y sacudió la cabeza. Ullanor ya se había convertido en una insignia de honor para las legiones que participaron, y si no habías sido parte de ella, se necesitaba una razón de por qué.

—En Khella, sometiéndola —dijo—. Antes de eso, sin embargo, habíamos estado cumpliendo servicio con los Lobos Lunares, por lo que los he visto pelear.

—Los Lobos Lunares —dije, asintiendo con satisfacción—. Puros guerreros.

—Hemos aprendido mucho de ellos —dijo Torghun. Tienen ideas interesantes sobre la guerra, las cosas que haríamos bien en estudiar. Me he convertido en un creyente del sistema de adscripción: las Legiones han crecido demasiado separadas. La nuestra en particular.

Me sorprendió oírle hablar así, pero traté de no demostrarlo. Al ver las cosas, lo volví del revés: si alguien tenía la culpa del aislamiento de la V Legión entonces recaía en los que nos pasaron por alto y empujaron a los márgenes. ¿Por qué estábamos en Chondax, persiguiendo a los restos de un imperio que hacía tiempo había dejado de ser una amenaza para la Cruzada? ¿Los Lobos Lunares habrían asumido el trabajo, o los Ultramarines o los Ángeles Sangrientos?

Pero no traté de decir nada de eso.

—Estoy seguro de que tienes razón —le dije.

Torghun se acercó a mi lado entonces, reduciendo las diferencias entre las motos en movimiento a menos de un metro.

—Antes, cuando me preguntaste cuál era nuestra denominación, dudé —dijo.

—No me di cuenta —le dije.

—Lo siento. Fue descortés. Es sólo que… ha pasado mucho tiempo desde que usamos esos nombres. Ya sabes lo que ha pasado, hemos sido cada uno de nosotros por nuestra cuenta durante mucho tiempo.

Sostuve su mirada inquieta, sin entender sus intenciones.

—No hubo descortesía.

—Mis hombres rara vez me llaman khan. La mayoría prefiere «capitán». Estamos acostumbrados a ser la Compañía 64.º de los Cicatrices Blancas. Ayuda utilizar esos términos. Las demás legiones, en su mayor parte, los utilizan también. Por un momento, me olvidé de la designación anterior. Eso es todo.

No sé si le creí.

—¿Por qué la 64.º? —pregunté.

—Es la que nos dieron.

No le pregunté nada más. No le pregunté quien había hecho esa elección ni por qué. Tal vez debería haberlo hecho entonces, pero esas cosas nunca me había interesado. Los aspectos prácticos de la guerra siempre me habían absorbido, las demandas de lo inmediato, de lo que está a mano.

—Llámate a ti mismo lo que quieras —dije sonriendo—, siempre y cuando mates hain. Eso es todo lo que a él le importará.

Torghun pareció aliviado cuando lo dije, como si se hubiese preocupado por decir algo que había resultado, al final, ser un asunto menor.

—Entonces ¿estará allí con nosotros? —preguntó—. ¿Al final?

Aparté la vista de Torghun y lejos del horizonte por delante. Estaba vacío —una línea ininterrumpida brillante, fría—. En algún lugar, sin embargo, ellos se reunían frente a nosotros, para forzar la batalla final de un mundo que ya habían perdido.

—Espero que sí —dije con seriedad—. Espero que él esté allí.

Entonces robé una mirada rápida a Torghun, repentinamente preocupado por si iba a ahondar en ese sentimiento, verlo como algo risible.

—Pero nunca se sabe —dije, tan ligeramente como pude—. Es esquivo. Todos dicen lo mismo de él.

Sonreí de nuevo, para mí ese momento.

—Esquivo. Igual que un berkut. Eso es lo que dicen todos.

DOS

ILYA RAVALLION

Vi Ullanor por primera vez desde la cubierta tripulación de la flota del lander Electiva XII. La lucha había acabado tres meses estándar antes y espacio local seguía repleto de naves de guerra. Nos lanzaron rápidamente desde esos enormes gigantes que colgaban, y el oscuro barniz de la superficie del planeta se acercaba llenando las pantallas.

Era extraño, verlo con mis propios ojos al fin. Durante mucho tiempo, Ullanor había dominado todos mis pensamientos al despertarme. Podía recitar estadísticas: cuántos miles de millones de hombres fueron transportados en cuántos millones de transportes de tropas, el número de cajas de suministros varios se habían dejado desde cuántos transportadores de carga, el número de víctimas que había costado (real) y el número de xenos que matamos (estimación). Sabía hechos que casi ninguna otra persona en el ejército sabía, los perfectamente inútiles como el grado de plastiacero usado en las cajas de raciones estándar y los absolutamente esenciales, como el tiempo que costó llevar esas cajas a la línea del frente.

Algunas de estas estadísticas nunca me dejarían. Otras personas, imaginé, lamentaban no poder retener la información. Nunca me arrepentí de no ser capaz de perderla.

Desde que era joven había pensado en mis habilidades eidéticas como una maldición. Al final resultó que el Ejército Imperial valoró mis aptitudes. Había hecho todo el camino generalmente con ellos, y así me convertí en uno de tantos grises, anónimos, miembros de la maquinaria de guerra. No nos dieron muchos elogios una vez la lucha había terminado, recibiendo un montón de abusos por parte de comandantes de campo estresados mientras la guerra estaba en marcha, pero si no hubiéramos existido entonces no habría habido victorias para celebrar. La guerra no sucede por capricho de los guerreros: era planeado, orquestado, alimentada por suministros y habilitado por transportes.

Habíamos sido el Cuerpo Logisticae por un tiempo, entonces una división dentro de la administración naval. Luego —brevemente— supervisado por la gente de Malcador. Sólo poco antes del nombramiento del Señor de la Guerra fuimos disociados para formar un Departamento completo, con todas las ventajas burocráticas que nos trajeron.

Departamento Munitorum. Un nombre austero para un trabajo necesario.

Se cometieron errores, sin duda. Confusión sobre coordenadas planetarias, equipamiento no estándar de las Legiones. Durante un tiempo, incluso tuvimos dos flotas expedicionarias que operaban bajo la misma designación numérica en lados opuestos de la galaxia.

Traté de relajarme en mi asiento estrecho, sintiendo el movimiento de golpeteo de entrada en la atmósfera. No tenía ganas de pensar en lo que estaba por venir, una vez hicimos el descenso planetario, así que me esforcé para distraer mi mente mirando las vistas.

La superficie del mundo se veía devastada. Nubes oscuras corrían por su superficie, rota y desordenada como gruñidos de lana de acero. La tierra bajo ellas era una masa arrugada de barrancos y desfiladeros, esterilizando a través de continentes enteros como masas de pequeños pliegues craneales.

Sólo en una zona de Ullanor ese trastorno había sido domesticado. Antes de salir había oído historias de contactos del Mechanicum sobre lo que le habían hecho a los restos de la fortaleza de Urrlak, y en aquel entonces no me lo había creído mucho. Les gustaba presumir de lo que podían hacer a los mundos una vez ponían sus manos augménticas en ellos.

Cuando miré fuera del portal y hacia abajo, a lo que habían hecho, les creí. Vi la ruta de la procesión victoriosa, una cicatriz de rococemento de cientos de kilómetros de largo. Traté de calcular el ancho de la plaza ceremonial que estaba viendo podría haber sido cuanto, ¿200 kilómetros cuadrados? ¿Dos veces ese tamaño? Brillaba bajo la cubierta rota de nubes como el ébano pulido, una llanura colosal de piedra alisada con el único propósito de dar al emperador un lugar adecuado para su triunfo.

Qué pieza de maquinaria es la humanidad, pensé entonces. Que infinitas facultades nos hemos dado a nosotros mismos.

El transbordador se hundió hacia la cubierta de nubes. Empecé a sentir náuseas, y miré hacía otro lado.

Yo sabía que el Emperador había quedado atrás; de regreso, por lo que me dijeron, a Terra. También sabía que el Señor de la Guerra —como pensábamos en él entonces— aún estaba a bordo de su nave insignia, pero no sabía cuánto tiempo pensaba quedarse. Hubiera sido bueno conocerlo para poder empezar a pensar en el reabastecimiento de la 63.ª Flota Expedicionaria, pero no tenía ningún sentido tratar de fijar un primarca a los detalles, y menos ese primarca.

En cualquier caso, mi misión no se refería al Señor de la Guerra. Se trataba de uno de sus hermanos, de quien yo conocía muy poco, de oídas, y que tenía la reputación de ser —entre otras cosas— difícil de rastrear.

No me gustaba oír eso. No me gustaba la idea de gastar semanas esperando una audiencia y me conformaba con la de serme concedida una al menos.

Cerré los ojos, sintiendo la estructura de la nave temblando.

Las cosas que hacemos por el Emperador, pensé.

Heriol Miert parecía cansado, como si no hubiera dormido en días. Su uniforme verde oscuro estaba arrugado y las líneas bajo los ojos eran profundas, como si hubieran sido grabadas en tinta.

Me dio la bienvenida en su cuartel general improvisado con la arrastrada, vidriosa mirada de un hombre que realmente necesitaba ver una cama pronto.

—¿La primera vez en Ullanor, general? —preguntó mientras subíamos las escalera a su despacho privado.

—Lo es —le dije—. Y me perdí toda la acción.

Miert rio, una sonrisa cansada.

—Todos lo hicimos —dijo—. Nosotros somos los que quedan.

Entramos en la habitación: una caja enmarcada en acero modesto en lo alto de una columna de unidades de administración prefabricadas (de origen terrano supuse, por el prensado del marco). Estábamos muy lejos de donde la ceremonia de

investidura del señor de la guerra había tenido lugar, pero a través de las ventanas podíamos divisar las grandiosas torres en el horizonte. Unos titanes solitarios todavía caminaban por toda la vasta extensión de piedra, sus enormes contornos brumosos en las nubes a la deriva.

Comencé a catalogar mentalmente sus tipos: Warlord, Reaver, Nemesis… y tuve que detenerme.

—Entonces, ¿cómo está usted coronel? —le pregunté, sentándome en una silla de metal y cruzando las piernas.

Miert se sentó frente a mí, y se encogió de hombros.

—Las cosas se están haciendo más fáciles ahora —dijo—. Creo que podemos estar orgullosos, considerando todas las cosas.

—Estoy de acuerdo —le dije—. ¿Cuál es tu próximo destino?

Miert sonrió.

—Retiro —dijo—. Licenciamiento con honores, luego regreso al hogar en Targea.

—Felicidades. Te lo has ganado.

—Gracias, general.

Envidiaba Miert un poco. Había cumplido con su deber y se iba mientras las cosas iban bien. En esa etapa, aún a varios años vista de mi propia jubilación, tenía muy poca idea de cuál era el papel que le esperaba por mí. Los rumores a través de la jerarquía del ejército hablaban de una desmovilización a gran escala. Nos estábamos quedando sin planetas que conquistar, después de todo.

No es que apelase a la jubilación. Otros lo habían hecho y había visto qué tipo de vida podría ser vivida después acabar el servicio. Yo no quería sudar tinta a través de los datos para siempre. La idea de continuar indefinidamente, terminando con tu deber sólo en la muerte, me parecía deprimente.

—Así que quieres saber acerca de los Cicatrices Blancas —dijo Miert, sentado en su silla.

—Me dijeron que sabes más que nadie aquí.

Miert se rio de nuevo, cínicamente.

—Es posible que sí. No lo dé por sentado tan a ligera.

—Dime lo que sabes —dije—. Todo será útil.

Miert cruzó sus brazos.

—Servir de enlace con ellos ha sido una pesadilla —dijo—. Una pesadilla. He servido sobre todo con Lobos Lunares aquí, y son un sueño: hacen lo que dicen que van a hacer. Ellos nos mantienen informados, hacen pedidos razonables. Los cicatrices bueno, nunca se sabe dónde están ni lo que quieren. Cuando finalmente aparecen son muy, muy buenos pero ¿de qué me sirve eso? Para entonces tengo batallones de reserva quedándose sin alimentos y kits sin usar reposando en almacenes por medio sector.

Negó con la cabeza.

—Son frustrantes. No escuchan, no consultan. Hemos perdido hombres por eso, estoy seguro.

Miert me lanzó una mirada de reojo a continuación.

—¿Es por eso por lo que estás aquí? —me preguntó—. ¿Por eso quieres verlos?

Sonreí tolerante.

—Sólo los hechos, por favor —le dije.

—Lo siento. Por lo que sé, no tienen vínculos estrechos con las otras legiones. Ellos no son hostiles exactamente, sólo… no cercanos. Ellos conservan muchas costumbres de Mundus Planus.

—Chogoris.

—Lo que sea. En cualquier caso, es algo extraño. No utilizan denominaciones de rango estándar. Ni siquiera utilizan compañías ordenadas; es todo «del halcón» esto y «de la lanza» aquello. Puedes imaginarte lo difícil que lo hace para coordinarse con cualquier otra persona que no son ellos.

—¿Qué hay del Primarca? —le pregunté.

—No sé nada. Literalmente, no sé nada. Los otros le llaman el Khan, pero los capitanes Cicatrices Blancas se llaman khan, por lo que no ayuda. Ni siquiera sé dónde estaba luchando al final. Fue visto, por lo que me han dicho, en el balcón junto a los Primarcas cuando el Emperador estaba aquí, pero es difícil de conseguir datos fiables de lo que pasó antes de eso.

Miert sonrió para sí, la mirada que un hombre decía cuando se ha pasado mucho tiempo lidiando con tareas imposibles, pero pronto estará libre de ellos.

—Y están obsesionados con la cortesía —dijo—. ¡Cortesía! Cuando te encuentras con ellos, asegúrate de saber sus títulos y utilizarlos correctamente. Ellos sabrán todos los tuyos. Si transportan armas ceremoniales o cualquier cosa de valor, vas a querer saber acerca de eso también.

No llevaba nada de valor. Mi vida era muy organizada, exacta, para molestarse con espadas antiguas. Me preguntaba si debería tratar de saber el origen de algo.

—¿Qué hay de los Videntes de la Tormenta? —le pregunté.

—Tienen su papel —dijo Miert—. Simplemente no sabemos cuál es. Hay diferentes teorías: que son como bibliotecarios, que son completamente distintos. Hay un rumor de que Magnus el Rojo los tiene en alta estima. O puede que no.

Extendió sus manos, admitiendo la derrota.

—¿Lo ves? —dijo—. Es desesperante.

—Este Vidente de la Tormenta, el que has convencido para conocerle —dije—. ¿Es alto? ¿Tiene el oído del Khan?

—Espero que sí —dijo Miert—. Era bastante difícil de encontrar, y tuve que reclamar unos cuantos favores. No me culpes si no lo es, sin embargo. Honestamente, hicimos lo que pudimos.

No me sentía como si estuviera aprendiendo mucho.

—Estoy seguro de lo hiciste, coronel —le dije—. Vamos a tener que conformarnos y esperar lo mejor. ¿O acaso hay algo más?

Miert me dio una mirada un tanto traviesa.

—Puedes haber notado un parecido superficial con la Sexta Legión, los lobos de Fenris —dijo Miert—. Ya sabes, todo bárbaro.

Entonces me arrolló con sus ojos.

—No toques el tema —me advirtió—. Hemos acabado quemados por eso antes. Les molesta mucho.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Resentimiento? Pero, en serio, no lo toques.

—Entonces lo haré, coronel —dije, sintiéndome más pesimistas acerca de la próxima reunión con cada bocado equívoca de la información que surgía. Necesitaba más. Necesitaba detalles. Esas eran las cosas que me hacían funcionar—. Gracias. Has sido de gran ayuda.

Tomé un tractor, un Aurgean RT-56 de tipo Enyiad por el patrón de sus huellas, desde la llanura del triunfo hacia los yermos tras ella. Era incómodo y caliente. El aire sabía a arena, y era imposible no imaginar el hedor de esporas de orko debajo de todo.

No se hizo fácil de encontrar, como Miert había advertido. Nunca me dio la impresión de que estaba siendo deliberadamente difícil, sólo que él no tenía absolutamente ninguna preocupación si me encontraba con él o no. Su baliza brilló dentro y fuera de la existencia mientras viajábamos, bloqueado por las densas filas de rocas ondulantes que nos rodeaba. Cuando por fin llegué hasta él habíamos estado viajando por más de cuatro horas y tres cuartos.

Hice lo que pude para lucir presentable antes de desembarcar. Alisé el pelo canoso y ajusté los pliegues de mi uniforme. Tal vez debería haber hecho un mayor esfuerzo. La apariencia física siempre ha sido la menor de mis preocupaciones, un rasgo que la edad sólo había acelerado.

Ahora era demasiado tarde. Tomé un trago de agua caliente de mi cantimplora y sequé un poco mi sudosa frente.

Debió habernos visto venir. Incluso entonces no hizo ningún esfuerzo para venir a nosotros, permaneciendo en lo alto de una larga cresta que era demasiado empinada

para que el tractor lo intentase. Lo dejé en la base de la misma, dando un paso en la superficie polvorienta, la superficie real de Ullanor, por primera vez desde que descendía al planeta.

—Quedaos aquí —dije a la tripulación del tractor, incluido el equipo de seguridad que Miert había enviado conmigo. No me preocupaba demasiado por mi seguridad, pero me preocupé de ofenderlo si subía acompañado de una multitud.

Entonces empecé a subir. No estaba en la mejor forma: años de presentaciones de informes en bóvedas del Administratum no me habían dado un cuerpo curtido en la batalla y nunca me había molestado mucho en tratamientos rejuvenecedores.

Me preguntaba lo que iba a hacer conmigo cuando me viese: una mujer delgada, de rostro duro con uniforme de general. Sentí mi piel sudorosa de nuevo como antes de empezar y los pliegues que alisé del uniforme arrugados. Me vería débil, posiblemente ridícula.

Le encontré cuando llegué a la cima. Mi pie resbaló con piedras sueltas y me tambaleé contra la roca. Extendí la mano derecha, con la esperanza de coger el borde del risco. En lugar de piedra, mis dedos se agarraron a una mano blindada. Me sostuvo con firmeza.

Levanté la vista, sorprendida, y me encontré mirando a dos ojos de oro en un rostro de piel marrón.

—General Ilya Ravallion, Departamento Munitorum —dijo el dueño de la cara, inclinando la cabeza cortésmente—. Ten cuidado.

Tragué saliva, agarrando su guantelete con fuerza.

—Gracias —le dije—. Lo haré.

Su nombre era Targutai Yesugei. Me lo dijo tan pronto me había quitado el polvo y recuperé el aliento. Nos pusimos de pie, ambos, en la cresta. Los barrancos secos y desfiladeros de Ullanor huían de nosotros en todas direcciones, un laberinto de escombros y grava carbonizada. Por encima de nosotros, nubes oscuras flotaban.

—No es un gran mundo —dijo.

—Ya no —asentí.

Su voz era como la voz de todos los Marines Espaciales que había encontrado alguna vez: baja y resonante, tranquila, subiendo desde su pecho del barril de crudo, rebotando por los lados de un pozo profundo. Si en algún momento decidiera aumentar su tono, supe que podría ser terriblemente fuerte. En aquel entonces, sin embargo, era un sonido curiosamente tranquilizador entre las secuelas de la devastación.

Él no era tan alto como algunos que había conocido. Incluso vestido con su armadura de placas, tuve la impresión de una cierta enjuta: un marco compacto, de un cuerpo delgado bajo el sol templado. Su cabeza lampiña estaba coronada con una larga trenza de pelo que serpenteaba hacia abajo alrededor de su cuello. Tenía tatuajes hechos en la piel de las sienes. No podía entender lo que significaban, parecían como las letras de un idioma que yo no entendía. Llevaba un bastón rematado con un cráneo y llevaba una capucha brillante como el cristal sobre los hombros de su armadura.

En medio de un entramado de otras cicatrices ritualistas, tenía una amplia marca irregular corriendo por su mejilla izquierda, desde poco menos de la cuenca del ojo casi hasta la barbilla. Sabía lo que era. Durante mucho tiempo, esa costumbre había sido lo único que había conocido de ellos. Se la hacían a sí mismos una vez habían sido iniciados. Fue lo que hizo que recibieran su nombre.

Sus ojos parecían de oro. Sus iris eran casi de bronce, y los blancos eran de un color amarillo pálido. No me esperaba eso. No sabía entonces si todos ellos eran así, o si era sólo él.

—¿Luchaste en este mundo, Ilya Ravallion? —me preguntó.

Habló en un gótico torpe, con una gruesa acento gutural. No me esperaba eso.

—No lo hice —le dije.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me mandaron a buscar una audiencia con el Khan.

—¿Sabes cuántas se conceden?

—No lo sé.

—No muchas —dijo.

Una media sonrisa se dibujó en sus labios de color marrón mientras hablaba. Su piel se arrugaba con cada sonrisa, entrecerrando los ojos. Parecía que sonreía a menudo y fácilmente.

En esos primeros intercambios, no podía saber si estaba jugando conmigo o si hablaba en serio. Su entrega recortada hacía difícil adivinar su significado.

—Tenía la esperanza, señor —le dije— de que usted me pudiese ayudar.

—Entonces, ¿no quieres hablar conmigo? —dijo—. Me utilizas para llegar a él.

Decidí seguir siendo sincera.

—Es correcto —dije.

Yesugei soltó una risotada. Era un sonido fuerte, duro como el viento seco, aunque no sin humor.

—Bien —dijo—. Yo soy una especie… de intermediario. Eso es lo que hacemos, los zadyin arga; hablamos de unos a otros. Mundos, universos, las almas… es lo mismo.

Todavía estaba tensa. No podría decir si las cosas iban bien. Una gran parte plan se basaba en la reunión a la que había sido enviado para arreglar, y sería difícil volver después sin haber logrado nada. Al menos, pensé, Yesugei seguía hablando, lo que tomé como una buena señal.

Todo el tiempo me fijé en los detalles, almacenándolos lejos en mi mente, trabajando de forma automática. No podía ayudarme a mí mismo.

Su armadura es una Mark II. ¿Indica conservadurismo? El cráneo de su bastón es inidentificable. Fauna chogoriana, sin duda. ¿Equina? Consultar con Miert más tarde.

—Si usted tuviera su audiencia —me preguntó—, ¿qué le dirías?

Había temido esa pregunta en particular, a pesar de que había sido obligado a subir.

—Perdóneme señor, es sólo para sus oídos. Se trata de negocios entre la Quinta Legión y el Administratum.

Yesugei me lanzó una mirada astuta.

—¿Y qué dirías si metiese la mano en su mente, en este momento, y tomase la respuesta? No piense que usted está protegida de mí.

Me puse rígida. Tan pronto como hizo la sugerencia sabía que podía hacerlo.

—Lo impediría si pudiera —le dije.

Él asintió con la cabeza otra vez.

—Bien —dijo—. Sin embargo, en caso de que usted estuviese preocupada yo no lo estaría.

Me sonrió de nuevo. Contra toda expectativa, me encontré relajándome. Era extraño, ya que estaba de pie al lado de una máquina de matar blindada, imponente, psíquicamente cargada.

Habla un gótico sorprendentemente pobre. ¿La razón es una inadecuada comunicación con el centro? Había asumido aptitud lingüística: puede que lo tenga que revisar.

—Admiro la perseverancia, general Ravallion —dijo Yesugei—. Usted ha trabajado duro para encontrarme aquí. Siempre trabaja duro, desde que empezaste.

¿Qué significaba eso? No esperaba que me hubiesen investigado. Tan pronto como lo pensé, sin embargo, me reprendí a mí mismo: que creía, ¿qué eran realmente salvajes?

—Te conocemos —continuó—. Nos gusta lo que vemos. Me pregunto, sin embargo, ¿cuánto nos conoces? ¿Sabes lo que dejas entrar por tratar con los Cicatrices Blancas?

Por primera vez, su sonrisa sugería algo parecido a la amenaza.

—No lo sé —dije—. Pero puedo aprender.

—Tal vez —dijo.

Se apartó de mí, volviendo la vista sobre el paisaje ardiente y oscuro. No dijo nada. Apenas me atrevía a respirar. Permanecimos de pie uno junto al otro mientras las nubes deslizaban por encima, los dos encerrados en el silencio.

Después de mucho tiempo así, Yesugei volvió a hablar.

—Algunos problemas son complejos, la mayoría no lo son —dijo—. El Khan no concede muchas audiencias. ¿Por qué? No mucha gente se lo pregunta.

Se volvió hacia mí.

—Veré lo que puedo hacer —dijo—. No abandones Ullanor. Si hay buenas noticias encontraré la manera de ponerme en contacto con usted.

Luché para ocultar mi alivio.

—Gracias —le dije.

Me dirigió una mirada casi indulgente.

—No me des las gracias todavía —dijo—. Sólo dije que lo intentaré.

Un crudo humor profundo bailaba en esos ojos de oro cuando me miraba.

—Dicen que es esquivo —dijo—. Se oye mucho eso, pero escucha: no es difícil de alcanzar, sino que está en el núcleo. Dondequiera que esté, ese es el núcleo. Parecerá que ha roto el círculo, desviado hacia el borde, hasta el final, y entonces verás que el mundo ha llegado a él y ha estado esperando todo el tiempo. ¿Entiendes?

Le miré a los ojos.

—No lo he entendido, Khan Targutai Yesugei del zadyin arga —dije, fiel a mi política de honestidad y con la esperanza de haberme aprendido los títulos adecuados—. Pero puedo aprender.

TRES

TARGUTAI YESUGEI

Tenía dieciséis años. Eran años de Chogoris, pensé, los cuales son cortos. Si hubiese nacido en Terra habría tenido doce.

A veces pienso que nuestro mundo nos obligó a crecer rápidamente —las estaciones pasaban rápidas— y aprendimos las habilidades de supervivencia muy pronto. Ya en la alta Altak, el tiempo puede cambiar tan de repente, de heladas a un sol abrasador, que tenías que ser ágil con los pies. Tenías que aprender a cazar, alimentarte por ti mismo, hacer o encontrar un refugio, entender lo tortuoso, equilibrarte con la política de nuestros muchos clanes y pueblos.

Pero tal vez no crecimos con la suficiente rapidez. En los días posteriores a la llegada Señor de la Humanidad a nosotros, encontramos que nuestros caminos del guerrero —nuestra velocidad, nuestra destreza— nos hacía fuertes. No nos detuvimos a reflexionar sobre cuáles eran nuestras debilidades. Esa tarea se la dejamos a otros para que nos las mostrase, para cuando ya era demasiado tarde para cambiar.

Antes de venir no sabía que había otros mundos, poblados por otros hombres con otras formas de ser. Sólo sabía de un cielo y una tierra, y parecía infinito y eterno. Ahora que he visto otras tierras y marchó a la guerra bajo sus cielos extraños, encuentro mi mente volviendo a Chogoris a menudo. Se redujo en mi imaginación, pero también se volvió más preciado. Me gustaría volver si pudiera. No sé si eso será posible alguna vez.

Más de un siglo ha pasado desde que era un niño. Tendría que ser más prudente y haber dejado mis recuerdos tras de mí, pero nunca dejamos atrás nuestra infancia: la llevamos con nosotros, y nos susurra, nos recuerda los caminos que podríamos haber tomado.

Tendría que ser más prudente y no escuchar, pero lo hago. ¿Quién no escucha la voz de sus recuerdos?

Estaba solo entonces. Había ido a las montañas de la Ulaav, caminando por los pasos altos. Esas montañas no son altas, no como las de Fenris o Qavalon. No son

tan majestuosas como el poderoso Khum Karta, donde se erigió nuestra fortaleza-monasterio muchos años más tarde. El Ulaav son montañas antiguas, agotadas por milenios de vientos de todo el Altak. En verano, un piloto puede coronar las cumbres y nunca salir de la silla de montar, en invierno sólo los berkut y los fantasmas pueden soportar el frío.

Había sido enviado allí por el Khan. Eran los días en que estábamos siempre en guerra, ya fuera entre sí o contra las fuerzas de la Khitan, y un niño con los ojos de oro era un premio valioso para todos los bandos.

Más tarde, leí relatos de esas guerras escritos por rememoradores imperiales. Luché para hacerlo pero, para mi vergüenza, nunca entendí su lengua, como debería haberlo hecho. Muchos de nosotros en la Legión tenían tales luchas. Quizás el Khorchin y el gótico fueron demasiado lejos el uno del otro para facilitar la comprensión. Tal vez fue por eso que nosotros y el Imperio siempre estábamos con propósitos cruzados, incluso al principio.

En cualquier caso, esos rememoradores referían a lugares que nunca he oído hablar de los hombres que nunca vivieron, como el Palatino de Mundus Planus. No sé de dónde sacaron esos nombres. Cuando luchábamos contra el Khitan llamábamos a su emperador por su título: Khagan, un khan de kanes. No teníamos ni idea de su nombre real, pero lo descubrí más tarde. Se llamaba Ketugu Suogo. Como mantenemos tan pocos registros de la nuestros, este conocimiento es escaso. Soy posiblemente uno de los pocos que quedan que lo sabe, y cuando yo me haya ido, su nombre se habrá ido también.

¿Tiene importancia? ¿Importa que estuviésemos luchando contra un hombre que nunca vivió en un mundo del que nunca he oído hablar? Yo creo que sí. Los nombres son importantes, la historia es importante.

Los símbolos son importantes.

Estaba solo porque tenía que ser así. El Khan no habría enviado un bien tan preciado en las montañas si él pudiera haberle ayudado. Por decisión propia, me habría rodeado de hombres de su keshig, jurando protegerme del enemigo que pudiese seguir el rastro de mi vulnerabilidad y arrebatarme.

Por desgracia para él, la prueba de los cielos sólo funcionaba en una sola mente. Tuvimos dioses extraños y tímidos en Chogoris; sólo se mostraban a las almas

solitarias y sólo cuando la tierra se levantó para encontrarse con el cielo infinito y el velo entre los reinos era delgado y peligroso.

Así que, aun sabiendo qué peligro me esperaba, los guerreros del Khan me dejaron a los pies de las montañas y me dirigí hacia las alturas solo. Una vez empecé a caminar no miré atrás. El aire ya estaba mordiendo, silbando bajo mi caftán áspero y rozando contra mi carne. Me estremecí, acurrucando mis brazos a mi pecho y manteniendo la cabeza gacha.

Los valles de las montañas Ulaav eran famosos y bellos. Los deshielos habían creado lagos de cobalto en los últimos recodos, a la sombra de los Picos. Bosques de pinos corrían por las escarpaduras con capas de color verde oscuro, denso y brillante como una armadura laqueada. El cielo por encima de las cumbres era de cristal: claro, tan intensamente azul que dolían los ojos al mirarlo. Todo allí era duro, severo y limpio. Incluso en mi estado de semicongelación me conmoví. Comprendí al acercarme a los lugares altos por qué los dioses se quedaron aquí.

Aparte de eso, no sentí nada: ni visiones, ni poderes mágicos, ni explosiones de fuerza sobrenatural. La única marca de mi singularidad era mis ojos, y no habían hecho nada hasta el momento, pero me traían problemas. Si no hubiera sido por el Khan probablemente estuviese muerto hace mucho, pero reconoció mi potencial antes que yo. Era un hombre con visión de futuro, con una visión para Chogoris que yo era demasiado joven para comprender. También sabía lo útil que podía serle para él si estaba en lo cierto.

Subí más alto, siguiendo los pasos que eran pocas veces pisados y eran poco más que impresiones claras en piedra suelta. Para cuando paré, mi cabeza brillaba sobre el pálido aire, estaba en lo alto de los riscos del este y pude ver lo lejos que había llegado.

Ambas lunas de Chogoris destacaban arriba, aunque el sol aún no se había puesto en el norte. Estaba mirando a través de la vasta extensión del Altak oriental, la llanura interminable de matorrales de hierba que escapaba más allá de lo que nadie jamás había viajado. Desde mi atalaya, podía ver pequeñas chispas de los incendios campales en la selva, separados por enormes distancias vacías y pasado por alto por el cielo encapotado.

Esas tierras eran del Khan pensé, aunque en aquellos días aún estaban disputadas por otras tribus y clanes. Más allá del horizonte oriental, estaban los reinos de la Khitan.

Nunca había visto tanto hasta ahora. Me senté, apoyado en una plataforma de roca desnuda, mirando la vista ante mí. Aves nocturnas revoloteaban en lo alto, y vi las primeras estrellas saliendo en el helado cielo azul.

No sé cuánto tiempo pasé allí, una sola alma expuesta en los flancos de la Ulaav, temblando mientras la noche caía sobre el mundo.

Debería haber hecho un fuego. Debería haber empezado a hacer un refugio. Por alguna razón, no hice nada de eso. Tal vez estaba cansado de la subida, o mareado por el escaso aire, pero me quedé donde estaba, con las piernas cruzadas, mirando a través de la Altak oscureciéndose, hipnotizado por las diminutas luces doradas brillando en la llanura, que eran esclavizadas por sus hermanas de plata en la bóveda del cielo.

Sentí que estaba en el lugar correcto en ese momento. No necesitaba hacer nada, ni cambiar nada, ni mover nada.

Si algo iba a pasar, me pasaría a mí aquí. Lo esperaría, tan paciente como un aduu bajo refugio.

Podía encontrarme. Había hecho suficiente viaje.

Desperté de repente.

Tenía que haber sido mucho más tarde. El cielo estaba oscuro terciopelo, salpicado con una capa brillante de las estrellas. Hogueras distantes todavía brillaban en la llanura, ahora sumido en una profundo azul. Hacía mucho frío, y el viento agitaba las ramas secas que me rodeaban.

Uno a uno, vi los fuegos a través del Altak morir. Su existencia se apagó, dejando la llanura más vacía, un vacío sin nada que lo rompiese.

Traté de moverme. Me di cuenta que podía subir más, nadando por el aire como si fuera agua. Bajé la vista hacia mí y vi un cuerpo elegante, revestido de plumas. Me elevé rápidamente, rodeando las alturas, sintiendo la brisa levantar mis alas temblorosas.

Las montañas cayeron por debajo de mí. La curva del horizonte del mundo se redujo. Al este, donde estaban las tierras de los Khitan, vi más luces apagarse. Todo el planeta se deslizaba en la oscuridad.

Revolotee, inclinándome un poco en los fuertes vientos. Grité y escuché el crii de un ave nocturna. Me sentí como si fuera el único ser viviente en la creación.

Pronto estuve a solas con las estrellas. Seguían brillando plateadas en el espacio por encima de mí. Volé cada vez más alto, batiendo mis alas contra el reducido aire.

Pasé entre ellas. Vi luces encendidas en las bóvedas del cielo. Vi violentos incendios y rizos de llamas parpadeando en la oscuridad. Vi cosas que no reconocí, poderosas cosas férreas con proas como rejas de arados, desgarradas y reducido a piezas a la deriva. Fuerzas demasiado inmensas para mí comprensión luchaban a través del vacío sin caminos.

Así que estos son los dioses, pensé.

Pasé entre los restos de esas cosas, maravillado por las formas y símbolos tallados en fragmentos de metal giratorio. Vi una criatura serpentina de muchas cabezas en relieve sobre un fragmento, la cabeza de un lobo en otro. Entonces vi un letrero que reconocí: un rayo cayendo en oro y rojo, la marca eterna de los kanes.

Una parte de mí sabía que esas cosas eran visiones, y que mi cuerpo estaba donde lo había dejado en la ladera de la Ulaav. Otra parte de mí, tal vez la más sabia, reconoció que estaba viendo algo real, algo más que real, que se sustentaba como los polos de un ger sustentan la tela.

Entonces, como los incendios en la Altak, los incendios en las estrellas se desvanecieron. Todo se volvió oscuro. Sabía, sin embargo, que no me estaba quedando dormido de nuevo. Sabía que algo iba a venir por mí.

Estaba en la llanura. Era mediodía y el sol quemaba blanco en el cielo vacío. El viento bajó de las montañas, haciendo crujir la maleza, hierba y tiraba de mi caftán.

Miré hacia abajo y vi una taza en la mano izquierda. Era de barro, al igual que todas las copas del Ordu. Un líquido de un rojo sangre lo llenaba casi hasta el borde.

Miré hacia arriba una vez más, protegiendo mis ojos del sol penetrante, y vi a cuatro figuras de pie delante de mí. Sus contornos temblaban, como si se rompieran por neblina de calor, excepto porque no hacía calor.

Todos tenían los cuerpos de los hombres y las cabezas de los animales. Uno tenía la cabeza de un ave de plumas azules con los ojos de color ámbar. Uno tenía la cabeza de una serpiente, uno tenía la cabeza de un toro de ojos rojos, uno tenía la cabeza en descomposición de un pez, ya amarillento con la putrefacción.

Todos ellos me miraron, brillando por la luz directa. Alzaron sus brazos y me apuntaron.

Ninguno de ellos habló. No tenían labios humanos con los que hablar. Con todo, yo sabía lo que querían que hiciera. De alguna manera sus pensamientos tomaron forma en mi mente, tan claros y diáfanos, como si yo mismo los hubiese convocado.

Bebe, me dijeron.

Bajé la vista hacia la copa en la mano izquierda. El líquido de su interior estaba caliente. Algo de espuma se había quedado en el borde. Sentí un impulso repentino de romperla. Levanté la copa a medio camino de mi boca, mi mano temblaba mientras lo hacía.

Sabía que algo importante se contenía ahí, pero me contuve. Mis instintos luchaban dentro de mí.

Bebe, me dijeron.

El tono de su mando me dio que pensar. No sabía por qué querían que lo hiciese.

Fue entonces cuando le vi. Él vino desde la dirección opuesta. Tenía la forma de un hombre también, pero el halo de luz a su alrededor me hizo difícil hacer mucho más aparte de eso. No podía ver su rostro. Venía hacia mí, y sabía que, sin saber cómo, había viajado desde muy, muy lejos.

Él no me dio ninguna orden. Aparte de eso, era como las cuatro figuras bestia. Había alguna relación entre ellos, algo que podía sentir pero no entendía. Los cuatro tenían miedo de él. Supe entonces que si yo bebía de la copa, entonces estaría desafiándole, a ÉL. Si no bebía, estaría desafiando a ellos.

Todos nos quedamos así por espacio de muchos pensamientos. Los cuatro me señalaron. El hombre envuelto en la luz se acercó a mí, sin parecer que se acercase.

Bebe, me dijeron.

Levanté la copa a los labios. Tomé un sorbo. El líquido tenía un sabor complejo: dulce, para empezar, a continuación, amargo. Sentí que fluía por mi garganta, caliente y vital. Tan pronto como había empezado, sentí ganas de seguir bebiendo. No quería nada más que tragármelo todo, drenarlo hasta las heces.

Bebe, me dijeron.

Después de ese sorbo, bajé la copa, poniéndome en cuclillas cuidadosamente y apoyándola en la tierra ante mí. Pese a toda mi atención, se derramó un poco, manchando mis dedos. Entonces di un paso lejos de ella.

Hice una reverencia a los cuatro, no queriendo ofenderles. Hablé, sin saber de dónde venían las mismas.

—Es lo cortés tomar una pequeña cantidad —dije—. Eso es suficiente para nosotros.

Los cuatro bajaron sus brazos. No me lo ordenaron de nuevo. El hombre se detuvo, quedándose donde había estado cuando lo vi por primera vez.

Sentía que había decepcionado a todos ellos. Tal vez, sin embargo, había decepcionado menos a ÉL que a ellos.

La visión comenzó a desvanecerse. Podía sentir la dureza del mundo real reafirmarse. La llanura iluminada por el sol delante de mí como el agua rizada, y vi las lagunas de la oscuridad debajo de ella.

Quería quedarme. Sabía que mi regreso al mundo de los sentidos sería doloroso.

Volví a mirar al hombre, con la esperanza de reconocer algo de su rostro antes de que el sueño terminase.

No vi nada, pero la luz parpadeaba y rodaba alrededor de un núcleo de brillo. No había calor en esa luz, sólo brillantez. Era como un sol frío.

Cuando su luz se marchó, sin embargo, sentí la pérdida de la misma.

Me desperté, de verdad esta vez, temblando por el frío. Mis piernas me dolían, y estaban tan rojas como la carne cruda. Traté de moverme y me sentí picos de dolor en las articulaciones. Todo dolía, me sentía desollado.

Era el amanecer. A mis pies las llanuras eran lechosos con la niebla. Vi a una punta de flecha de aves scud a través de ella, moviéndose igual que nuestros formaciones de guerreros a caballo. Líneas pálidas de humo se elevaban a través de la niebla, los últimos restos de los incendios que habían ardido durante la noche.

Me obligué a moverme. Después de un tiempo, lo peor del dolor empezó a disminuir. Corrí y agité los brazos, desentumeciendo mis rodillas y codos. La sangre comenzó a fluir alrededor de mi cuerpo otra vez. Todavía estaba muy frío, pero el movimiento ayudó.

Todavía podía recordar mis visiones. Sabía lo que eran. Uig, viejo zadyin arga del Khan me había dicho que esperarse. Esa era la prueba de los cielos: una vez llegaron las visiones, nunca dejarían de hacerlo.

No sabía cómo sentirme acerca de eso. Por un lado, era la confirmación de lo que siempre había creído acerca de mí mismo. Por otro, presagiaba una vida de soledad.

Un zadyin arga no era un guerrero. Él no viajó a los llanos con armadura laqueada luchando por su Khan: su vida era solitaria, encadenada a la región de Gers, protegido en todo momento y obligado a mirar a través de vísceras y escrutar las estrellas. La posición tenía su honor, pero no del más alto. Al igual que todos los chicos de la tribu, soñé con cabalgar por las estepas, llevando la guerra a los enemigos de mis hermanos y de mi Khan.

Mientras permanecía temblando en las laderas de la Ulaav, observando la ebullición niebla lejos de las llanuras, las contemplé diciéndoles que había fallado la prueba, que mis ojos dorados eran nada más que una extraña afección inofensiva.

Incluso comencé a preguntarme si las cosas que había visto habían sido nada más que sueños, de esos que todo el mundo tiene. Traté de hacerme creer eso.

Entonces miré hacia abajo, a mis manos. Los extremos de los dedos todavía estaban manchados de rojo.

Metí las manos en las mangas de mis ropas, si querer mirarlos. Poco a poco, comencé a caminar de regreso por donde había venido.

Yo había pasado de una forma de ser a otra durante la noche. El cambio fue profundo, y me llevaría años aprender gradualmente cuán profundo. En aquel entonces, sin embargo, sentía que casi nada había cambiado. Todavía era un niño, y no sabía nada de los poderes que despertado a la vida en mi interior.

Incluso ahora, más de un siglo después, sigo siendo un niño en ese sentido. Todos lo somos, aquellos de nosotros con el poder: sabemos tan poco, vemos tan imperfectamente…

Y eso es a la vez una gran maldición y una bendición, porque si supiéramos más y viésemos mejor, entonces seguramente nos hubiéramos vuelto locos.

Me llevó más tiempo bajar desde las alturas de lo que me había tomado subirlas. A menudo me tropecé, deslizándome por los bancos sueltos de guijarros con mis miembros entumecidos. Cuando salió el sol totalmente mi ritmo mejoró. Sólo paré cuando me acercaba al nivel de las llanuras, de vuelta en la cabecera del valle del que partía el día anterior.

Vi lo que quedaba del campamento de mi escolta desde la distancia, y de inmediato supe que algo andaba mal. Me agaché junto al tronco de un árbol y entrecerré mis ojos, mirando el largo y sinuoso curso del río rumbo donde los guerreros del Khan me habían dejado.

Los aduun habían desaparecido. Vi cuerpos en el suelo en torpes posturas. Sentí que mi corazón se aceleraba. Doce guerreros habían venido conmigo a las montañas, doce cuerpos yacían en el suelo alrededor de los restos del incendio.

Me acerqué al tronco. No tenía ni idea de qué hacer. No solo sabía que tenía que volver al lado del Khan, sino que estaba ahora peligrosamente expuesto. Las llanuras no eran lugar para viajar solo y no había escondites fuera del Altak.

Habría esperado más si no fuese porque ya los había oído venir por mí. Desde algún lugar más arriba, oía el chasquido de las ramas y las voces fuertes y descuidadas de los soldados cantando en un idioma que yo no conocía.

Una sola palabra pasó por mi mente, enfriando mi sangre.

Khitan.

De alguna manera había pasado desapercibido en el camino: debían haber estado cazándome en las tierras altas, y sólo la pura suerte me había llevado por delante de ellos sin ser detectados.

Estaban cerca, arrasando a través de la maleza. Por lo que sabía había más de ellos, arrastrándose por el Ulaav como hormigas fuera de un nido pateado.

No me detuve a pensar. Corrí, lanzándome fuera de la protección de los árboles y cayendo donde los hombres del Khan habían sido asesinados. A pesar de que me resbalé y me deslicé por el camino empinado que podía oír los gritos de los Khitan cuando me vieron pararon en su persecución.

Corrí tan fuerte como pude, sintiendo mis pulmones arder mientras mi respiración se hizo pesada. Corrí como en una carrera de animales, impulsado por el miedo. No miré atrás.

Mi único pensamiento era destrabarme de los cazadores para salir a terreno abierto, para encontrar al Khan. Dirigía la banda de guerra más poderosa del Altak, que crecía cada día. Él sería capaz de protegerme, incluso si el Khitan que me persiguiera cientos de veces.

Pero tenía que encontrarlo. De alguna manera, tenía que mantenerme con vida el tiempo suficiente para encontrarlo.

Conocía su reputación. Sabía que se movía sin previo aviso, pasando de un lugar a otro para mantener a sus enemigos adivinando. Incluso Uig, que podía ver todos los caminos, lo había llamado el berkut: el águila cazadora, el que llega más lejos, el esquivo.

Tales pensamientos no ayudaban. Obligué a mi mente a permanecer fija en la tarea. Seguí corriendo, saltando por encima de zarzas y esquivando rocas. Las voces de mis cazadores me siguieron, y oía sus botas golpear contra la tierra seca.

No tenía más opción. Todos los caminos del futuro habían reducido a un solo curso, y no pude hacer otra cosa que seguirlo.

Bajé de la montaña, las llanuras de pastos más allá. No tenía plan, ni aliados, y poca esperanza. Todo lo que tenía era mi vida, recién enriquecida con visiones de otro mundo. Tenía intención de luchar por ella, pero aún no sabía cómo.

CUATRO

SHIBAN

Sabíamos que iban a luchar al final. Una vez llegaron allí no había donde huir, por lo que se volvieron y nos hicieron frente.

Habían elegido un buen lugar para hacer su defensa. Alto en el hemisferio norte de Chondax, las blancas llanuras interminables finalmente se arrugaban en un laberinto de barrancos y picos recortados, una cicatriz en la cara abierta del mundo, que era visible desde el espacio. Nunca habíamos penetrado profundamente en esa región, optando por borrar a los orkos de las llanuras primero. Era terreno defensivo natural: difícil de entrar, fácil de ocultarse en él.

Cuando nuestros operadores auspex lo vieron desde la órbita lo llamaron teghazi: La Amoladora. Creo que era su idea de una broma.

Me puse de pie en la silla, mirando hacia el primero de los numerosos acantilados que se levantan en el horizonte norte. Pude ver largas estelas de humo que se elevaban desde el corazón de la agrupación de rocas.

Llevé los magnoculares a mis ojos e hice zoom en los artefactos de metal que habían sido colocados en medio de la piedra, brillando bajo la luz del sol. Los orkos habían construido muros en las entradas de los estrechos barrancos, utilizando material despojado de sus propios vehículos. Sabiendo que no los necesitarían más, habían convertido su único medio de desplazamiento en su único medio de defensa.

Aprobé eso.

—Están bien posicionados —dije mientras escaneaba a través de las fortificaciones.

—Lo están —dijo Torghun, de pie a mi lado y también usando los magnoculares. Nuestras dos hermandades se extendían detrás de nosotros en sus formaciones de asalto, esperando la orden de avanzar—. Veo armas fijas. Tienen muchas.

Barrí mi punto de vista hacia la más cercana de las bocas barranco que nos enfrentamos. Las paredes eran claramente visibles, colocadas más atrás entre las fauces del barranco y encadenadas a través del piso barranco en una línea de

paneles y puntales metálicos atornillados. Pude ver orcos patrullando a lo largo de la parte superior de ellos. Como señalaba Torghun, había torres de armas colocadas más arriba, en las laderas quebradas.

—Esto va a ser difícil —aseveró.

Torghun rio.

—Lo será, Shiban.

En los días desde que habíamos unido fuerzas, no encontré fácil de entender a Torghun. A veces se reía y no sabía por qué. A veces me reía y me miraba extrañado.

Era un buen guerrero, y creo que los dos nos respetábamos a la hora de sacar la lanza. Habíamos destruido dos convoyes más antes de haber llegado a La Amoladora y había visto de primera mano cómo luchaba su hermandad.

Eran más estructurado que nosotros. Raramente daba a mis hermanos órdenes una vez un el combate empezaba: confiaba en ellos para cuidarse a sí mismos. Torghun daba órdenes a sus guerreros todo el tiempo, y los seguía cada instante. Ellos utilizaban la velocidad, como nosotros, pero eran más rápidos adoptando posiciones de fuego cuando el combate se hizo más estático.

Algunas tácticas nunca las vi adoptar. Nunca se retiraban, fingiéndolo a fin de sacar al enemigo.

—Nosotros no nos retiramos —dijo entonces.

—Es eficaz —había contestado.

—Es más eficaz hacerles saber que nunca lo harás —me había dicho, sonriendo—. Cuando los Lobos Lunares van a la guerra, el enemigo sabe que nunca dejarán de llegar, todo el tiempo, una oleada tras otra, hasta que acabase. Es una poderosa reputación que tienen.

Apenas podía argumentar contra el historial de la legión del Señor de la Guerra. Los había visto pelear. Eran impresionantes.

Así que, mientras escaneaba las defensas pieles verdes, tenía poca idea de lo que propondría Torghun. Temía que iba a defender esperar hasta que otra Minghan

alcanzase nuestra posición, y no me entusiasmaba discutir con él. Quería mantener nuestro impulso, ya que sabía que otras hermandades ya estaban combatiendo en los lados más alejados del enorme complejo de barrancos. Si tuviésemos el honor de luchar junto al Khagan —que seguramente estar en el centro de la acción— entonces tendríamos que permanecer a la vanguardia del círculo cerrándose.

—No quiero esperar —dije con firmeza, poniendo mis magnoculares abajo y mirando a Torghun—. Podemos romperles.

Torghun no respondió de inmediato. Siguió mirando a los acantilados distantes, buscando debilidades. Con el tiempo se detuvo y me miró.

Sonrió. Había visto esa sonrisa de antes, uno de los pocos gestos que compartimos. Sonreía antes de entrar en batalla, al igual que yo.

—Creo que tienes razón, hermano —dijo.

Llegamos duro por el flanco izquierdo de nuestro objetivo, concentrándonos rápido para atacar veloces, abrasando a través de las llanuras en escuadrones compactos. Me agaché en la silla, agarrando los mandos de mi montura, sintiendo la animal rutina de los motores, las duras vibraciones de los ardientes propulsores, los impulsos violentos del espíritu-máquina enjaulado. Mis hermanos se extendían a mis lados, corriendo a través de la tierra blanca en perfecta formación.

La entrada del desfiladero que habíamos elegido era estrecha: doscientos metros de diámetro según el auspex, y bloqueado por los defensores. Dimos un amplio rodeo, usando los acantilados que sobresalían a cada lado de sus fauces para enmascarar nuestra aproximación. Sentí mi pelo trenzado dar latigazos contra mis hombreras. Nos comimos el terreno, devorándolo, rompiéndolo en un resplandor de furioso movimiento.

Habíamos programado nuestra carrera para coincidir con la salida del tercer sol. Cuando surgió detrás de nosotros refulgió sobre la plata, cegando a los defensores de nuestro avance, clamé a recibirlo.

—¡Por el Khagan! —rugí.

—¡Por el Khagan! —fue la respuesta entusiasta, estruendosa.

Lo saboree: quinientos de nosotros a la carga, imponentes en rango a una velocidad mareante, envueltos en una corona de deslumbrante plata y oro, nuestras motojets sacudiéndose y balanceándose. Vi Jochi a mi lado, lanzando a gritos de batalla en Korchin, sus ojos vivos con sed de sangre. Batu, Hasi, el resto de mi Minghan-keshig, todos ellos se agacharon hacia adelante, todos tirando de la correa.

Las primeras andanadas de fuego defensivo estallaron y rebotaron a nuestro alrededor, una lluvia multicolor de rondas sólidas y lanzas de energía cruda. Nos evadimos entre ellas, incitando a nuestras motojets a ir cada vez más rápido, haciendo gala de su aplomo, ímpetu y maniobrabilidad extraordinarios.

Los acantilados que sobresalen se retrajeron para reunirse con nosotros. Llegamos a su alrededor, con su tendencia pesada, raspando el suelo antes de correr a la boca del valle.

Limpiamos la cobertura de los acantilados, y nuestros sentidos fueron invadidos por una rompedora, chispeante tormenta de fuego enemigo. Un huracán de proyectiles haciendo espirales desde las paredes por delante de nosotros, estallándonos en la cara y lanzadas sobre nuestras motos sin pausa.

Un jinete cerca de mí recibió un golpe directo. Su montaje se desintegró, desgarrado en una lluvia de metal y promethium, volando locamente a través del barranco y estrellándose contra el suelo en una mancha de fuego y escombros. Los guerreros eran arrojados de sus sillas, tenían agujeros a través de su armadura, enviados a toda velocidad hacia las paredes de roca donde explotaban en enormes bolas de fuego.

Ninguno de nosotros desaceleró. Nos lanzamos por el barranco, manteniendo la velocidad de ataque, escondiendo la cabeza y balanceándonos en torno a las líneas de fuego, pasando por encima de ellas para ampliar el campo, antes de caer de nuevo a nivel del suelo y dejarles rascar nuestras cabezas.

Eché más potencia, sintiendo mi moto estremecerse con la tensión. La tierra alrededor era un desastre de color blanco con rayas borrosas, sólo las paredes de metal delante permanecían claras. Sentí disparos rozar el blindaje frontal de mi moto, casi sacándome de la línea. Más de mis hermanos cayeron cuando el torrente de balas y metralla les alcanzaron.

Las paredes se acercaban. Vi orcos saltando sobre nosotros desde ellas, blandiendo sus armas y desafíos rugientes. Las torres de vigilancia se centraron en nosotros, girando para disparar antes de que los golpeásemos.

Nos abrimos. Una cacofonía de fuego bólter pesado gruñó, llenando el barranco con una lluvia irregular de destrucción y ruina fulminante. Las paredes desaparecieron ante nubes de destrucción explosiva. Las placas de metal se rompieron y abollaron, volando en una lluvia de astillas. Vi pieles verdes lanzado en el aire, sus cuerpos triturados por la lluvia de disparos.

Justo en ese momento, como había prometido que lo harían, el apoyo pesado de Torghun abrió fuego. Sus escuadrones auxiliares habían separado, haciendo la mayor parte de la pantalla de nuestro asalto frontal y aseguraron las tierras altas a ambos lados del barranco. Poseían herramientas de devastación que no nos llevamos: cañones láser, lanzamisiles, cañones rotatorios en sus motos, incluso unas armas-haz esotéricas que llamaban «culebrina volkite», algo que nunca había visto antes.

Su barrera de fuego fue devastadora, encendiendo el aire a su alrededor, abriendo brechas en la barrera por delante y empapándola en una catarata de rabiosa, fluida energía. Paneles apuntalados y largueros iban girando, combándose ante la cortina de fuego. Los misiles pasaron por los huecos, silbando junto a nosotros y chocando contra las líneas orkas ardiendo. Lanzas brillantes de energía quebraron y silbaron, enviando espeluznantes destellos a lo largo de las paredes de roca.

Fijé mi objetivo, apuntando a un hueco abierto por el fuego en las paredes. Me precipité a través del infierno hacia ella, sintiendo ráfagas de fuego cruzado y brillante a través de mí. Me levanté casi hasta ponerme horizontal, dejando un misil orko pasar de largo. Entonces me sacudí de nuevo en posición gacha pero a mi derecha, hecho en un impulso final y un tiro limpio a través de la brecha desigual en las paredes.

Algo debió haberme golpeado cuando penetré a través de las defensas. Sentí un golpe en algún lugar bajo chasis de la moto, desviándose con fuerza a la derecha. Yo luchaba con los controles, apenas evitando un giro fatal.

El mundo se arrastró a mi alrededor, meciéndose en espiral. Oí otra motojet golpear a través de las estrías en las paredes y disparando sus bólters pesados sobre los defensores. Tuve una breve vista del barranco al otro lado tachonado con

barricadas destartaladas y puntos de enfilada, plagada de pandillas enteras de orkos, todos ellos repletos de furia brutal. Los disparos, espesos e incesantes, cruzaron el estrecho desfiladero, roto por las explosiones en el aire y las nubes de fuego antiaéreo.

Me di la vuelta, esquivando una lluvia de rondas entrantes antes de accionar mi vacilante unidad de arranque de nuevo. Arrastrando humo, mi moto se tambaleó y se sacudió antes de parar por completo, tirándome en un picado fuerte.

El suelo rocoso se precipitó hacia mí en una repugnante plomada. Salté, lanzándome a mí mismo de la silla de montar. Golpeé el suelo duro y me aleje al oír el fuerte chasquido de mi moto impactando en el piso del barranco, seguido por el silbido y la explosión de los depósitos de carburante.

Me puse de pie con escombros llovieron a mi alrededor, con mi alabarda ya preparada. Había llegado a unos doscientos metros más allá de las paredes. Pude ver la barrera del otro lado —andamios colapsándose, los depósitos de munición volando como antorchas, los impactos estremecedores del fuego justiciero de largo alcance de Torghun. Había cuerpos por todas partes: al pasar de los parapetos tambaleantes, pululando sobre la roca. El aire era denso, con una increíble niebla de ruido— gritos, bramidos, motores motojet bramando, cañones descargándose.

Los pieles verdes ya estaban llegando, miles de ellos, disparándome desde carabinas y pistolas improvisadas a cargar simplemente contra mí. Sentí el ping y el crack de las rondas sólidas, que rebotaban de mi armadura. Escuché sus desafíos de guerra guturales, bestiales. Olí el hedor de su ira.

Encendí el campo energético del guan dao, sintiendo temblar el eje mientras se cargaba.

Para cuando estaban cerca yo estaba más que listo.

Azoté a mi alrededor con la parte superior de mi cuerpo, golpeando con el guan dao. El borde crujiente cavó profundamente en la cara del orko en cabeza, rebanando su carne y enviando hacia atrás a la criatura en una agitada espuma sanguinolenta.

Otro lanzó un hachazo salvaje con una cuchilla de carnicero, mordiendo mi hombrera, pero sin penetrar en la ceramita. Sumergí mi alabarda en su estómago, girándola en redondo, licuando la carne dura. Más orkos se apilaron y los

despedacé, girando y cortando. La guan dao cantaba en mis manos, en espiral a mí alrededor en una red chispeante de energía. Pieles Verdes fueron arrojados desbrozados, sus armaduras rotas, sus cuerpos destrozados.

Apenas oí el trueno y el ímpetu de la batalla a mi alrededor.

Mi mente perforó hasta el núcleo del combate, y me perdió en él, sin darse cuenta del cielo en llamas por encima de mí, sin darse cuenta del lagrimeo de las motojets pasado con sus armas ardiendo.

Roté, descabezando a un piel verde, luego me lancé hacia atrás, golpeando con el talón de la guan dao el cráneo de otro. Lo evisceré, rasgado, roto y espetado, impulsado por mi armadura, mi fuerza, mi cruel arte.

Uno de ellos, un enorme monstruo con colmillos y hombreras de hierro oxidado se lanzó a mí, de alguna manera evadiendo mi espada y mi guardia. Chocamos con un ruido discordante y ambos tumbado en el suelo. La criatura cayó sobre mí, y el hedor de la misma llenando mi nariz. Embistió mi rostro, y la fuerza del golpe mandó mi cabeza atrás. Mi visión se nubló, y vi un lavado la sangre sobre mis ojos.

Estaba anclado. Traté de llevar la alabarda, que seguía aferrada en la mano izquierda, en un movimiento para clavarla en la espalda del monstruo. El orko vio el movimiento y giró para bloquearla con su propia arma, un mazo con pinchos ya cubierto por una mancha de sangre. El campo de energía de la guan dao detonó al entrar en contacto, rompiendo el mazo en una lluvia de fragmentos de metal, lacerando a los dos.

Los pieles verdes se retiraron, aflojando su agarre, rasgando sus ojos y bramando de dolor. Con un enorme tirón, empujé para abrir hueco e hice nadar la alabarda en un movimiento de latigazo, apuntando al estómago. La cuchilla cortó profundamente, entre armaduras de placas y doblando a muchos orkos por la columna. Luego la torcí fuertemente de vuelta, llevándola con fuerza con ambas manos. El monstruo quedó partido en dos, su torso desintegrado en un pantano succionante de músculo rasgado, sangre y hueso.

Oí otro movimiento detrás de mí y di la vuelta, preparado para golpear de nuevo.

Jochi permanecía allí, su armadura manchada de rojo, el bólter en la mano, rodeado de montones de cadáveres orkos. Detrás de él, pude ver la barrera destartalada bajar, lentamente cayendo cuando los incendios estallaron en ella. Mis hermanos

estaban por todas partes, hostigando, persiguiendo, matando, despedazando como fantasmas vengativos a través de las hordas pululantes.

—¡Esta es una buena caza, mi Khan! —observó Jochi, riendo a carcajadas.

Me uní a él en su gozo, sintiendo los cortes a través de mi cara abrirse.

—¡Y todavía no ha terminado! —grité, agitando la sangre de mi espada, volviéndome a encontrar más presas. Las motojets dispararon sobre nuestras cabezas, impulsadas por chillantes jinetes.

Bajo sus sombras de su paso, nos lanzamos de nuevo en la pelea.

La batalla en el barranco no cejó una vez que los muros se habían roto. Más barreras habían sido suspendidas sobre las gargantas sinuosas por delante, obstruyendo las vías que conducían profundamente en el interior de La Amoladora. Los Pieles verdes cavaron donde pudieron. Salieron de sus refugios, tambaleándose hacia nosotros en oleadas, trepando por el suelo rocoso del barranco en su prisa por desangrarnos. Nos arrastraron profundamente en un combate cuerpo a cuerpo, atacados desde todos lados a medida que nuestro camino se recortaba por los largos desfiladeros y quebradas.

Muchos de mis hermanos permanecieron montados, barriendo por todo el largo valle y destruyendo asentamientos enemigos con una velocidad de los defensores no podían igualar. Otros avanzaron a pie, como yo, corriendo para llevar el combate a los pieles verdes.

Cuando estábamos muy cerca olimos la sangre y el sudor de nuestra presa. Escuchamos sus rugidos rotos y sentimos los temblores de sus masivas pisadas. A pesar de que los destrozábamos saboreamos su habilidad y su valentía salvajes, apreciando que criaturas tan superlativas estábamos purgando de la existencia.

Jochi tenía razón. Cuando el último piel verde muriese, sería un día triste.

Mi única preocupación era el lento avance de Torghun. Les adelantamos, golpeando el camino hasta la garganta, quemando cada barricada que nos encontramos y matando libremente. Esperaba que hermandad de Torghun estuviese cerca detrás de nosotros. Habríamos agradecido la cobertura de sus escuadrones de armas pesadas.

Empezamos a perderlos. Tenían que ser más rápidos.

Después de luchar el camino hasta la primera intersección en el retorcido sistema de barrancos, me retiré de la lucha, dejando que mis guerreros llevasen la lucha al enemigo.

—¡Mi hermano! —grité en el vox, utilizando el canal que Torghun y yo habíamos designado para los mensajes privados entre nosotros—. ¿Qué te ralentiza? ¿Estás durmiendo? ¡Los tenemos a la carrera!

Tenía la intención de mi discurso fuese ligero, como siempre hablaba en medio de la batalla. Tal vez incluso me reía un poco.

La respuesta de Torghun me sobresaltó.

—¿Qué estoy haciendo? —respondió. Incluso sobre el enlace de comunicación, pude oír la ira en su voz—. Consolidar tu posición, capitán. Te estás encadenando. No voy seguir con este ritmo. No hemos asegurado nuestros puntos de entrada.

Miré a mi alrededor. La batalla era caótica y de flujo libre, como siempre eran. La horda de orkos creció por el suelo del barranco, enormes y en expansión, reuniéndose ante la delgada línea de Cicatrices Blancas, lanzándose con furiosa energía. Ya habíamos sido frenados. Teníamos que romperlos rápidamente, correr hacia ellos antes de que pudieran tomar impulso, para hacerlos retroceder una y otra vez.

La tarea era urgente y no podía esperar. El Khagan avanzaba rápidamente hacia el centro de La Amoladora. Otras hermandades se apresuran a reunirse con él. Temía quedarme atrás.

—Avanzamos —le dije. Dije esto como una cuestión de hecho, y ya no sonreía mientras hablaba—. Debemos avanzar. Los estamos quebrando.

—No puedes. Mantened vuestra posición. ¿Me escuchas? Mantened vuestra posición.

Su tono de mando me asombró. Por un momento, me costó encontrar las palabras para responder.

—Avanzamos —repetí.

No había otra alternativa. Tenía que entenderlo.

Torghun no respondió. Le oí maldecir en el otro extremo del enlace, y el chasquido apagado de municiones estallando de fondo.

Luego se termina la conexión.

Jochi, que había estado luchando cerca, se acercó a mí, curioso.

—¿Algún problema, mi Khan? —preguntó.

No le respondí inmediatamente. Estaba preocupado. Consideré ordenar mis guerreros retirarse, para consolidar nuestra posición y esperar a que los terranos nos alcanzasen. Eso habría mantenido la armonía entre nosotros, que yo era reacio a romper.

Éramos hermanos, él y yo el pensamiento de la lucha entre hermanos era repelente.

Entonces miré al otro lado del barranco, y vi la carnicería que estábamos creando. Vi a mi Minghan en todo el esplendor de su ferocidad sin par. Vi a mis guerreros luchando como habían sido creados para luchar: con pasión, con la libertad.

—No lo hay —le dije, pasando ante Jochi hacia el combate—. Los quebraremos.

Luchamos. Mientras los soles comenzaban a hundirse, luchamos. Cuando la luz se marchó, convirtiendo los barrancos en las piscinas de la oscuridad aceitosa, luchamos. Nos pusimos nuestros cascos y utilizamos nuestra visión nocturna para cazarlos, siempre avanzando, siempre cayendo sobre ellos.

Se resistieron ferozmente. Desde Ullanor no les había visto luchar una batalla semejante. Organizaron repliegues, orquestado emboscadas, lanzaron combatientes suicidas directamente a nosotros. Cada barricada nos costó, cada posición de armas tomó vidas antes de que pudiéramos despejarlas. Mantuvimos el ritmo, nunca dejándolos reagruparse ni bajar nuestro paso. Nuestra sangre se mezclaba con el de ellos. Los barrancos se empaparon con ella, convirtiendo el polvo pálido a rojo oscuro.

En fría hora antes del amanecer, cuando los tres soles estaban todavía por debajo del horizonte, ordené a mis hermanos detenerse al fin. Habíamos penetrado profundamente en La Amoladora para entonces, rodeado de terreno revuelto que sobresalía de gargantas cada vez más profundas y pisos alzados de roca blanca.

Cortinas de fuego llegaban hacia nosotros desde todas las direcciones. Grupos de pieles verdes nos habían rodeado, camuflados entre el paisaje traicionero y apareciendo en territorio que ya habíamos ganado. Nos gritaban desde las sombras. Sus gritos hicieron eco en los acantilados de los alrededores, lo que los amplificas y distorsionaba. Sonaba como si la propia tierra nos estuviese hostigando.

Me acordé de la advertencia de Torghun. Consideré la posibilidad de que tuviese razón y que mi afán por adelantarle nos hubiese comprometido. Su hermandad estaba todavía muy lejos de nuestra posición, haciendo un progreso constante pero medido hacia nosotros. No pude evitar sospechar de que él se movía deliberadamente despacio.

—Vamos a mantenernos aquí —ordené, transmitiendo la orden a Jochi y Batu para que la transmitieran al resto—. Con la primera luz, renovaremos el ataque.

El sitio que elegí fue lo más parecido en las proximidades a un bastión defensivo. Una amplia meseta de roca se levantaba del paisaje envejecido, roto, ofreciendo una posición dominante sobre el terreno que la rodeaba. Sus flancos eran lisos en tres lados, mientras que el cuarto se disolvía en una pendiente de roca rota y guijarros. No era perfecto: seguíamos dominados por los picos en el lado opuesto del barranco, y había poca cobertura en la propia meseta.

Aun así, nos dio la oportunidad de frenar las crecientes bajas, para recuperar algo de forma antes de la batalla. Nos abrimos paso a la meseta, trepando por las escisiones en la roca, resbalando y deslizándonos en la piedra suelta. Una vez nos apoderamos de ella cavamos a lo largo de los bordes, dándonos ángulos de disparo en las gargantas de abajo. Envié a nuestros escuadrones supervivientes de motojets contra las principales posiciones de fuego estáticas, pero no les permití ir más allá una vez destruyeron sus objetivos.

Como sabía que harían, los pieles verdes vieron nuestro alto como debilidad. Se echaron hacia nosotros, borboteando desde sus escondites y hasta de túneles que no habíamos destruido correctamente. Subieron las empinadas laderas de la meseta, trepando unos sobre otros en su afán de llegar a nosotros. Eran como un ejército de vampiros, su piel casi negra en la oscuridad, sus ojos ardiendo de rojo.

A partir de entonces, estábamos en apuros. Cercados, luchamos como lo hicieron: ferozmente, ingenuamente, brutalmente. Ellos escalaban, nosotros los derribábamos. Se agarraron a nosotros, arrastrando a cualquier guerrero que

rompiera la formación a un pozo de horror rugiente. Les disparamos y apuñalamos, enviando sus cuerpos dando volteretas hacia la oscuridad. Les lanzamos granadas a sus fauces extendidas, retrocediendo cuando sus torsos reventaban en pedazos de tendones volando. Nos rodearon, convirtiendo la meseta en una isla solitaria de cordura en medio del agitado oleaje de una tormenta de locura xenos.

Permanecí en la vanguardia, donde el combate era más intenso, empuñando mi guan dao a dos manos, cortando carne piel verde como si se tratara de un enorme organismo amorfo. Sentí mis corazones bombear con fuerza, los músculos del brazo arder de dolor. El sudor perlaba mi cara bajo el casco, deslizándose por la parte inferior de mi gorguera. Corrieron a nuestras hojas, usando sus cuerpos para detenernos, para perforar huecos que otros atravesasen. Su valentía era fenomenal. Su fuerza era inmensa. Su compromiso era total.

Estábamos rodeados, superados en número. Tal cosa era rara para nosotros, pues no nos quedábamos inmovilizados a menudo. La Legión nunca había sido elegida para las misiones cuyos objetivos tenían lugar durante períodos prolongados, no como los adustos Guerreros de Hierro o los piadosos, áureos Puños Imperiales. Siempre habíamos desdeñado la labor guarnición y compadecido a quienes eran condenados a la misma. No me podía imaginar jamás a nosotros distinguiéndonos en una guerra de ese tipo, de sitio, luchando con la espalda contra la pared, mientras los cielos ardían por encima de nosotros.

Después de todo éramos las Legiones Astartes. Luchamos con la precisión y la determinación de nuestra larga preparación. Nunca nos rendimos. Pagamos por ese bastión de Chondax con nuestra sangre, agarrándolo con la fuerza de nuestras manos, apretando los dientes y excavando profundamente. Cuando uno de nosotros caía, cobrábamos un peaje de venganza, cerrando filas y llevando la entonces tambaleante violencia a un nivel aún más alto.

Creo que podríamos haber permanecido allí indefinidamente, dejando que las olas pieles verdes chocasen contra nosotros hasta que se agotasen y poder movernos de nuevo. Así las cosas, esta teoría no llegó a ponerse a prueba. Vi las vetas de misiles surgir de la noche, chocando contra los flancos traseros del enemigo y rompiendo el impulso de su avance. Vi las vigas hinchados de los cañones láser impactar en masivas deflagraciones, cosechando silenciosamente su terrible peaje. Oí el gruñido

de bólters pesados y cañones automáticos perdidos en densas y arrolladoras barreras.

Miré hacia abajo, a través de la masa hirviente de cuerpos de extraterrestres, y vi destellos de blanco y oro subiendo por el barranco del sur. Los disparos destellaban, los propulsores de las motojets rugieron de vida.

Miré el despliegue con una mezcla de emociones: alivio, sin duda, pero también molesto.

Torghun había llegado a nuestra posición al fin.

Cuando los primeros rayos del amanecer se filtraron por los barrancos, los pieles verdes estaban muertos o huyendo. Por primera vez, dejamos que los sobrevivientes se fueran. Teníamos suficiente por hacer: equipos para la recuperación, reparar armaduras, volver aptos para el combate a los heridos. La meseta se veía desolada a la luz creciente del sol, un paisaje brumoso de cadáveres y carcasas de motojets humeantes.

No vi a Torghun por un tiempo, incluso después de que su hermandad se uniese a nosotros allí. Tenía mucho que me detenga, y no estaba dispuesto a hablar con él. Me ocupé de mis propios guerreros, trabajando duro para tenerlos listos para el combate. A pesar de todo, tenía ganas de seguir avanzando. Pude ver columnas de humo gris que se levantan ante nosotros, y sabía que el cerco alrededor de los orcos se estaba cerrando rápidamente.

Seguía mirando hacia el norte, tratando de evaluar la mejor ruta para el avance, cuando Torghun finalmente llegó a mí. Me volví, sintiendo su presencia antes de verlo.

Llevaba el casco puesto, así que no podía leer su expresión. Supuse que estaba enfadado: cuando habló, su voz era tensa, pero resignada.

—No quiero pelearme contigo, Shiban —dijo con voz cansada.

—Ni yo contigo —le dije.

—Deberías haberme escuchado.

Me pareció que el cuestionamiento de mis tácticas una experiencia novedosa. Torghun estaba en su derecho de hacerlo, por supuesto, pero atentaba a mi orgullo como Khan, y yo no podía pensar en una respuesta adecuada.

—Sólo dime una cosa —dijo—. ¿Por qué te importa tanto?

—¿Por qué me importa? —le pregunté.

—Alcanzar al Khagan. ¿Por qué estás decidido a hacer esto, poniendo nuestras unidades, nuestros guerreros, en peligro? Ni siquiera sabemos si está en el planeta. Cuéntamelo. Ayúdame a entenderlo.

Sus palabras me sorprendieron. Sabía que Torghun era más cauteloso que yo, que su forma de guerra era diferente. No se me había ocurrido que no le diera importancia a luchar junto a los más grandes de nosotros.

—¿Cómo no desear eso? —le pregunté.

De hecho me sentí mal por Torghun entonces. Supuse que debía de haber perdido algo en su ascensión, o tal vez olvidado. Se llamaba a sí mismo Cicatriz Blanca, pero me pregunté si el nombre no significaba más que una designación legionaria para él. Para mí, para mi hermandad, lo era todo.

Sentía que tenía que tratar de explicárselo, aunque mis esperanzas de ser claro no eran altas.

—La guerra no es una herramienta, mi hermano —le dije—. La guerra es la vida. Se nos ha elevado sobre ella, nos hemos convertido en ella. Cuando la galaxia sea finalmente limpiada de peligros, nuestro tiempo habrá terminado. Un breve tiempo, una partícula de oro en la cara del universo. Debemos apreciar lo que tenemos. Tenemos que luchar en el camino para el que hemos nacido, hacer arte en él, celebrar la naturaleza que nos ha dado.

Hablé con fervor. Creía esas cosas. Todavía lo hago.

—Le vi pelear una vez, en la distancia —le dije—. Nunca lo he olvidado. Incluso desde esa fugaz mirada, vi la posibilidad de la perfección. Cada uno de nosotros tiene una parte de esa perfección en nosotros. Tengo muchos deseos de presenciarle de nuevo, para verle de cerca, para aprender de él, para convertirse en él.

El casco manchado de sangre de Torghun miró hacia mí sin comprender.

—¿Qué queda para nosotros, hermano? —le pregunté—. No estamos construyendo un futuro para nosotros mismos, estamos creando un imperio para los demás. Estas cosas bélicas, estas grandes y terribles inspiraciones, son todo lo que tenemos.

Sin embargo, Torghun dijo nada.

—El futuro será otra cosa —le dije. Por ahora, pensé, para nosotros sólo hay guerra. Hay que vivirla.

Torghun sacudió la cabeza con incredulidad. —Veo que se reproducen los poetas en Chogoris tanto como guerreros— dijo.

No sabía si se estaba burlando.

—Nosotros no distinguimos entre ellos —dije.

—Otro hábito extraño —dijo.

Entonces él extendió la mano y desató los sellos de su casco. Oí las cerraduras silbando mientras se abrían. Giró la cabeza fuera y la fijó magnéticamente en su armadura.

Una vez estábamos mirándonos con nuestros propios ojos era más fácil entenderse. No creo que mis palabras hubiesen hecho mucho para convencerlo.

—No peleo de la forma en la que la haces, Shibam —dijo—. Tal vez ni siquiera lucho por las mismas cosas que haces. Pero los dos somos de la quinta Legión. Hay que buscar un terreno común.

Torghun miró hacia arriba, más allá de mí y hacia el norte.

Allí era donde se encontraba. Ahí era donde él estaba luchando.

—Tenemos que estar a la vanguardia del asalto, incluso ahora —dijo Torghun—. ¿Cuán rápido pueden estar tus hermanos listos?

—Ya lo están —dije.

—Entonces, viajaremos juntos —dijo Torghun, con una expresión sombría—. Como uno solo, pero no te ralentizaré.

Bajo la luz de la mañana, su piel parecía más oscura que antes, casi como uno de nosotros. Había cedido mucho ya. Aprecié eso.

—Lo encontraremos, hermano —dijo—. Si él está ahí para ser encontrado, entonces lo encontraremos.

CINCO

TARGUTAI YESUGEI

Escapar a la Altak había sido una mala decisión. Si me hubiera quedado en la montaña, podría haber tenido alguna posibilidad de evadir mis perseguidores. Pero en los llanos era imposible.

A veces pienso en por qué hice la elección que hice. Era un niño, por supuesto, pero yo no era un estúpido: sabía que los valles boscosos me darían una mejor oportunidad de escapar de la Khitan, aunque las posibilidades siguiesen siendo escasas.

Tal vez estaba destinado a hacer la elección que hice. No me gustaba la idea del destino, pensé. No me gustaba la idea de que las cosas que hacemos son ordenadas para nosotros por poderes superiores, que nuestras acciones son como juegos de sombras para su diversión. Por encima de todo, no me gustaba la idea de que el futuro esta escrito, huyendo de nosotros en líneas claras que estamos obligados a seguir, sólo con la ilusión de una voluntad soberana para consolarnos en el viaje.

Nada de lo que he aprendido desde mi ascensión me ha convencido de que estoy equivocado al pensar en estas cosas. He aprendido de la profunda metafísica del universo, y de los largos, aburridos juegos de los inmortales, pero mantengo la fe en nuestra capacidad de elegir.

Somos los autores de nuestras acciones. Cuando llegue la prueba, podemos ir en cualquier dirección: podemos triunfar, o podemos fallar, y al universo no le importa cual.

No creo que fuese el destino lo me llevó fuera de la Ulaav y en los espacios vacíos de la Altak. Creo que hice una mala decisión, nacida del miedo.

No me culpo por eso. Todos, incluso los más poderosos, incluso a los más exaltados, pueden cometer este tipo de errores.

Durante un tiempo, fui más rápido. Los Khitan de las montañas eran blindados y llevaban placas de acero curvadas sobre jubones de cuero. Podía oír el ruido de las guardias de brazos articulados incluso cuando esprintaba, y sabía que se cansarían antes que yo.

Me dirigí al sur, corriendo duro fuera de la sombra de las montañas y hacia abajo a través de las llanuras abiertas. La tierra era firme y seca bajo mis pies. El viento era el de un amanecer fresco, frío y libre.

Delante de mí no había nada. El Altak ondulaba suavemente como un mar de verde, pero no había valles profundos en los que esconderse y cualquier hombre o bestia podría ser observado durante kilómetros sobre la llanura. Esa era mi esperanza: ver el séquito del Gran Khan a distancia y ser capaz de llegar a tiempo.

Sentí mi respiración entrecortada crecer y mis pies, encuadernados en suave cuero, doloridos. No había comido desde el día anterior, aunque por alguna razón no afectó a mi resistencia. Me acordé de mi visión de las cuatro figuras y la bebida que me habían dado, y me pregunté qué tan cerca de la realidad había sido la visión. Todavía podía notar algo en la parte posterior de mi garganta: un sabor amargo, como la leche en mal estado.

A pesar de su torpeza por la armadura, me preocupaba que no pudiera separarme de los perseguidores Khitan. El ruido de sus pisadas, su respiración pesada, sus armas chocando, todos me seguían a través de las llanuras. Volví la cabeza mientras corría, esperando verlos de cerca de mí.

No lo estaban. Los había dejado atrás y siguiendo mi estela, yendo a pie como yo lo hacía. Mi oído parecía ser más agudo, al igual que mi vista. Mientras miraba a doce de ellos viniendo a por mí, resoplando y maldiciendo, sentí que podía ver a través ellos. Vi la llama de sus almas quemándose en el pecho.

Eso me sorprendió. Mi percepción había cambiado. Todo, el mundo a mi alrededor, mis perseguidores, era más vivo de lo que había sido nunca.

Lo encontré aterrador, incluso más que la posibilidad de ser asesinado. Nuevas sensaciones se cocían dentro de mí, burbujeando bajo la piel y haciendo que mis mejillas se ruborizasen y mis palmas arder.

Me sentí poderoso, pero también impotente. Sabía lo suficiente de las formas de los videntes para saber que todo lo que había dado a luz en mí en la montaña necesitaba guía.

Me aparté de los Khitan, y corrí más. El ejercicio físico me ayudó un poco. Sentí la hierba aplanarse bajo mis pies, y las maldiciones de los soldados se alejarse mientras perdían terreno.

Escudriñé el horizonte por delante, desesperado por ver alguna señal del Khan. Maldije sus evasivas a continuación.

No vi nada, sólo el cielo, la tierra y la neblina entre ellos.

Sabía que los soldados de a pie no serían los únicos. Nadie viajaba tan lejos en el Altak sin caballos y las tierras de los Khitan estaban muy lejos.

Una vez que los soldados se dieron cuenta de que iba a superarlos, comenzaron a soplar cuernos de cuerno cortado. El sonido de sus advertencias resonó a través de los espacios abiertos, viajando lejos por las ráfagas de viento. Luego volvieron a caer, jadeando, dejando que me alejase y sabiendo que no iba a llegar muy lejos.

Seguí adelante. Sentí como si pudiera correr para siempre. Mi caftán ligero, que no había logrado mantenerme caliente en los lugares altos, dejaba que mis piernas fuesen libres. Mientras el sol se alzaba en el cielo, mis músculos se calentaban correctamente. Podía sentir el calor en mis extremidades limpias, bronceadas, espoleándome aún más.

Entonces oí el ruido de la aduun. Oí los cascos tamborilear en la tierra apisonada, y sin mirar atrás sabía que había muchos de ellos. Mantuve mi cabeza gacha, y recorrí el camino a seguir, sin éxito, buscando cualquier interrupción en el paisaje sin rasgos.

Me alcanzaron rápidamente. Un aduu podía superar a un hombre muchas veces y galopar sin descanso. Los del Altak eran bestias finas, con pieles oscuras y extremidades de gran alcance. Oí su respiración ronca y la bofetada de sus largas colas.

Eché una mirada de desesperación en el horizonte por última vez. El Khan no estaba a la vista. Había puesto todas mis esperanzas en encontrarlo y había fracasado.

Mientras el sonido de los cascos sonaba en mis oídos, dejé de correr y me volví hacia mis asesinos. De todos los crímenes de nuestro pueblo, ninguno era peor que mostrar miedo a un enemigo, y decidí hacer de mi muerte una buena.

Vi una línea de tropas montadas viniendo a mí, corriendo por la llanura con aplomo y habilidad. Llevaban armadura de placas superpuestas, brillantes por la luz del sol. Uno de los jinetes llevaba una larga lanza con una cola de cabello grueso clavado justo debajo de la hoja. Los banderines salían tras ellos, de colores brillantes y agitados por el viento.

Uno de ellos montaba por delante de los demás, dirigiéndose hacia mí rápidamente. Vi un casco de acero coronado con un pico, piezas de armadura forradas de bronce, batiendo sus pezuñas, con un lazo de cuerda girando hacia mí.

El lazo se deslizó por los hombros y tiró apretado alrededor de mi cintura. El piloto se precipitó al pasar, tirando de mí después de él. Como el lazo se había cerrado, me tiró y arrojó al suelo, golpeando la tierra de cabeza.

Por un momento pensé que tenía la intención de arrastrarme, pero la presión se aflojó inmediatamente. Me empujó de nuevo hasta ponerme de rodillas, la cuerda anudada alrededor de mi cintura y la sangre corriendo por mis mejillas.

El piloto llevó a su caballo cerca de mí y desmontó, apretando el otro extremo de la cuerda al mismo tiempo. Se acercó a mí y me sonrió, tirando de la cuerda como si fuera una bestia con una correa.

—Corres rápido, pequeño —dijo—. Pero no lo suficientemente rápido.

Su tono me enojó. Mis brazos estaban aún libres y aunque no tenía un arma, aún podían luchar.

Me lancé sobre él, lanzándome desde el suelo. No tenía ningún plan de ataque, no había pensado en cómo iba a lidiar con un hombre con casi el doble de mi peso y una armadura completa.

Y entonces sucedió.

El camino de mi vida cambió, deslizándose de un curso a otro. Fue tan repentino, cuando finalmente llegó… Quizás mis visiones sobre la Ulaav habían sido nada más que un delirio, o tal vez me habían dado una verdadera visión de algo más

profundo, la realidad más oscura. No tenía importancia. Algo había despertado dentro de mí, y eligió ese momento para manifestarse.

Cuando miro hacia atrás, pensando en Chogoris, el mundo perdido que amé, es el momento que veo grabado para siempre en mi mente, como el acero lavado con ácido. Ese fue el momento en que nos separamos, llevando mi destino lejos de las llanuras y a las estrellas, al vacío que tanto horror y asombro me esperaba en la oscuridad inmortal.

No lo supe entonces. No lo supe muchos años después. Nada de eso altera la verdad.

Entonces sucedió.

Me lancé hacia él, estirando los puños delante de mí como un luchador en busca de un suspenso. Una luz brillante y perforante surgió de mis manos, abordando y escupiendo como astillas de un rayo.

Fue doloroso. Grité de dolor. Pequeños destellos pululaban por todo mi cuerpo, nadando a través de mi cuerpo en una nube de calor y energía liberadora. El mundo estalló en una lluvia de oro y plata, golpeando en espirales, ardiendo con locura, rugiendo en mis oídos y ardiendo en mis fosas nasales. Me sofocaba. Podía sentir las ampollas en mis pulmones. Perdí el equilibrio. Lo perdí todo.

Vi la silueta quebrada del soldado alejarse de mí. Oí sus gritos de sorpresa y dolor. Lo vi rascarse los ojos. La cuerda que me había anudado explotó en una nube de chispas. Me tambaleé hacia atrás, los puños apretados, con gotas de incandescencia surgiendo aún. Un bruto poder elemental, cosas del otro universo, tronó fuera de mí desangrándome, vaciándome.

No tengo idea de cuánto tiempo permanecí en ese estado, ardiendo como una tea nacarada, tambaleándome por las llanuras y vomitando destrucción. Podría haber sido un segundo, podría haber sido mucho más. Recuerdo la impresión vaga de los caballeros que me circundan, sus contornos quebrados en medio del torrente de fuego blanco, dispuestos a no acercarse pues se quemarían. Recuerdo las caras de los cuatro hombres-bestia meciéndose ante el ojo de mi mente, apuntándome con sus brazos, sus dedos crueles.

Bebe, me dijeron.

Caí de rodillas. El infierno rugía, quemando mi carne, pero sin consumirla. Todo mi cuerpo estaba encorvado, cerrado en espasmos y convulsiones.

La primera vez que le vi fue una forma oscura contra el fuego. Caminó a través de ella, empujando a las cortinas de energía de vuelta como si fueran cortinas de lluvia. No le hacían daño.

Se arrodilló ante mí. Parecía enorme, mucho más alto y más amplio que cualquier hombre vivo. Le miré a los ojos, parpadeando para contener las lágrimas mientras el fuego se derramaba sobre mi y vi algo familiar en ellos.

Me acordé de la figura envuelta en luz de mi visión. Por un momento, pensé que el hombre delante de mí era la misma persona. Pronto me di cuenta de que no lo era, pero estaba seguro de que había alguna relación entre ellos.

Entonces sentí el peso aplastante de su autoridad hundiéndose en mí. Las llamas a mi alrededor se consumían, parpadeando en la nada y ondeando en el viento. Como un hombre que casualmente apagaba una vela, cerraba el torrente locura consumidora. Aun así, encerrado en el desconcierto y el dolor, con mi mente adormecida, una parte de mí sabía que era asombroso.

Él permanecía inclinado sobre mí. Su casco era puntiagudo, al igual que los de sus hombres. Su armadura era muy elaborada y muy bien hecha, con oro y pedrería roja dispuesta alrededor de una coraza de placas óseas blancas. Vi una larga cicatriz en su mejilla izquierda, como me habían dicho que la gente Talskar llevaba. Tenía los ojos hundidos e intensos. Nunca había visto unos ojos como esos.

Tal vez me había equivocado con mis cazadores. Tal vez no eran Khitan.

Jadeante, temblando, todavía aferrado a la esperanza de una muerte noble traté de sostenerle la mirada, seguro de que había venido a matarme.

No pude hacerlo. Algo acerca de que el gigante me abrumó. Vi su cara nadar delante de mis ojos, rompiéndolos como si fuese un reflejo en el agua. Parecía estar mirando en mi alma, haciéndola confesar, desollándola. Sentí que estaba perdiendo la conciencia.

—Ten cuidado —dijo.

Luego perdí el conocimiento y la creciente oscuridad fue tan bienvenido para mí como un sueño.

Seis días más tarde, desperté.

Aprendí, mucho tiempo después, lo peligroso que ese tiempo había sido para mí. Mis ojos internos se habían abierto en el Ulaav, pero no había demostrado cómo usarlos. Podría haber muerto. Podría haber sufrido peor que la muerte, como lo pudo todos los que me rodean.

Él había evitado eso. Incluso entonces, mucho antes del Señor de la Humanidad nos mostrase el camino a las estrellas, había sabido cómo controlar los incendios que asolaron en la mente de los elegidos.

Él no tenía el mismo don, por lo que yo sé. Nunca lo vi convocar fuego, ni enviar una tormenta sobre sus enemigos. Usó su cuerpo de guerrero, ese magnífico y enorme cuerpo para la guerra y nada más. No puedo creer, sin embargo, que él tuviera un conocimiento innato de los caminos del cielo. Fue hecho para ser un jugador en el otro universo, para luchar contra los que estaban al otro lado del velo y debía, al igual que sus hermanos, haber tenido una cierta comprensión de la profundidad oculta de las cosas.

En aquel entonces, sin embargo, lo único que sabía era que me había capturado, y que, según las leyes de la Altak, yo era su esclavo. Habiéndome sido negada una muerte honorable, me resigné a una vida de servidumbre. El Khan, mi Khan, al que había servido hasta entonces no sería capaz de rescatarme. Había visto la naturaleza de mi nuevo carcelero y sabía que él superaba con creces a cualquier otro guerrero de los llanos, incluyendo mi Khan.

Él estaba a mi lado cuando me desperté. Estaba acostado en una cama de pieles dentro de una gran tienda. Un fuego ardía en el hoyo central, y el aire era rojo y lleno de humo. Podía escuchar voces susurrantes en las sombras. Oí el sonido de espadas siendo afiladas, flechas siendo emplumadas.

Él me miró y yo le miré.

Era enorme. Nunca había visto a un hombre tan dominante, con tal potencia desnuda, tan lleno de energía enroscada. Su rostro grande y delgado brillaba en la sombra y las llamas.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

Su voz era baja. Vibraba profundamente en el espacio, murmurando.

—Shinaz —dije. Tenía la boca seca.

—Ya no —dijo—. Seréis Targutai Yesugei, el niño que corría y el hombre que luchó. Tú serás un Zadyin Arga de mi familia.

Sus palabras no eran presuntuosas. Por la costumbre de la Altak era dueño de mi vida, al menos hasta que otro señor de la guerra me arrebatase de él por la fuerza o de alguna manera escapase. Dudaba que ambas cosas fueran posible.

—Viniste a mí desde el principio, Yesugei —dijo—. Soy el Khan de muchos kanes. Te estás uniendo al ordu de Jaghatai, la marea que barrerá todo el mundo y lo moldeará. Agradece que te tomé antes de que regresases a tu antiguo Khan. Si te hubiera enfrentado en batalla, habrías muerto.

No dije nada. Todavía estaba aturdido por el sueño y la enfermedad. No podía ver su rostro con claridad, y su voz tenía una extraña cualidad inquietante. Me recosté sobre las pieles, sintiendo subir mi pecho y caer con cautela.

—Estás capacitado, como los demás —dijo—. Debes aprender a utilizar lo que se te ha dado. Debes saber cuándo usarlo y cuándo no usarlo. En todas estas cosas seguirás mis órdenes. Ningún otro hombre te dirá jamás cómo usar tus dones.

Vi sus labios moverse en la oscuridad ondulante. Mientras hablaba, vi restos efímeros de las visiones que había visto desde la montaña. Vi esos arados rotos, ardiendo en medio de las estrellas. Mientras hablaba de conquistas, me acordé de la insignia de las piezas de metal carbonizado.

Un lobo. Una serpiente de muchas cabezas. Un rayo.

—He traído una nueva forma de guerra a este mundo —dijo—. Para actuar con rapidez, para seguir siendo fuerte, sin descanso. Cuando el Altak sea nuestro, llevaremos esta guerra a los Khitan. Después de eso, vamos a llevarlo a todos los imperios entre la tierra y el cielo. Todos ellos se caerán porque están enfermos y nosotros sanos.

Mi corazón latía superficialmente en mi pecho. Podía sentir el calor de la fiebre en mis mejillas. Sus palabras eran como las palabras de un sueño.

—Todos los imperios caen —dijo—. Todos los imperios enferman. Esta es la lección que hemos aprendido. Esta es la lección que deberán aprender.

Vi la cicatriz moviéndose en su cara mientras hablaba. A la luz de un color rojo sangre, parecía vivo, como una serpiente pálida sujeta a su piel.

—No serviremos a imperios —dijo—. Permaneceremos en movimiento. No tendremos un núcleo. Doquiera que estemos, ese será nuestro núcleo.

Sabía que me estaba diciendo algo importante, pero era demasiado joven y estaba demasiado enfermo como para entenderlo. Sólo más tarde, mucho más tarde, fui capaz volver la vista atrás, a esas palabras y reconocer la verdad de lo que me decía.

—¿Me servirás, Targutai Yesugei? —preguntó.

En aquel entonces, asumí que la pregunta era retórica. Era un niño. No tenía ni idea de cuánto tiempo era posible que un ser humano viviera, en lo que se podía convertir un ser humano. Pensé sólo las cosas triviales que estaban en juego: la vida, las disputas entre clanes, el viejo ciclo de la guerra en el Altak.

Ahora, sabiendo lo que sé, no estoy tan seguro. Tal vez, aun así, tuve que tomar una decisión.

—Sí, mi Khan —dije.

Me miró por un largo tiempo, con los ojos brillando en la sangre-luz.

—Entonces tú serás Talskar ahora —dijo—. Serás marcado, como nosotros. Vas a tener la cicatriz en tu cara, y todos aprenderán a temerte.

La luz del fuego ondulaba sobre su armadura de placas de hueso.

—Por ahora, somos desconocidos —dijo—. No siempre será así. Llegará un día en que nos rebelaremos, luchando con la forma en que te voy a enseñar.

Sus ojos eran como joyas en la noche, ardiendo con una ambición sin límites.

—Y cuando llegue ese día, —dijo— cuando nos revelemos por fin en verdad te digo, Zadyin Arga, los dioses mismos se humillarán ante nosotros.

SEIS

ILYA RAVALLION

Él vino a mí cinco días más tarde, tal como había dicho que haría. Yo había estado pateando los páramos de Ullanor todo ese tiempo, tratando de encontrar algo útil que hacer. No había tenido mucho éxito, las flotas en órbita estaban empezando a separarse. La guerra había terminado, y ya habían sido localizadas nuevas batallas.

Catalogué cosas. Presenté informes a mis superiores. Leí las notas que había tomado después de conocer al Vidente de la Tormenta.

La citación llegó sin previo aviso. Estaba en el complejo de Miert observando algunos de sus archivadores chapuceros, cuando mi enlace de comunicaciones vibró.

—Tiene su audiencia, general Ravallion —dijo el mensaje—. Esté lista en una hora. Le mandaré un lander a su posición.

No tenía ni idea de cómo Yesugei había obtenido acceso a la red del Departmento. Mi reacción inmediata fue la de sentir una oleada de nervios floreciendo en la boca del estómago. Había servido en muchas zonas de guerra y sostenido mi posición contra muchos y poderosos comandantes militares, por lo que no me consideraba fácil de intimidar, pero esto…

Este era un Primarca, uno de los hijos del Emperador.

Traté de imaginar lo que sería. He oído cosas diferentes acerca de ellos: que estaban constantemente envueltos en luz, que su armadura brillaba como el sol, que podían matar con una palabra o un gesto, y su mirada podía desollar la piel y el romper huesos.

Tuve mucho tiempo para especular. Típico, para los Cicatrices Blancas, el Lander llegó tarde. Con el tiempo llegó en una ráfaga de polvo al norte del perímetro del complejo. Desde mi ventana vi sus flancos blancos y su distintivo rayo cayendo entre rojo y oro, y sentí una nueva punzada de nerviosismo.

—Contrólate —dije en voz alta, ajustando el cinturón de arma recién adquirida a última hora vez antes de salir para el Lander—. No es más que un hombre. No,

más que un hombre. ¿Qué es entonces? Carne y la sangre. Humano. Uno de los nuestros.

Pero no sabía si incluso eso era cierto. Me encontré con un problema de categorización, algo que siempre había encontrado difícil.

—De nuestra parte —establecí, sintiéndome mal antes de tiempo.

El Lander era una variante Horta RV de las Legiones Astartes de transporte espacial local, lo último patentado. Sabía todo sobre él. Fijarme en sus detalles ayudó a mi estado de ánimo.

Yesugei me estaba esperando en la cabina de tripulación. Llevaba su armadura de marfil, y se veía enorme en ese espacio confinado. Me hizo una reverencia mientras subía por la rampa para unirme a él.

—¿Estás bien, general Ravallion? —me preguntó.

Me incliné a su vez, tratando de ocultar mi ansiedad con, sospecho, poco éxito.

—Muy bien, Yesugei —dije. Había aprendido para entonces, después de mucha investigación, que los Videntes de la Tormenta no tomaban el título de «Khan». Ellos no tomaban ningún tipo de título en absoluto; su nombre, y su vocación parecían ser suficiente—. Quiero darte las gracias una vez más, por organizar esto.

La rampa de acceso a la nave se cerró detrás de mí con un gemido de servos. Oí las esclusas cerrarse con un clunk, y los motores de la nave arrancaron.

—Un placer —dijo, recostándose contra las paredes metálicas.

Las dimensiones del Lander se adaptaba a la fisiología de los Marines Espaciales; todo, incluso los bancos y los arneses de sujeción, era demasiado grandes para mí. Me senté frente a Yesugei y jugué con las correas, con mis pies apenas tocando el suelo. No se molestó con lo del arnés, y se sentó tranquilamente, sus guantes sobre las rodillas.

—¿Puedo preguntarle, general, si usted ha visto al primarca antes? —dijo.

Los motores continuaron ganando potencia, y vi el polvo ondulante en el lado opuesto de los diminutos visores.

—No —le dije.

—Ah —dijo Yesugei.

Con un ruido sordo, el Lander se elevó, cerniéndose sobre la plataforma durante unos momentos antes de que el impulso nos elevase. Por el rabillo de mi ojo, vi a los valles secos de Ullanor comenzar a caer.

—En ese caso, ¿puedo darle consejos? —me preguntó.

Me sonrió con gravedad. Ya podía sentir olas de vibraciones incómodas corriendo por mi cuerpo, y las paredes de la cabina de tripulación sacudiéndose como una piel de tambor. Estábamos subiendo muy rápido. Me pregunté si los pilotos hicieron las deducciones de la naturaleza de sus pasajeros.

—Por favor —le dije—. Nadie más ha sido capaz de hacerlo.

—Diríjase a él como Khan —dijo Yesugei—. No es lo que le llamamos, pero es el título correcto para usted. Mírale a los ojos cuando hable, aunque le resulte difícil. El choque de la primera reunión puede ser… malo. Ya pasará. Él no va a tratar de intimidarle. Acordaos de para qué fue creado.

Asentí con la cabeza. El ascenso violento del Lander me hizo sentir náuseas. Apreté mis manos firmemente contra el borde de mi asiento y sentí la humedad en el interior de los guantes.

—Me han dicho, por los que saben, que no es igual que sus hermanos —dijo Yesugei—. Él puede ser difícil de leer, incluso para nosotros. En Chogoris usamos rapaces caza. Los llamamos Berkut. Su alma es una de los suyas: de largo alcance, inquieta. Él puede decir cosas que parecen extrañas. Usted puede pensar que se burla de ti.

Vi el cielo en las ventanas desvanecerse en negro, y los pequeños puntos de las estrellas surgir. Habíamos entrado en la atmósfera superior con una rapidez increíble. Traté de concentrarme en lo Yesugei me estaba diciendo.

—Recuerda sólo esto —dijo—. Un berkut nunca olvida la forma de la caza. Al final siempre vuelve a la mano que lo soltó.

Asentí con la cabeza, sintiendo algo de mareo.

—Lo recordaré —le dije.

Cogí mi primera visión de nuestro destino en la distancia: un buque de guerra, vasto y lleno de cicatrices, su proa curvada pintada de blanco y sus luces de posición parpadeando en el vacío.

Sabía su nombre de los registros: Tormenta de Espadas. Clase capital. Enorme. Retroequipado para la velocidad, sus motores era enormes. ¿Estaba eso sancionado por Marte?

Sabía que él estaba allí. Ahí fue donde él estaba esperando.

—Trata de entenderlo —dijo un Yesugei calmado—. Él puede incluso gustarte. He visto cosas más raras.

Aterrizamos en una de los hangares del Tormenta de Espadas y entonces las cosas cambiaron rápidamente. Yesugei me acompañó por largos pasillos, un ascensor-eje, a través de enormes salas atestadas de criados y servidores. Oí cantar en un idioma que no entendía, y la risa haciendo eco a lo largo de corredores de servicio. La nave entera tenía un aire de furiosa, de buen carácter, un poco caótica energía. Olía más a limpio que los cruceros del Ejército a los que estaba acostumbrado, con un aroma subyacente de algo como el incienso pasando de los pisos pulidos. Todo estaba muy iluminado y copiosamente decorado con los colores de la Legión: blanco, oro y rojo.

En el momento en que llegamos a las cámaras del Khan no tenía ni idea de lo lejos que habíamos llegado, tal enormes acorazados eran más ciudades que buques de guerra. Finalmente nos detuvimos ante un par de puertas de marfil con incrustaciones, flanqueada por dos enormes guardias con armadura ceremonial. Reconocí el esquema complicado de las antiguas armaduras Trueno, muy alteradas y con bordes de oro. A diferencia de Yesugei, los guardias llevaban los yelmos, que eran de hendidura con visera y dorada, rematado con plumas de crin.

A medida que el Vidente de la Tormenta se acercaba a ellos, se inclinaron, para luego coger dos manijas de bronce pesado establecidas en las puertas.

—¿Preparada? —preguntó Yesugei.

Podía sentir mi corazón martilleando mi pecho. Luz estaba sangrando de las grietas en las puertas.

—No —le dije.

Las puertas se abrieron.

Por una fracción de segundo, vi absolutamente nada. Tuve la impresión borrosa de una corona de luz, bailando delante de mí, como si se reflejase en el agua. Podía sentir una energía enorme, enorme poder derramándose, tronando en su cautiverio como el corazón enjaulado de un reactor.

En ese momento no sabía si lo estaba percibiendo como realmente era, mi inexperta mirada penetrando algún velo cuidadosamente construido de artificios hacia su verdadera naturaleza, o si la enfermedad de la subida desde Ullanor simplemente había podrido mis sentidos.

Sólo sabía una cosa: que tenía que mantener de pie, mantener los ojos abiertos. Yesugei había dicho que pasaría.

—General Ilya Ravallion del Departamento Munitorum.

Tan pronto como él hablaba, los detalles de la habitación se hundieron en el enfoque, como un viejo pictograma físico que se desarrolla en un baño químico. La cámara era grande, con grandes ventanales que inundan de luz filtrada del sol de Ullanor.

Bajé la cabeza torpemente.

—Khan —le contesté, sin gustarme el sonido de mi voz fina en contraste con la riqueza de la suya.

—Siéntese, general —dijo—. Hay una silla a su disposición.

Caminé hacia ella. Mientras lo hacía, empecé a disfrutar del entorno. Las paredes estaban revestidas con elegantes maderas oscuras, como la caoba terrana. Una gruesa alfombra yacía bajo mis pies, de tejido grueso con imágenes de llanuras áridas y jinetes con lanzas apoyándose en la silla. Vi una biblioteca antigua llena de viejos libros encuadernados en cuero. Había armas colgadas en las paredes: espadas, arcos, fusiles de chispa, armaduras de otras épocas y otros mundos. Los olores de la tierra y el metal se levantaron para recibirme, acres con la espiga de la piel de ciervo, carbón quemado y aceites de bruñido.

Me senté en el asiento que había sido preparado para mí. Oí el suave tictac de un reloj antiguo en una repisa de la chimenea de piedra y el débil zumbido, muy lejano, de los motores de naves espaciales.

Sólo entonces tuve el coraje para mirarlo.

Su rostro era del mismo cuero marrón como Yesugei. Era un rostro delgado, noble y ferozmente inteligente y orgulloso. Su calva terminaba por un largo moño de pelo tintado de negro atado con anillos de oro. Una nariz aguileña recorría un rostro bigotudo cincelado por el viento. Tenía los ojos hundidos bajo unas cejas huesudas, y brillaban como perlas establecidas en bronce.

Se sentó con facilidad, su inmenso cuerpo tendido de nuevo en su silla, que era dos veces el tamaño de la mía. Una mano enguantada se apoyaba en un brazo de marfil, el otro colgaba casualmente sobre el borde. Tenía la vaga imagen de un felino descansando en una sombra moteada, reponiendo su tremenda fuerza entre cazas.

Apenas podía moverme. El corazón me latía con fuerza.

—Bien —dijo el Khan. Habló en un culto acento patricio—. ¿Qué es lo que desea hablar conmigo?

Le miré a los ojos brillantes, incapaz de responder. Fue entonces cuando me di cuenta, con una sacudida de horror, que no podía recordarlo.

Yesugei se unió a nosotros, de pie al hombro de su primarca y con calma explicó las circunstancias de nuestra reunión en Ullanor. Más tarde me enteré de que había estado a mi lado todo el tiempo, en caso de que me hubiese abrumado. Fue un acto de bondad que nunca he olvidado.

Mientras él hablaba y el Khan respondía, me recuperé. Me senté con la espalda recta en la silla, recordando mi misión en todos sus detalles. Incluso entonces me llamó la atención la ironía de la situación: la única cosa en la que siempre había sido capaz de confiar era mi memoria, deshecha en un instante por la figura ante mí.

—Entonces, ¿qué más quieren de nosotros? —preguntó secamente el Khan, todavía hablando con Yesugei—. ¿Más conquistas? ¿Más rápidas?

Su tono era el de un patriarca cansado, complaciendo los intereses mezquinos de los sujetos muy por debajo de él en estatura y nobleza. A diferencia de Yesugei, su

gótico hablado era perfecto, aunque con el mismo acento espeso que su Vidente de la Tormenta.

—Señor —le dije, esperando que mi voz no temblara mientras hablaba—. El Departamento no tiene ninguna queja sobre la velocidad del progreso de la Quinta Legión.

Tanto el Khan y Yesugei se volvieron hacia mí.

Tragué saliva y sentí la sequedad en la parte posterior de mi garganta.

—El asunto es muy diferente —continué, sosteniendo la mirada del primarca con dificultad—. Los Estrategos de alto rango han encontrado todo un desafío mantener una imagen adecuada de sus movimientos. Esto tiene consecuencias. No podemos mantenerlos reabastecidos como nos gustaría. No podemos organizar la coordinación con los regimientos del Ejército que le acompañan. Tiene previsto reunirse con la 915.ª Flota Expedicionaria, pero aún no tenemos la confirmación de su posterior destino.

El rostro del Khan era como una máscara. Su expresión no cambió, aunque podía sentir su decepción.

Me sentí ridícula. Era un guerrero, incluyendo una máquina alimentada por el Emperador para destruir mundos. Él no quiere hablar de las cadenas de suministro.

—¿Cree usted, general, que son los primeros en quejarse de esto a mí? —preguntó.

Su tono —desinteresado, cortés, casual— era aplastante. Dudo que él lo quisiera, pero era de todas formas.

Ellos pueden matar con una palabra.

—No, señor —dije, tratando de mantener mis nervios, decidida a mantener a mi misión—. Soy consciente de que diecisiete comunicaciones a nivel de Legión se han hecho desde Terra a su personal de mando.

—¿Diecisiete, de verdad? —dijo con sus párpados pesados—. Perdí la cuenta. ¿Y qué es lo que espera añadir a ellos?

—Esas comunicaciones no tienen el honor de dirigirse a usted en persona, señor —dije—. Tenía la esperanza de que, si pudiera explicar la situación claramente,

podríamos ser capaces de determinar un marco de trabajo para el enlace logístico. Es algo que al Departamento le encantaría negociar.

Tan pronto como las palabras «marco de trabajo para el enlace logístico» surgieron de mis labios, supe que lo había perdido. Me miró directamente, medio aturdido, medio irritado. Se removió en la silla, e incluso en ese movimiento minúsculo sentí algo de la inutilidad de lo que estaba tratando de hacer.

Odiaba estar sentado. Odiaba hablar. Odiaba estar encerrado dentro de las paredes de su buque de guerra. Quería estar en campaña, perdido en la persecución, el despliegue de su fuerza fenomenal en la eterna persecución.

Nunca olvidaba la forma de la caza.

—¿Eres terrana? —me preguntó.

La pregunta surgió de la nada, pero me acordé de las palabras de Yesugei y no parpadeé.

—Lo soy, señor.

—Me lo imaginaba —dijo el Khan—. Piensas como un terrano. Tengo guerreros en mi legión que son terrestres y piensan igual que tú también.

Se sentó un poco hacia delante en la silla, cruzando las manos enguantadas en su frente.

—Esto es lo que quieres —dijo—. Quieres ver las legiones marchando desde Terra en líneas ordenadas, perseverantes como el aduun, cada una dejando un rastro detrás de ella que llevase de vuelta al mundo de origen a lo largo del cual se pueden trazar sus convoyes de armas y raciones. Piensas así porque tu mundo es complejo, de ciudades y asentamientos, y ese mundo necesita ataduras.

Estaba en lo cierto. Eso era lo que yo quería.

—Eso no es lo que queremos —dijo Khan—. En Chogoris aprendimos a luchar sin un centro. Llevábamos nuestras armas y nuestras monturas con nosotros. Nos movíamos según el dictado de la guerra. No nos atábamos a nosotros mismos. Nunca hemos hecho eso.

Sus ojos hundidos me sujetaron mientras hablaba. Su voz nunca se alzó. No estaba enfadado conmigo, hablaba con calma, como un padre austero explicando pacientemente una simple cuestión a su niño.

—Los ejércitos contra los que luchamos eran más grandes que el nuestro —dijo—. Nuestro movimiento fue nuestra ventaja. No podían atacar a nuestro centro, porque no teníamos ningún centro. Nunca hemos olvidado esa lección.

Comprendí entonces por qué todas nuestras delegaciones no habían logrado hacer mella en él. Los Cicatrices Blancas no eran difíciles de organizar por un descuido: era una cuestión de principios para ellos, una doctrina de guerra.

Tal vez no debería haber dicho nada entonces y aceptado el fracaso de mi misión, pero no estaba dispuesta a dejar el asunto morir. La lucha en Chogoris a caballo era una cosa, una cruzada de billones de hombres a través de la galaxia otra.

—Pero señor —le dije—, después Ullanor, no hay ejércitos más grandes. Estamos avanzando, no defendiéndonos, y tal trabajo requiere coordinación. Y, perdónenme, pero seguramente usted está de acuerdo que no hay amenazas a la Terra. Nada queda que suponga una amenaza seria.

El Khan me miró en de una manera fría, cansada. Mis palabras no le habían impresionado. Sentí el peso de su decepción, y solo eso ya era difícil de soportar.

—Nada queda que suponga una amenaza seria —repitió en voz baja—. Me pregunto, Yesugei, cuántas veces y en cuántos imperios olvidados esas palabras han sido pronunciadas.

Ya no se estaba dirigiendo a mí. La discusión había cambiado a los caminos de la historia con su propia especie. Me habían dejado a un lado, al igual que todos los demás que habían intentado arrastrarlo de nuevo a las estructuras rígidas del Imperio. No era nada para él, el trabajo del Departamento no significaba nada. Los meses de viaje, de investigación, de preparación, todos en vano.

Estaba furioso conmigo misma, y la frustración me quemaba. En ese momento supuse que estaba sentada cara a cara con el guerrero más grande y más poderoso que pudiera conocer nunca, y que había desperdiciado la oportunidad de influir en él.

Estaba equivocada acerca de ellos, como se vio después en ambos casos.

Irrumpió en sin previo aviso. Las puertas casi se salieron de sus goznes, sorprendiéndome.

Él entró en la habitación, vestido con un grueso manto de piel de lobo que se balanceaba con sus pasos resonantes. Su armadura era oro blanco, arremolinado y rico como la madre perla, con bordes de bronce martillado y con ojo brillante de granate estampado en el pectoral. Irradiaba enormidad: de cuerpo, de mente, de espíritu. Se movía con un vigor generoso, con confianza, con la arrogancia de un soldado.

Había visto pictografías de él, por supuesto. Todos las teníamos. Nunca había esperado verle de cerca, estar en la presencia de esa figura de leyenda y rumores susurrados.

Me encogí en mi silla, agarrando los brazos con fuerza, temiendo desmayarme o hacer algo estúpido.

El Khan se puso de pie, corriendo a saludarlo con una sonrisa de oreja a oreja en su cara. Estaba instantáneamente olvidada, una mancha mundana contra el esplendor de los dioses reunidos.

—Mi hermano —dijo el Khan, abrazándolo.

—Jaghatai —dijo Horus Lupercal.

Mi corazón parecía salirse de mi pecho. Me sentí aterrorizada de que uno de ellos se volviese hacia mí y me preguntase que estaba haciendo allí todavía. Quería irme, pero no me atrevía a moverme, no sin recibir permiso, así que me quedé donde estaba, deseando que la silla se pliega sobre mí.

Debería haber estado llena de asombro y alegría al ver el Señor de la Guerra. Debería haber sentido mi corazón hincharse con orgullo y la gratitud de que una mortal, entre miles de millones, se había colocado en presencia del elegido por el emperador. Por alguna razón, lo único que sentí fue miedo. Vi mis nudillos se volverse blancos. No dije nada. Me sentía como si un viento frío hubiese corrido a través de la cámara, enfriándola y haciendo temblar mi alma.

Yesugei se introdujo entre ellos y el Vidente de la Tormenta lo tomó con calma, tan calmado y flemático como siempre. Entonces la mirada de Horus —terrible, escrutadora— fue más allá de su hermano y se instaló en mí.

Mi corazón pareció detenerse. Era incapaz de reaccionar, ni siquiera a mirar hacia otro lado. Era puro terror primigenio, el de una presa que sabe que no puede escapar.

—¿Y quién es ella? —preguntó Horus.

El Khan puso su mano sobre el brazo de su hermano.

—Uno de los burócratas del Sigilita. —Miró brevemente en mi dirección—. Ella tiene mi apoyo.

Cuando se dio la vuelta, volviendo a la conversación con los otros, una vez más me sentí como si un tornillo de banco, que oprimía mi corazón, se aflojase.

Mientras el Khan había sido difícil de tratar, Horus era abrumador. Los dos Primarcas eran de similares constituciones, el Khan incluso podría haber sido un poco más alto, pero era obvio para mí por qué Horus había sido elegido para ser el instrumento del Emperador. El dinamismo de sus gestos, la apertura en la cara, el sentimiento de poder que caía en cascada de su armadura ornamentada y se derramaba por toda la habitación. Incluso en medio de un temor inexplicable que llegaba hasta ahogarme, entendí por qué los hombres le adoraban.

Luché para conciliar lo que vi con lo que sentía. El Khan y Horus eran, obviamente, hermanos. Hablaban y se picaban mutuamente como hermanos, hablando de cuestiones a escala galáctica que yo no podía entender, como si fueran piezas de un trivia para jugar con ellas y argumentar sobre. Pero con todo, no eran iguales. El Khan era dominante, melancólico, austero y magnífico.

Horus era… otra cosa.

El encuentro entre ambos fue breve. En el momento en que me atreví a escuchar, casi habían terminado.

—Por todo eso, créeme, estoy avergonzado hermano —dijo Horus, pareciendo compungido.

—No deberías estarlo —dijo Khan.

—Si hubiera habido otra opción…

—No tienes que explicar nada. En cualquier caso, ya te he dado mi palabra.

Horus miró al Khan con gratitud.

—Lo sé —dijo el Señor de la Guerra—. Tu palabra significa mucho. Para nuestro Padre también, estoy seguro.

El Khan levantó una ceja, y Horus se echó a reír. Riendo relajaban sus rasgos. El comportamiento habitual del Señor de la Guerra era materia prima, exuberancia apasionada, como si un reflejo de la gloria o la perfección de la voluntad del Emperador permaneciera en sus rasgos marciales.

—No todo es malo —dijo Horus—. Chondax es estéril, adecuada a las fuerzas de tu Legión. Podrás disfrutar de la caza.

El Khan asintió con bastante facilidad, pensé. Para mí, parecía que el gesto de quien sabe que era lo mejor que podía hacer en una mala situación. —No estamos hambrientos de gloria— dijo. —Tenemos que acabar con los restos de Urrlak, y estamos preparados para hacerlo. Pero ¿qué pasará después? Eso es lo que me preocupa.

Horus posó su guante en el hombro del Khan. Incluso ese simple movimiento —el leve cambio de postura, el barrido hacia arriba del brazo— mostraba el equilibrio guerrero del Primarca. Cada gesto era tan dolorosamente elegante, tan maravillosamente eficiente, tan lleno de seguridad de sí mismo, de poder sobreabundante. Los dos eran criaturas de un plano más elevado, encadenados ligéramente a las cosas de la existencia mortal.

—Entonces debemos luchar juntos, tú y yo —dijo Horus—. Ha pasado mucho tiempo, y siento tu ausencia. Las cosas son fáciles contigo. Me gustaría que no te escondieses en la distancia.

—Por lo general se me puede encontrar, al final.

Horus le lanzó una mirada irónica.

—Al final —dijo. Luego su expresión se volvió seria—. La galaxia está cambiando. Hay muchos que no entienden eso, y a muchos no le gusta. Los guerreros deben permanecer cerca. Espero que pueda llamarte, si llega el momento.

Los dos Primarcas se miraron a los ojos. Podía imaginarlos luchando juntos, y me estremecí un poco ante la perspectiva. Tal alianza haría que los cimientos de la galaxia temblasen.

—Sabes que puedes, hermano —dijo el Khan—. Siempre ha sido así entre nosotros. Tú me llamas, yo respondo.

Podía escuchar la sinceridad en su voz; hablaba en serio. Podía escuchar la admiración también, y el calor. Estaban tallados en la misma piedra.

Contuve la respiración. Por alguna razón, sentía que algo significativo, algo irrevocable, había tenido lugar.

Tú me llamas, yo respondo.

Después de eso salieron de la sala de juntas, marcando el paso, encerrado en su conversación. Yesugei fue con ellos.

La cámara se redujo todavía. Podía oír los pasos del reloj, tan fuerte en mis oídos como mi propio corazón. Durante mucho tiempo no pude moverme. Mi sensación empalagosa de temor se desvaneció lentamente. Cuando finalmente aflojó los dedos en el brazo de la silla, todavía estaba temblando. Los pensamientos y las imágenes se agolpaban en mi mente, empujándose en una loca carrera de impresiones deslumbrantes.

Sólo poco a poco me di cuenta de que había sido abandonada en el corazón de un acorazado de la legión sin posibilidad obvia de encontrar mi camino. Supuse que mi rango contaría poco en un lugar así.

Eso no fue lo peor. Había visto, brevemente, la forma en que la Gran Cruzada era realmente dirigida, lo que hacía que mi pequeño papel pareciese aún más insignificante de lo que había pensado. Éramos nada para ellos, para esos dioses con armadura.

Mientras reflexionaba sobre esto, la idea de tratar de debatir la política de guerra con un Primarca me parecía menos como vanagloria y más a locura.

Aun así, los había visto. Había sido testigo por lo que un sinnúmero de militares de carrera habría muerto felices por presenciar. A pesar de mi fracaso, esto valía algo.

Me levanté de la silla con voz temblorosa, preparándome para ir de nuevo en el pasillo. No me entusiasma la perspectiva de conocer a los guardias de nuevo.

Al final resultó que, yo no tenía que hacerlo. Yesugei regresó, deslizándose en silencio a través de las puertas y dándome una sonrisa de complicidad.

—Bueno —dijo—. Eso fue inesperado.

—Lo era —le contesté. Mi voz era todavía débil.

—Primarca y Señor de la Guerra —dijo Yesugei—. Lo hiciste bien.

Me eché a reír, más por la liberación de la tensión que cualquier otra cosa.

—¿Lo hice? —le dije—. Casi perdí el conocimiento.

—Suele suceder —dijo—. ¿Cómo te sientes?

Puse los ojos.

—Hice el ridículo —dije—. Esto fue una pérdida de tiempo, de vuestro tiempo. Lo siento.

Yesugei se encogió de hombros.

—No te disculpes —dijo—. El Khan no hace nada inútilmente.

Me miró con atención.

—Nos vamos a Chondax pronto —dijo—. Tenemos orcos que cazar. El Khan conoce la tarea por delante. Te escuchó. Él me pidió que le dijera que, si lo desea, pudiera unirse a nosotros. Nuestro kurultai necesita un consejero, uno con experiencia, que no tema decir verdades que no queremos escuchar.

Yesugei sonrió de nuevo.

—Sabemos nuestras debilidades —dijo—. Todas las cosas cambian. Tenemos que cambiar. ¿Qué piensa usted?

Por un momento, casi no podía creerlo. Pensé que podría ser una broma, pero supuse que no bromeaba mucho.

—¿Vas a ir a Chondax? —le pregunté.

—No lo sé —dijo—. Tal vez no todavía. Unirse a nosotros no va a ser fácil. Tenemos formas extrañas para los forasteros. Tal vez serías más feliz en tu Departamento. Si es así, lo entenderemos.

Mientras Yesugei hablaba, me hice a la idea.

Era una sensación emocionante, un salto hacia lo desconocido, algo que era tan fuera de lugar como mi olvido temporal había sido antes. Teniendo en cuenta los acontecimientos de las últimas horas, no fue difícil para mí creer que el destino me había ofrecido la oportunidad de hacer algo de mí mismo, para convertirme en algo más que un engranaje sin nombre en una máquina infinita. Estaba cerca del final de mi servicio activo; esa oportunidad nunca volvería.

—Tienes razón en que no te entiendo —le dije—. Apenas sé nada de ti.

Traté de mantener la voz firme, para que sonase más segura de lo que realmente era. Sentí ganas de reír, mitad de emoción, mitad de miedo.

—Pero puedo aprender —añadí.

SIETE

SHIBAN

Se necesitaron dos días más antes de llegar al centro. Torghun y yo luchamos juntos todo ese tiempo, mezclando nuestras diferentes habilidades. Hicimos un esfuerzo para no contradecir nuestras órdenes. En ocasiones, me gustaba poder saciar mi hambre de seguir adelante y él no protestaría. Las demás, accedía a su deseo de asegurar un área antes de que marcharnos.

No siempre fue fácil. Mis guerreros no operaban fácilmente con los suyos. No nos mezclamos mucho, encontrándome con sólo uno de sus lugartenientes, un guerrero severo llamado Hakeem, e incluso entonces apenas intercambiamos dos palabras. Con todo, hemos aprendido el uno del otro. Vi que forma de guerra de Torghun tenía cosas a su favor. Tenía la esperanza de que él viera lo mismo en nosotros.

Para cuando nuestra brecha llegó al núcleo de La Amoladora, había costado más bajas que las sufridas durante años de campañas previas. Mi propia hermandad recibió un duro castigo, quedando a poco más de dos tercios de su fuerza original. No me arrepiento de eso. Ninguno de nosotros lo hizo. Siempre hemos sabido que los pieles verdes pelearían duro por su última posición, y los que habían muerto habían muerto como guerreros.

Si hubiera habido más tiempo, sin embargo, habría llorado a Batu, que siempre había estado cerca de mí. También hubiese llorado a Hasi, que había sido un alma alegre y que hubiera logrado grandes cosas si hubiera sobrevivido.

Sangjai había recuperado sus elementos inmortales, por lo que una parte de ellos estaba destinado a vivir en las acciones de los demás. Como siempre, hemos conservado su armadura y sus armas, y dejaron sus cuerpos mortales para volver a la tierra y el cielo de Chondax. Incluso en los barrancos, protegidos de lo peor del viento, pudimos ver su viaje a nada. Sabía que la meseta, el lugar por el que habíamos luchado tanto y con tanto derramamiento de sangre, ahora estaría malditamente limpio de nuevo, con blancos huesos, vacíos, haciendo eco.

Había visto los monumentos levantados para el Imperio en Ullanor y los había admirado. Ellos durarían milenios. Nada de eso se haría para marcar nuestra presencia en Chondax. Éramos como fantasmas aquí, revoloteando en los desechos, causando la muerte poco antes de que nuestra presencia fuese borrada de la existencia.

Pero el combate era lo suficientemente real. El despiadado e incesante combate brutal era real. En el momento en que llegamos al centro estábamos cansados, clavados en la fatiga por la resistencia inquebrantable de los orkos. Mi armadura estaba sucia, con manchas de sangre. Mi coraza estaba agrietada y abollada, mi peto estaba jalonado por marcas de hojas. Mis músculos, endurecidos por una vida de lucha constante por la costumbre y demostrando genética, nunca perdieron su dolor sordo. No había dormido en días.

Pero cuando superamos el último risco, deteniéndonos a lo largo del borde de un acantilado de punta larga y mirando hacia el objetivo de nuestros esfuerzos, nuestros espíritus se levantaron.

Vimos la montaña final, la fortaleza oxidada del enemigo, y sonreímos.

Era de un amplio plato circular, tallada en el paisaje roto, como la primicia gigantesca de una cuchara. Nos quedamos en el extremo sur de la misma, mirando al norte en el centro. Podríamos distinguir acantilados en el lado lejano, medio perdido en el polvo y la distancia. El suelo de la depresión era liso y vacío, una árida extensión de roca desnuda que brillaba a la luz de los soles. La tierra escapaba de nosotros en una curva poco profunda, barriendo casi doscientos metros antes de nivelarse.

En el centro de la taza estaba la ciudadela: un pico de roca, irregular y agrietada por el tiempo, lanzada hacia arriba de la piedra desnuda como una lanza de caza en su carcaj. Se levantaba más de doscientos metros, rota por una serie de pináculos esbeltos que brillaban como hueso astillado a la luz del sol.

Los orkos habían tenido mucho tiempo para trabajar en él. Habían colocado paredes a su alrededor y las torres a través de ella, escaleras serpenteantes colgaban entre las torres de roca delgadas. Los flancos de la ciudadela estaban erizadas de cañones, y columnas de humo de hollín negro eructó desde su base. Máquinas enormes gruñían lejos, dentro: motores, generadores, forjas. Supuse que esas cosas habían sido tomadas de uno de sus cavernosos pecios espaciales, tal vez uno que se había estrellado en el mundo hace mucho tiempo y se han convertido poco a poco en el corazón de su último reducto.

La ciudadela tenía muchas puertas, cada una con pesados dinteles de hierro oxidado con costras. Miles de pieles verdes se arremolinaban en las murallas anteriores, gritando sus desafíos en el aire claro. Muchos miles más, supuse, permanecían protegidos dentro, esperando el ataque que sabían que se avecinaba.

En la parte superior de la pila desordenada de estructuras entrelazadas, presentado en un conglomerado de paredes torcidas y plataformas de armas precarias, había una masa de hojas de metal atornilladas con la imagen aproximada de una cabeza gigante de piel verde. Vi colmillos largos diez metros y cuencas de los ojos llameantes, cada uno del tamaño de un hombre. Manos de pintura roja y amarilla se habían lanzado a través de su cráneo angular. Astillas de luz de color verde lima bailaban toda la superficie, lo que indica la presencia de rudimentarios escudos.

La estructura podría haber sido algún artefacto casi religioso, o tal vez una guarida para el líder-chamán o una guarnición elaborada por sus guerreros de élite. Tal vez su líder residía allí, en cuclillas como un insecto hinchado en la oscuridad, mientras sus secuaces morían a su alrededor.

Ese nivel de artificio me sorprendió. Nunca habíamos visto a orkos construir este tipo de estructuras, incluso durante la masacre de Ullanor.

Mientras miraba, yo adiviné la verdad. Los pieles verdes aprendían rápido. Siempre lo habíamos sabido sobre ellos. Si no eran totalmente exterminados por las fuerzas a las que se enfrentaban, eventualmente convertían cualquier arma contra su portador. Incluso aquí, clavados en la sumisión y sin esperanza, todavía estaban trabajando en nuevas herramientas de destrucción.

Habían visto las armas que habíamos usado para limpiarlos, y la inspiración se había presentado el fondo de sus mentes brutales. De alguna manera, impulsados por una cierta capacidad asombrosa para la replicación, seguían trabajando.

Estaban construyendo un Titán.

Anoté las rutas hasta su grotesca cabeza: los pórticos tambaleantes, las escaleras de corte basto, el ascensor estrepitoso por su eje. Las aprendí de memoria rápidamente, sabiendo que una vez estuviese dentro de la ciudadela no tendría tiempo para orientarme.

Para entonces podía escuchar el eco distante de los disparos desde el otro lado de la gran depresión. Mi pantalla del casco mostraba las señales de otras hermandades cerniéndose desde el norte, este y oeste. Incluso algunos escuadrones habían salido de la cobertura y se lanzaron sobre las largas faldas de la taza hacia la ciudadela. Las armas de fuego en las paredes se abrieron, lanzando sus rondas en arcos largos a los escuadrones de motojets entrantes.

Me volví hacia Torghun, que como siempre estaba a mi lado.

—¿Listo, hermano? —le pregunté.

—Listo, hermano —dijo.

Sostuve mi guante hacia arriba, con la mano abierta, en la forma chogoriana. Él la estrechó. Si hubiéramos sido guerreros de la Altak, nos habríamos cortado las palmas, permitiendo que nuestra sangre se mezclase.

—Que el Emperador esté contigo, Shiban Khan —dijo.

—Y contigo, Torghun Khan —respondí.

Luego activamos nuestras espadas, arrancamos nuestros motores y cargamos.

Como Khan, podría haber tomado una de las motos que quedaban de mi hermandad de su dueño, pero opté por no hacerlo. No vi ninguna razón para privar a ninguno de mis guerreros de su montaje sólo porque yo había perdido la mía.

Así que me corrí, al igual que los demás a mi alrededor cuyas motojets habían sido destruidas. Bajamos por la pendiente, dando voces y dejando que nuestras lanzas silbasen por la energía. Más de un centenar de nosotros esprintó uno junto al otro, gritando y rugiendo, balanceando nuestras guan dao y herramientas de guerra alrededor de nuestras cabezas. Las motojets restantes tronaban por encima, se estableciendo una cortina de fuego bólter pesado y gritando delante de las paredes.

Les vi elevarse con envidia y alegría. Vi el excelente control de sus pilotos, la forma en que peraltaban y empujaban a la luz del sol brillante. Eran tan natural, tan sin esfuerzo mortales. Me hubiera gustado estar entre ellos.

Privado de ese bruto poder, corrí con fuerza, usando mi propia velocidad nativa e incomparable impulso de mi armadura. Sentí el mi trabajo los músculos, saturados de hiper-adrenalina y estimulantes de combate. Mis hermanos cargaron conmigo, levantando el polvo de sus miembros.

En el borde de la visión pude ver otro derrame guerreros en la depresión. Decenas coronaron la subida, a continuación, cientos de personas. Hermandades enteras salieron de la cobertura a la luz. No esperé a contarlos, pero antes de llegar a las paredes debía haber habido miles de nosotros en el ataque. No había visto tal cantidad Cicatrices Blancas desde que se hizo descenso planetario. Estábamos juntos, reunidos en el esplendor de nuestro pleno potencial. El ruido de la misma, los gritos de batalla por el vox, el masivo tamborileo de las pisadas, el clamor de percusión de las motojets me emocionó hasta lo más profundo.

La taza entera se llenó del zumbido y el crack del fuego enemigo. Primitivas balas antiaéreas estallaban tachonando el aire, derribando varias motojets incluso antes de que las paredes estuviesen a rango de sus bólter. La artillería cayó contra nosotros, agujereando la roca desgastada por el viento y desintegrando escuadrones enteros de guerreros a la carga. Masivas cantidades de armas abrieron fuego, lanzando proyectiles en nuestro camino y arrancando el terreno.

Sentí que mi corazón secundario golpear el pecho, y saboreé el bombeo de la sangre por mis venas. Mi pelo largo era azotado por el viento de la carrera. Mi guan dao temblaba por su campo disruptor hambriento de muerte, con ganas de morder en la carne de nuevo.

Salté sobre cráteres humeantes y desvió montones de chatarra en llamas, ganando velocidad a cada paso. Éramos como una marea explosión de color marfil, derramando en la depresión de todas las direcciones y las carreras hacia la cima en llamas en el centro. Todo se movía, todo se precipitaba, todo rayado y ardiendo en una mancha de color blanco, oro y rojo sangre. Sombras de motojets corrían sobre nosotros, ya que maniobraban en sus abrasadoras pasadas. Las paredes por delante ya ardían, columnas acres de humos se abrían por la grietas.

Habíamos tomado una de las muchas puertas, recientemente devastada por andanadas de proyectiles bólter pesados y misiles. Los orkos se apresuran a reunirse con nosotros, babeando de rabia. Eran más grandes que cualquiera que hubiese visto en Chondax, casi tan grandes como algunos de los monstruos que habíamos visto en Ullanor. Ellos avanzaron pesadamente hacia nosotros, tropezando con sus propios pies con garras sólo para entrar a distancia de nuestras hojas. Nos abrimos paso por ellos de nuevo, irrumpiendo a través de lo que quedaba de las puertas girando, cortando, demoliendo, perforando, arrancando. Dos hordas, una blanca cegadora y otra de un enfermizo verde chocaron en un caos de cuchillas, balas y extremidades agitadas.

Subí por una pendiente, una maraña de escombros con mi alabarda volando a mi alrededor. Los orkos se tambaleaban hacia abajo, apartando escombros y levantando polvo. Les grité, arrastrando mi guan dao en un torbellino de arcos. Su borde cortado atravesaba limpiamente a través del hierro, la piel y el hueso, arrojando desechos a su alrededor, ya que oscilaba hacia atrás y adelante. Les cortaba antes de que supieran que estaba aún dentro de la distancia. Cada golpe silbó limpiamente, ofreciendo grandes niveles de fuerza de trituración antes de saltar de nuevo y pasar al siguiente objetivo. Por todas partes los disparos de mis hermanos rugían de distancia, convirtiendo pedazos de blindaje en metralla y triturado la carne a trozos sanguinolentos.

En esos momentos, llevados a la batalla bajo la luz incandescente de tres soles, nos habíamos convertido en la tormenta. Éramos irresistibles: demasiado salvajes, demasiado hábiles, demasiado rápidos.

Arranqué a correr hacia arriba, luchando más allá de las puertas en ruinas y hacia el laberinto tambaleante de la destartalada ciudadela allí, flanqueado por Jochi y otros de mi Minghan-keshig. Más orkos se lanzaron contra nosotros, balanceándose por debajo de los techos corrugados y redes de andamios quemados. Golpeé de lleno a uno en la cara con mi guante de ceramita, astillando el cráneo en pedazos sangrientos, antes de hacer girar mi bota para reventar el estómago de otro. Mi alabarda arrojó sangre a franjas en mi armadura y rociando los visores de mi casco.

—¡Adelante! —rugí, bombeado con agresión y energía—. ¡Adelante!

Mis hermanos me siguieron, corriendo por las escaleras para llegar a los pieles verdes en las plataformas de carga y hasta las escaleras para purgarlos de las murallas. Cuando uno de nosotros era derribado, otro tomaba su lugar. No les dimos espacio para respirar, pensar, reaccionar. Utilizamos nuestra velocidad y nuestra energía, a su vez, maniobrando fuera de peligro sólo para surgir de nuevo con nuestras armas energéticas. La ciudadela estaba obstruida con cuerpos, miles de ellos, todos enzarzados en combates cuerpo a cuerpo en medio de torres en llamas, matando y siendo asesinados en grandes y sangrientas masas. El ruido ensordecedor de la misma se amplificaba y distorsionaba en la estrecha claustrofobia, haciendo que las torres temblasen y soltasen nubes de polvo.

Mientras me abría camino perdí de vista Torghun. Sólo mis propios hermanos, los que había llevado a través de la Cruzada por un centenar de años de guerra, se mantenían conmigo. Corrimos juntos, lanzando a un lado a cualquiera que se encarase a nosotros, gritando y riendo por la exuberancia de la misma. Mi armadura resonó por los repetidos impactos de proyectiles sólidos, pero nunca desaceleré. Las espadas del enemigo vinieron a mí en torpes golpes, pero yo las empujaba a un lado y mataba a sus propietarios. Oí los gritos y bramidos de pieles verdes zumbando en mis oídos y sólo conseguían alimentar mi impulso de matar. Aspiré el olor de los cuerpos, suciedad y sangre orkas, un almizcle caliente de excrecencias xenos. Por todas partes, en cada rincón apestoso de ese lugar de mala calidad, resonaba con el choque de las armas, todas las paredes oxidadas lanzaban flashes de los disparos.

Eso me hizo sentir vivo. Me sentía imparable. Me sentía inmortal.

—¡Por el Khagan! —exclamé, mi pecho ardiendo y mis ojos destellando mientras seguía hacia arriba, siempre hacia arriba.

Sabía que él estaría allí, en alguna parte. Mataría y mataría, sonriendo con abandono, purgando hasta el último de ellos, conduciendo mi cuerpo más allá de los límites de la resistencia, sólo por la oportunidad de verlo.

Pese a los pensamientos de Torghun, tenía fe. Me gustaría verlo pelear de nuevo.

Y después de eso, todo lo que había sucedido en Chondax, todos los largos, largos años de caza, todo iba a ser vindicado.

Yo sabía que estaría allí.

Mientras esprintaba, vi destellos la lucha furiosa en los costados inferiores de la ciudadela. Batallas campales arrasaron todas las superficies. Plataformas de armas y torres de defensa gruñían con desbordantes melés de combate cuerpo a cuerpo, oponiendo pandillas enteras de pieles verdes contra nudos apretados de aguerridos Cicatrices Blancas. Furiosos incendios estallaron por todas partes, alimentados por depósitos de combustible en las entrañas de la estructura. Miles de guerreros seguían fluyendo a través de la depresión para unirse a la lucha, corriendo a través de las llanuras al combate. Miles de defensores subieron a su encuentro, tambaleándose fuera de sus refugios humeantes y bunkers con feroz desesperación iluminando sus retorcidos rostros.

En cuanto a nosotros, habíamos arrasado más rápido y más alto que cualquier otro. Nos separamos de un elevador de eje roto ardiendo, aferrándonos a los puntales metálicos antes de arrojarnos por el hueco despejado. Nos echamos a sobre una amplia plataforma plana de metal colgada en medio de los pináculos de piedra parecidos a dedos. Jochi estaba conmigo, al igual que decenas de mis hermanos, sus armaduras carbonizadas, agrietadas y relucientes de sangre.

En el otro extremo de la plataforma colgaba la mandíbula inferior de la enorme cabeza orka que había visto desde los acantilados. Era aún más grande de lo que había imaginado: veinte metros de alto y ancho, una masa bulbosa de la chatarra remachada y costras de óxido, suspendida en medio de una maraña de pasillos escleróticos y contrafuertes como un dirigible gigante de hierro.

Empecé a dar la orden de asalto, pero las palabras murieron en mis labios. La estructura emitió un bramido bajo que hizo que los pórticos desvencijados que nos rodeaban se sacudiesen. Luché para mantener los pies en la plataforma endeble debajo de mí mientras se balanceaba salvajemente.

Un trozo de metal pesado se desprendió, separado de la base de la cabeza artificial grotesca, pelando y golpeando el extremo último de la plataforma. A continuación otro cayó, revelando un vacío brillante, lleno de humo en el interior. Oí el sonido de pistones retirándose, y el silbido de mecanismos de elevación pesada entrando en acción. Un humo marrón eructó fuera del espacio y se acercaba a nosotros.

—Mátadlo —pedí, preparándome contra el trepidante metal tomando mi guan dao con una sola mano y empuñando mi pistola bólter.

Disparé, uniéndome al torrente de rondas bólter de mis hermanos. El aluvión alcanzó la abertura irregular en la base de la estructura de la cabeza. Oí explosiones resonando mientras el fuego continuaba y lamentos ahogados de rabia. Algo había sido golpeado. Algo estaba sufriendo.

Sólo entonces, rugiendo y arrastrándose, emergió.

Salió de la base de la cabeza, estrellándose contra las restantes paredes como un borracho, tambaleándose sobre la marcha y tirando los restos a un lado en una lluvia de metal humeante. Un enorme y musculoso brazo salió disparado, y luego otro, arrastrando un cuerpo enorme e hinchado tras ellos. Surgió una cabeza excesivamente distendida, adornada con mandíbulas de baja altura y labios babosos, salpicado de úlceras abiertas y marcado con enconada escarificación.

Vi dos amarillos ojos llorosos hundidos debajo, una frente baja. Vi colmillos molerse unos contra otros mientras la criatura volvía a rugir, y trocitos de saliva espesa volando de su boca abierta. Cuando se movía, su cuerpo obeso se estremecía, sacudiendo los huesos y fragmentos de blindaje que se aferraban a él como lapas alrededor del casco de la nave.

Nunca había visto uno tan grande. Cuando se trasladó a la plataforma, los refuerzos bajo ella se retorcieron por el peso. Sus brazos estaban encerrados en jaulas de metal, de los que corrían tubos directamente a su carne y tendones. Guanteletes de hierro encapsuladas sus puños, cada uno de ellos más grande que mi torso. Ondas de energía verde corrían a raudales a través de ellos, escupiendo y crepitando donde se reunían con la piel de la criatura.

Apestaba: una mezcla picante de almizcle bestial, aceite del motor y la descarga sulfurosa de los generadores de escudo.

Había visto a jefes de su clase antes, por supuesto, toros gigantes que habían rugido sus desafíos a los cielos y cargado a la batalla con un abandono imprudente. Esos monstruos estaban impulsados por las pasiones salvajes de batalla, el ardiente deseo de aplastar, matar, destruir y alimentarse.

Este era diferente. Se fusiona con ruidosa tecnología, atornillada en su armadura como uno de nuestros servidores de armas lobotomizados. ¿Habrían aprendido eso de nosotros también?

Y su ira era diferente. El ruido que hacía, la forma en que se movía, la falta de fluidez, de enfoque en sus ojos de animal, todo eso era diferente. Supe entonces que estaba viendo lo que pasaba con los pieles verdes cuando no quedaba más que la derrota. No permanecían ciegamente furiosos, ni rogando por misericordia, ni comprendieron por fin la forma temer a su enemigo.

Se volvían locos.

—¡Derribadlo! —rugí, apuntando a su cabeza.

Le golpeamos con todo lo que nos quedaba. Le disparamos rondas directamente a él y vimos que explotaban a través de su protección. Vi a Jochi lanzarse en una carga, escondiendo la cabeza y rodando entre las líneas de fuego para acercar su hoja. Recibió un manotazo claro con un revés lleno de crueldad que le envió dando volteretas al borde de la plataforma, con su peto aplastado. Vi que otros tratan de hacer lo mismo, todos ellos moviéndose con su velocidad habitual y destreza. Ninguno de ellos se acercó siquiera: eran quebrados y llevados a un lado por esos guanteletes de hierro, tirados al suelo como si fueran niños. El monstruo avanzó, agitando sus brazos cibernéticos, grandes y monstruosos y babeando con la locura febril.

Enfundé la pistola y agarré mi guan dao a dos manos, ya cargando para ponerme a rango. Me vio y giró a mi encuentro, balanceando sus enormes brazos en torpes barridos devastadores. Me zambullí debajo de uno de los guanteletes y di la vuelta, apuntando mi alabarda en la muñeca de la criatura.

Los bordes cortantes interactuaron contra el escudo en una lluvia de chispas. Una fuerte explosión fue seguida por un olor a pólvora y la barrera brillante sobre los antebrazos de la criatura se apagó.

Antes de que pudiera tomar ventaja, la bestia se giró hacia mí, manteniendo su otro puño bajo. Traté de ganar distancia, pero su guante golpeó fuertemente a mi lado.

Me hizo dar volteretas, estrellándome al otro lado de la plataforma con mi lanza todavía empuñada en la mano. El mundo giró a mí alrededor y tuve un breve vistazo de pináculo de la fortaleza por encima de mí balanceándose en el cielo.

Me detuve de golpe, sabiendo que el monstruo estaría justo detrás de mí. Salté sobre mis pies y golpeé de nuevo con la lanza. La conecté de nuevo, cortando uno de los cables que rodeaban sus hombros. Un fluido en cascada cayó sobre mí, caliente y apestoso. Mientras el disruptor de mi espada cortaba a través se encendió, rociándonos a ambos de llamas verdes.

Apreté el ataque, zigzagueando la guan dao a tal velocidad que la veía borrosa, apuntado a los escudos aún activos.

No tenía ninguna posibilidad. A pesar de su enorme masa, era rápido. Un puño férreo salió disparado, capturándome por debajo de la garganta y chocando contra mí con la fuerza de un rinoceronte embistiendo. Me envió dando vueltas por segunda vez, casi inconsciente por el impacto y me lanzó con fuerza hacia el lado opuesto de la plataforma. Vi venir el borde hecho jirones y borrosamente intenté agarrarse a algo. Mi guantelete se cerró a tiempo en una pila de chatarra, pero el metal corroído se derrumbó bajo mi agarre.

Traqueteé sobre el borde, mi armadura soltando senderos de chispas de acero. Miré hacia abajo y vi las caras escarpadas de la ciudadela cayendo lejos debajo de mí, a doscientos metros de aire vacío antes de la masa de las estructuras en combustión cerca del nivel del suelo.

En esa fracción de segundo, suspendido sobre el colapso de fragmentos de óxido ya punto de desplomarse, vi venir a la muerte hacia mí.

Entonces una mano me agarró la muñeca. Me arrastró hacia atrás, lejos del borde que se desmoronaba, mi ser acorazado lanzado de nuevo a la plataforma como si no pesase nada.

Mientras me arrastraban de nuevo, miré desorientado y sin enfocar un par de brillantes ojos hundidos, en un rostro lleno de cicatrices de color marrón. Por un segundo miré sus ojos, rígido por la sorpresa.

A continuación, un enorme cuerpo pasó sobre mí, seguido por un manto forrado de piel y el sonido de botas zancando resueltas al combate.

Incluso entonces, mi mente no procesaba lo que había sucedido. Por un momento no sabía lo que estaba viendo.

Entonces la niebla despejó. Mis sentidos volvieron. Miré hacia arriba, atreviéndome a creer y al fin vi quien me había salvado.

No sé cómo había llegado hasta la plataforma sin ser detectado. No sé cuánto tiempo había estado luchando para llegar allí. Tal vez su aproximación ha sido enmascarada por el ruido y la violencia del combate cuerpo a cuerpo, o tal vez había sido capaz de ocultar su presencia de alguna manera.

Nadie fue nunca capaz de decirme dónde había estado mientras el asalto estaba en marcha, ni cómo había conseguido entrar en combate en ese preciso momento, sin previo aviso.

No sé si lo hizo tales cosas deliberadamente, para añadir incertidumbre a la forma de la batalla, o si era un asunto predestinado.

Nada de eso importaba. El Khan, el Gran Khan, el guerrero completo, el Primarca de la V Legión, se había revelado a sí mismo al fin.

Él estaba allí, delante de mis ojos, en Chondax.

Él estaba allí.

Mi primer instinto fue correr a la batalla a su lado al levantarme y agregar mi espada a la suya.

Inmediatamente vi lo inútil que sería. Había venido con su keshig, toda una falange de gigantes con armadura Exterminador de hueso blanco, e incluso estos no se interponían entre el Khan y su presa. Se quedaron atrás, en los bordes de la plataforma, silenciosos y masivos, lo que garantizaba que nadie —pieles verdes o Cicatrices Blancas— interviniese. Debajo de nosotros la batalla continuaba sin cesar, pero en la plataforma, a la sombra de ese enorme cabeza xenos en ruinas, sólo dos guerreros lucharon.

Era alto y delgado, incluso en su armadura de marfil. Una pesada capa carmesí colgaba de sus hombros, su piel llena de manchas irmyet cubriendo las curvas

doradas finas de las placas ceramita debajo. Llevaba un sable dao de hoja de vidrio pulido que destellaba con el sol. Sus hombreras eran de oro, grabadas con fluidos caracteres Khorchin y el signo de un rayo. Dos fusiles de chispa chogorianos estaban enclavados en su cinto, antiguos y opulentos, adornados con perlas y signos de fabricantes muertos tiempo ha.

En Ullanor le había visto pelear en la distancia, maravillado por la enorme destrucción que obró en medio de los campos de la guerra total. En Chondax le vi pelear de cerca y perdí el aliento.

Nunca he visto, ni antes ni después, esgrima así. Nunca he visto tal equilibrio, tal ferocidad contenida, implacable como el arte sin remordimientos. Cuando le dio una vuelta a la hoja, la luz del sol brillaba en su armadura dorada como un halo. Había una crueldad en ella, una nota al filo de la navaja de desdén aristocrático, pero también había esplendor. Él manejaba su espada como si fuera un ser vivo, un espíritu que había domado y ahora obligaba a bailar.

Yesugei había dicho que sólo los poetas pueden ser verdaderos guerreros. Entonces comprendí lo que quería decir: el Gran Khan destilaba el extenso idioma del combate a su núcleo de terrible, implacable pureza. Nada era extravagante, nada se desperdiciaba. Cada golpe llevaba la plenitud de la muerte en su interior, lo justo y nada más.

Golpeó a la bestia enloquecida de nuevo, paso a paso, forzándola hacia el otro extremo de la plataforma. La enfureció, gritando en un frenesí burbujeante de furia y miseria. Abrió sus guanteletes violentamente en grandes arcos rompehuesos, con la esperanza de echarlo de la plataforma como lo había hecho con nosotros.

El Khan se quedó cerca de ella, con la capa arremolinándose mientras trabajaba de ida y vuelta, destrabándola hacia fuera y cortando de nuevo, utilizando el borde largo curvo para tallar la caótica armadura de la criatura y morder profundamente en la carne podrida debajo. Secciones enteras de blindaje se hicieron añicos, los generadores de escudo en la espalada del orko se sobrecargaron y el cableado enredado ardió.

El orko trató de aplastarle contra el suelo con un puñetazo salvaje y él aceptó el desafío, bajando el borde de la espada con fuerza mientras se movía. Cortó la mano revestida con el guantelete metálico del orko con un sonido de metal, tomada limpiamente en la muñeca, ahora bañada en una lluvia de sangre humeante.

El monstruo continuaba, sus ojos desorbitados y burbujeante espuma en sus fauces abiertas. Su otro puño dio la vuelta, más rápido que el golpe que me había derribado. Para entonces el Khan ya se había movido, girando sobre un pie y maniobrando su espada de nuevo para encontrarse con el barrido entrante.

El guante se estrelló contra la dao, y sentí la plataforma se estremeció por el impacto. El Khan se mantuvo firme, apoyando su espada a dos manos contra el puño de hierro de la criatura entreabierto, dejando al descubierto una sangrienta garra pulposa dentro, con pistones corroídos y cableado.

El piel verde fue desarmado entonces. Se tambaleó lejos del choque, y sus rugidos se hicieron más débiles y desesperados.

El Khan fue tras él manteniendo la fría, austera ferocidad de su ataque. Su espada destelló, cortando un trozo ulceroso de grasa del torso de la criatura y luego cambió de nuevo, cortando una larga herida en su pecho. Piezas de armadura rotas cayeron como lluvia de sus enormes hombros, mezclándose con el charco de sangre en el que nadaba y burbujeaba a sus pies.

Cuando llegó al final, fue rápido. La bestia se balanceó sobre sus patas traseras, su estómago chorreando sangre y sus mandíbulas colgando inertes. Se quedó mirando a su asesino, sus diminutos ojos anegados de líquido y el pecho temblando.

El Khan elevó la dao, sosteniéndola con ambas manos, con los pies plantados con firmeza.

El piel verde no hizo nada para protegerse. Su rostro dañado era un lastimero desastre, marcado por la miseria más absoluta y el desconcierto. Sabía que estaba siendo destruido. Sabía lo que había perdido.

No me gustó ver esa cara. Fue un fin innoble para alguien que había luchado tan duro y por tanto tiempo.

Entonces la espada silbó hacia abajo, trazando líneas de sangre cuando se desplomó. La cabeza de la bestia cayó a la plataforma con un ruido sordo en auge.

El Khan retiró su espada con una fría floritura. Por un momento se detuvo sobre el Señor de la Guerra vencido, contemplándole imperiosamente, su larga capa moviéndose en el aire por el humo desviado.

Luego se agachó para recoger la cabeza de la bestia. La hizo girar suavemente, sosteniendo el cráneo agonizante por encima de él en la mano. La sangre brotaba de la cavidad del cuello de la bestia, golpeando contra el suelo metálico en gruesas gotas.

—¡Por el Emperador! —rugió el Khan, y su voz resonó en todo el recipiente y alto en el cielo.

Bajo nosotros, de los niveles en los que la lucha aún ardía, un grito masivo de aclamación se levantó, superando los aullidos animales de los orcos superviviente y el crujido de las llamas.

Les oí responderle, arrojando la misma palabra en el aire una y otra vez.

—¡Khagan! ¡Khagan! ¡Khagan!

Ese fue el momento en que supe que habíamos ganado al fin. Años de campaña incesante finalmente habían terminado.

La guerra en Chondax solo podría terminar de la única forma que había terminado: con nuestro Primarca sosteniendo la cabeza del enemigo derrotado en su puño, y con las voces de su Legión, la ordu de Chogoris, alzándose salvajes de alegría hacia las bóvedas del cielo.

Me uní a ellos. Grité su nombre, con mis puños cerrados con euforia.

Me alegré de que hubiéramos ganado. Me alegré de que el mundo blanco estuviese limpio por fin y que la cruzada siguiese adelante, dando otro paso en el camino hacia la hegemonía galáctica.

Pero esa no era la principal fuente de mi fervor. Había visto el terrible poder del Gran Khan desatado, el espectáculo que había codiciado durante tanto tiempo.

No me decepcionó.

Había visto la perfección. Había visto la poesía de la destrucción. Había visto el pináculo de nuestra casta guerrera derramándose lleno de su gloria incomparable.

Mi alegría era completa.

Vi a Torghun una vez más en Chondax.

Tomó muchas horas someter a la ciudadela por completo. Los pieles verdes, fieles a su naturaleza, nunca dejaron de luchar. Cuando el último de ellos fue perseguidos y asesinado, la fortaleza había comenzado a desintegrarse a nuestro alrededor, consumida entre las explosiones de los niveles inferiores y el furioso fuego de lo alto, y tuvimos que retirarnos.

Me llevé lo que quedaba de mi hermandad fuera, a la llanura en la base de la depresión. Muchas tareas nos aguardaban: hacer un recuento de los muertos, llevar a Sangjai a los heridos que pudieran vivir, recuperar lo que pudiéramos de nuestra flota de motos dañadas para su posterior transporte.

Recuerdo sólo impresiones fugaces de ese tiempo. Mi cabeza estaba llena de visiones del Khan y eso me distrajo.

Incluso mientras trabajaba, no podía quitarme la imagen de él en la acción. Ensayé las maniobras que había hecho, una y otra vez, moviéndome a través de ellas en mi mente y resuelto a adoptar que pudiera una vez de vuelta en las jaulas de prácticas.

En medio de toda la devastación, con la fortaleza en llamas y sus ruinas humeantes, lo único que veía era la curva de su dao parpadear a la luz del sol, su armadura dorada moviéndose suavemente bajo el manto, con los ojos como joyas que habían mirado, brevemente, los míos.

Nunca lo olvidaría. No olvidaría la furia de los dioses vivientes.

Otras hermandades, casi una docena de ellas, habían hecho lo mismo, ya que teníamos que reorganizarnos tras la batalla. Una vez que la mayor parte de mi hermandad había sido evacuada y se había reagrupado, fui a buscar Torghun. Supuse que el Minghan se dispersaría rápidamente, y no quería dejarle sin hacer las cortesías adecuadas.

Cuando le encontré, vi que a su hermandad le había ido mejor que el mío. Más tarde me enteré de que habían luchado con honor, asediando muchos de los montajes de armas en las paredes y destruyéndolos.

Lo había hecho bien, y había hecho gala de su reputación de sólido y competente. Por todo eso, sin embargo, no podía dejar de compadecerme de él un poco. No había visto las cosas que yo había visto. Dejaría Chondax con sólo un atisbo de la gloria.

—¿Habló contigo? —me preguntó, mostrando más interés del que esperaba.

Se había quitado el yelmo, con las lentes rotas, inútiles pero por lo demás parecía casi indemne.

—Lo hizo —le dije.

Yo estaba en un estado mucho peor. Mi servoarmadura estaba llena de abolladuras, roturas y agujeros. Mi gorguera se hizo añicos desde donde el guante de la bestia me había golpeado y gran parte de los sensores de mi traje estaban inoperativos. Las armerías de la flota estarían ocupadas con nosotros durante meses antes de estar dispuestos de nuevo para el despliegue.

—¿Qué dijo? —preguntó Torghun, presionándome en busca de respuestas.

Me acordé de cada palabra.

—Nos elogió por nuestra velocidad —dije—. Dijo que no esperaba ser alcanzado hasta la cumbre. Dijo que dábamos crédito a la Legión.

Me acordé de la forma en que se había acercado a mí después de que la bestia estuviese muerta, viendo tolerante como yo había tenido problemas para inclinarme ante él. Su armadura estaba virgen, la criatura no la había siquiera arañado.

—Él me dijo que la velocidad no lo era todo, sin embargo —dije—. Él dijo que no éramos berserkers como los lobos de Fenris, que no podíamos olvidar que teníamos otras responsabilidades más allá de romper cosas.

Torghun rio. El sonido era contagioso y sonreí al recordarlo.

—Así que su consejo era similar al tuyo al final —le dije.

—Me alegro de oír eso —dijo Torghun.

Miré a través de la gran depresión, hacia donde landers orbitales ya habían bajado de la flota, listos para comenzar el largo proceso de reabastecimiento y reacondicionamiento. Auxiliares mortales estaban empezando a hacer descenso planetario, arrastrándose en sus trajes ambientales difíciles como enlace con los guerreros de la Legión.

Vi a una mujer que caminaba entre ellos, una funcionaria de cabello gris que llevaba un casco de cúpula transparente sobre su traje. Me parecía que estaba a cargo de los otros, aunque no parecía chogoriana sino terrana. Me pregunté qué estaba haciendo allí.

—¿Y ahora qué? —preguntó Torghun.

Me encogí de hombros, volviéndome hacia él.

—No lo sé —dije—. Estamos a la espera órdenes. ¿Y tú?

Torghun me miró extrañamente a continuación, como si tratara de decidir si contarme algo importante. Recordé lo que había visto durante nuestra primera conversación, cuando él había luchado para explicar el nombre y las costumbres de su hermandad. Era la misma ahora.

—No puedo decírtelo —fue todo lo que me dijo.

Fue una respuesta inusual, pero no insistí. Pensé poco en ello, pues las órdenes de misión eran secretas a menudo y él tenía derecho a mantener los asuntos de su hermandad para sí.

En cualquier caso, yo tenía mis propios secretos. No le dije a Torghun qué más había visto al Khan hacer. No le dije que se había apartado de mí rápidamente después de nuestro breve encuentro, distraído por la aproximación de uno de sus keshig.

Podía recordar cada palabra de ese intercambio también, cada gesto.

—Un mensaje, Khagan —dijo su guardaespaldas exterminador.

—¿Del Señor de la Guerra?

El keshig había sacudido la cabeza.

—No es de él. Sobre él.

—¿Qué dice?

Hubo una pausa incómoda.

—Creo, señor, que usted preferiría ver esto en la nave insignia.

Después de eso, había visto una expresión en el rostro del Khan que nunca había esperado ver allí. En medio de todo el orgullo, toda la seguridad, toda la majestad de guerra, que había visto una terrible sombra de duda ondulando a través de esos rasgos altivos. Por un momento, sólo un momento, que había visto incertidumbre, como si una pesadilla olvidada ha se había precipitado de nuevo, inconcebiblemente, al despertarse.

Nunca olvidaré esa mirada, impresa por breves segundos en el rostro del guerrero. Uno no olvida las dudas de los dioses.

Luego se había ido, yendo al encuentro de cuestiones que exigían su atención. Me habían dejado en la plataforma, rodeado por los de mi hermandad que había sobrevivido al asalto final, preguntándose qué noticias podía haber llevado a una salida tan rápida.

En ese momento, el episodio me había preocupado. Frente a Torghun, sin embargo, con la fortaleza de nuestros enemigos en ruinas y la fuerza de la Legión reunida de nuevo, me pareció difícil de reconstruir esa emoción.

Habíamos triunfado, como siempre. No tenía ninguna razón para suponer que no siempre sería así.

—Tenías razón —le dije—. Antes, tenías razón.

Torghun parecía divertido.

—¿Qué quieres decir?

—Debemos aprender de los demás —le dije—. Podría aprender de ti. Esta guerra está cambiando, y tenemos que responder. No me defendí bien, en las gargantas. Un día en que tendremos que dominar estas cosas, no sólo la caza.

No estoy seguro por qué dije eso. Tal vez el recuerdo persistente de la ansiedad inesperada del Khan había hecho mella en mi confianza.

Torghun rio. Él no se estaba riendo de mí ese momento, creo que ambos habíamos llegado a entendernos muy bien para eso.

—No, no creo debas cambiar, Shiban Khan —dijo—. Creo que deberías seguir siendo como eres. Creo que deberías permanecer imprudente y desorganizado.

Sonrío.

—Creo que se debe reír cuando se está matando.

Seguí su consejo: cuando maté, reí. Dejé que el viento helado de tirase de mi cabello suelto, y sentí la sangre caliente contra mi piel. Corrí mucho y fuerte, desafiando a mis hermanos para mantener el ritmo. Yo era como el berkut, el águila cazadora, libre de las cadenas, sobre el aire ascendente, en lo alto del horizonte.

Eso era lo que éramos en aquel entonces, eso era lo que todos éramos. Minghan kasurga: la Hermandad de la Tormenta.

Ese era nuestra designación, la que utilizamos para diferenciarnos.

En privado, éramos los asesinos sonrientes.

Para el resto de la galaxia, seguíamos siendo desconocidos.

Eso cambiaría. Poco después de Chondax seríamos arrastrados de cabeza a los asuntos del Imperio, arrastrados a una guerra cuyos orígenes nos habíamos perdido y de cuyas causas no sabíamos nada. Poderes que apenas habían reparado en nuestra existencia, de repente nos recuerdan, y nuestra lealtad se convertiría en una cuestión de importante para los dioses y los mortales.

La historia de esa guerra aún no ha sido escrita. Al estar ahora, mirando a las estrellas y preparando los fuegos que desataremos sobre ellas, no sé dónde nos llevará el destino. Tal vez este sea el más poderoso de nuestras muchas empresas, el examen final de nuestra especie antes de su ascenso a la maestría.

Si soy sincero conmigo mismo, me resulta difícil creer eso. Me resulta más fácil pensar que algo terrible ha ido mal, que las políticas y las estratagemas de mentes antiguas han flaqueado y que nuestros sueños se ciernen sobre el abismo con un hilo de seda.

Si eso es así, entonces lucharemos hasta el final, poniendo nuestro temple a prueba, para lo que habíamos sido diseñados. No albergo alegría por ello. No voy a reír cuando yo mate a los que siempre he querido como hermanos. Esta guerra va a ser diferente. Nos va a cambiar, tal vez en formas que ni siquiera empezamos a adivinar.

Frente a eso, me tomo un poco de consuelo en el pasado. Recuerdo la forma en que solíamos pelear: sin cuidados, con vigor, con abandono. De todos los mundos en los que luché, recordaré Chondax con más cariño. Nunca podría odiar ese mundo, sin importar el costo en sangre para su conquista. Fue la última vez que cacé de la forma en que nací: sin trabas, libre como un halcón en caída libre.

Por encima de todo, nada va a competir con el recuerdo de aquel duelo final. Si vivo para ver la ruina de todo, si vivo para ver los muros del Palacio Imperial rotos y las llanuras de Chogoris consumidas por las llamas, todavía recordaré la forma en que luchó entonces. Esa perfección fijada en el tiempo, y ninguna fuerza maligna podrá extinguir lo que se hizo allí, ante mis ojos, encima de la última torre del mundo blanco.

Si Yesugei estuviera aquí conmigo, encontraría las palabras adecuadas. No estoy seguro de que tenga el don para ello. Pero si lo forzase, diría esto.

Hubo un tiempo, un breve tiempo, cuando los hombres se atrevieron a desafiar a los cielos y asumir el manto de los dioses. Tal vez fuimos demasiado lejos, demasiado rápido, y nuestra arrogancia todavía puede condenarnos. Pero nos atrevimos. Vimos el premio, y llegamos a comprenderlo. En momentos fugaces, fragmentos de tiempo en medio de la inmensidad de la eternidad, pudimos vislumbrar lo que podríamos llegar a ser. Vi uno de esos momentos.

Así que teníamos razones para intentarlo. Teníamos razón para alcanzarlo. Él nos lo mostró, no tanto por lo que dijo que por lo que hizo, lo que era.

Es por eso que nunca me arrepentiré de nuestras elecciones. Cuando llegue el momento, voy a estar en contra de los cielos oscurecidos, manteniendo su ejemplo fijo delante de mis ojos, sacando fuerzas de ello, utilizándolo para hacerme tan letal e imperioso como él. Y cuando la muerte finalmente llegase a mí, como hará, me encontraría en el camino correcto: con mi lanza caída, los ojos estrechos, y palabras de guerrero en mis labios.

Por el Emperador, diría, señalando a mi destino. Por el Khan.

FIN DEL RELATO